

I

A Dios

Quiero
que conozcas mi mensaje:
el Último Día ajus-
taremos cuentas.

Año 0

II

Una barquita preciosa. La Virgen,
engalanada de rosas y plata, pasa romero
y procesión en Granada.
El pesquero le regala,
vespertino, flores con jazmín
y azucena. Esa la Virgen de los ríos,
los rosarios, de las bodas
blasonadas, de la aurora.
¡Hermosísima que estás
adornada de tu Cristo!
La ceremonia sobre un jarro.
Comienza la danza, ataviada,
vestida de blanco,
encandilando a la doncella.
Embelesando como la Reina
Madre. Romerías de remeros
con las ramas en un paño.
Y parrandas con carrozas. Les persiguen
con cintas de colores. Los faroles discurren
folclóricos, llevándola a hombros.
Al Santo en su manto.
A la Patrona cantando antiguas coplas.
Está hermosa y bella hacia la mar.

*

Respeto y rosario cantado
y casetas en los bailes.
Ramas de pino
reliquia de los santos.
Escollera, esplendor
Religioso. Santísimo Cristo.
Venerada en procesión
desde el santuario.
Los anderos
al amanecer. Niños con sayas blancas.
La misa, solemne,
con la cruz y la columna.

Canto entonado por el pueblo.
Niños y doncellas de blanco
acompañan.

Agosto de 1993

III

Andalucía

Entre olivos y almendros,
un molino de agua
donde existe, orgulloso,
mi Peal de Becerro.

*

Los olivares amparados
son origen de algún pico,
paladar de la aceituna.
Olivares pequeños con luna
que oscurecen al anochecer.
Aceite olivarero, olivero
del olivar de la sierra,
provincia de Jaén.

*

Escarpada de pinares.
En lo alto del nevado
los ramos dan un brindis;
amarga oliva amarilla
con fruta.

*

Los cortijos salpican Andalucía.
Cortijos y casas blancas
en pueblecitos pequeños de cal.
Pueblecitos blancos con casas.
Llenan de pasadizos la tierra.
Su luz alumbra Andalucía.

*

Si fue ayer
cuando el sol despertó y las columnas verdes
dormían... Al regocijarse el cisne
en el pantano.
Cuando ardió.
Ella quiere irse contigo
por haberte dejado; te odia como yo.
...Que no pedir nunca perdón.
Por matarte.
Recibir el disparo
por la espalda.

Dos veces. Ardiendo hasta la muerte
por sufrirte, amado.

Agosto de 1993

*

Una familia, mi familia
de hiedra y pizarra. En el puerto
para ver las galeras.
Ramilletes de Sepúlveda
sangran en un jarro de porcelana.
Para irse a la alta mar
que es la muerte.

Agosto de 1993

IV

Vi por los pueblos los cristales
húmedos del aliento reseco
y frío, de la boca de aquel hombre.
Un cuadro repiqueteando
el lienzo. El vagabundo
con la mano descalza.

Era diciembre.
Navidad. Se reúnen las familias
alegres en la larga mesa
del salón grande. Néctar de violeta
está esperando en la ventana.
(El vagabundo en la calle.)
Y nadie quiere saberle nada.
Su perrito le lame
los dedos haciendo piruetas
como las que hizo ayer
en cada plaza.

Aguarda...
arropado quizá.
¿Villancicos? Silencio.
Chis.
¡Niños en la puerta
vienen a buscar limosna!,
pero no encuentran la puerta.
La nieve cae
sobre el perrito, suave.
Aunque su carita sucia y sus trapos,
y su blanca barba... y su carita
de ángel...

Agosto de 1993

V

Renunciar perdón a la clemencia.
Frases de la mierda.

Caudillo de Dios y de la Patria.
El primer vencedor en el mundo
del bolchevismo en los campos de batalla.
Franco. Es él.
No Dios justiciero,
benevolente y blando como las nubes.
Sea así mi plegaria,
¡pues Franco es, no Dios!
¡Ni Dios por Caudillo de España!
Llorad conmigo todos
por un hombre que no es nada.
Sí más bien, desprecio de la nada.

1 de abril de 1939

VI

Lluvia de oro y cielo,
aulas rotando y sirviendo,
pero las nubes no sirven.
Rezan los dioses reunidos,
pero los dioses no rezan.
Pueblan cantores de arpas,
pero las arpas se mueren,
deshilachadas, sin hilos.
Pero que el vino está amargo.
Pero la noche serena.
Pero el Gallo, cacareando.
y que no.
y que no.
y que no.

1993

VII

No hay mayor dolor
que la muerte por los vivos sufrida,
que la sienten, con dolor,
y que mueren en vida.

No hay más llorar
que ver tu padre enterrado
—no verlo nunca más—.

...¿Y si no hay padre
ni entierro
ni tumba?

1993

VIII

Suspiraba en una aldea cercana
a un sitio maravilloso, donde crecen árboles verdes y
rosas rojas de blandas pestañas. El bosque
frondoso lo envuelve.
El aire fresco, agitado del valle, mueve las ramas.
Hablaban silenciosas, con un trino mágico.
Los pétalos caen uno tras otro.
Esperan otra mañana
para seguir suspirando.

1990

IX

Poesía. Esta madrugada NO
tengo ganas de escribir poesía.
Siento. Me levanto apenas. Reconozco mi pen-
samiento.
Miro las ventanas. Fíjate
que NO apetezco de amor, de vida; la muerte.
Y ya ves que hoy, esta
Madrugada,
tampoco me puedo resistir, Poesía.

1994

X

La cárcel agoniza
y se pudre en sus entrañas.
Entrañas secas del yunque
de la fragua.
Golpetean, roncós, viles,
golpe a golpe,
la cuchara. Sentir el eco
en sus cuatro paredes;

puerta con puerta
del infierno.
Sentir mi padre
de mi padre, muerto.

*

Agoniza en la esquina
mi abuelo.
Araña las paredes
del cementerio.
Aprieta los dientes y araña
(y balbucea apenas), y chilla.
¡La pierna, la pierna,
que yo no siento la pierna!
...Mi pierna calla.
Mi pierna muero.

*

Muerde los dientes y grita:
“¡Ah!”.
Muerde los dientes y grita:
“¡Ah!”.
Los aprieta, los muerde:
“¡Ay, ay, aaay!”.
Y grita.

*

Se pudren las piedras
de arrastre caladas,
corazones redondos
y cebollas de escarcha.
Dejadle que muera
el pobre hombre:
sangre de mi padre.
Las rejas caen desde dentro.
Y él gime, y él llora
en silencio.
Por la noche
llora la rabia, rojo
de los muertos.

Llora porque su padre ha muerto.
Llora de pena
y lamento.
La cebolla ríe
por su escarcha.

*

Rojo puño de ira
triste sogá en el cuello
dolor y muerte en el suelo.
Escombros de noche

en la noche. Abeja de azufre
en la colmena. ¡El padre de mi padre

por clemencia!
Un agujón-avispa
agujonea, merodea un cuervo
en la colmena. Cárcel de mis noches
y mis penas.
¡Por mi padre, Dios Santo,
que le han dejado morir en la cárcel!
Sollozos que gimen
y negros buitres que vuelan.
La gangrena se lo come,
¡Dios!, la gangrena.
Se lo lleva.
Muerto, apiñado, recoveco
pálido y blanco apretado.
Sus dientes juran
venganza. Miseria. Mi padre ha muerto.

Mi padre ha muerto
cuando solo era un niño.

*

Él calla pero sufre
cuando habla. La voz de un niño
diciendo: “Padre”.
Él no miente,
tambalea cariño cuando siente.
Está su madre, y le consuela
lo poco que pueda en el exilio.

Él no sabe, él es niño.

*

“Madre, tengo miedo.”
Tiene hambre,
frío y sueño.
De su padre se alimenta
como un extraño en una foto.
Y le quiere, a más que nadie;
que es su sangre.
Y la cárcel muere en sus entrañas.

Si me oyes, yo te hablo,
y dice tu hijo
(cieno en la garganta) sentado en la
piedra de tu tumba:
pa-
dre.

La voz tiembla en la roca,
la piedra; porque
no hay tumba
de su padre.

*

Mi padre no tiene casa
porque no tiene padre.
Su madre, mi abuela,
los cuidaba,
a los hijos de la ira y de su sangre.
Su padre murió
con la lengua fuera,
con los ojos asustados
y los dedos en su cara.
Palpitando palabras
en el corazón.
Deshojaba con las uñas
la partitura
del dolor.
Él no tuvo gloria ni esquela
junto a un mar en reposo.
Su cadáver lucha
con los huesos.
Ni cielo ni tierra
ni descanso.

*

El yunque en la fragua
con ojos apagados.
Su mirada fría fi-
jada. Mi padre no tuvo riquezas
que acallaran su hambre.
No tuvo pan bajo el brazo.
El brazo se lo arrancaron
y le arrancaron el fémur, la pierna,
y el corazón-espina
pincha el puñal y la soga.
Con un alambre atado a una cuerda,
a su padre.
Con llanto siente su espera.
No cabe imaginación ingenua
en su mente pequeña.
De niño, compañero, las maletas,
el saco y la rabia.

*

No me atrevo a preguntarle
qué recuerda.
Las rejas, una a una,
las siente, clavadas todas

como un punzón. Y calla, y rencor-
osamente siente
en silencio, mientras mira
por la terraza sin balcón.
Con rejas.
El hierro se funde
y recuerda dolor.
Sus cejas lo atraviesan.
La cárcel está en su cabeza
que pide...
Espera a su padre todavía
para arroparle por la noche.

*

Mi padre no reza.
Dios no quiso ayudarle. (Dios no existe.)

*

Poco a poco, la gangrena.
Su cuerpo se marcha, se lo llevan
y lo tiran no sé dónde.
Blanco y sin cara, mutilado
le cogen de los pies y de las manos
con guantes y esparto.
La cabeza le cuelga
balanceando en su camino.
Jesucristo sin cruz pende
de los romanos.
Le lanzan a la fosa.

*

La cárcel se pudre, en sus piedras
lentamente averdosadas,
con migajas y agua en las esquinas.
La cárcel acompaña
en el féretro de la muerte.
Sus torres y almenas peligran
sus andamios de la muerte.
Cada preso clava su reja
en la grieta.
La cárcel pide perdón
amargo y con-
dena. Sin días ni luz.
Mi padre recuerda a mi abuelo
en el paredón. Yo no puedo sin-
cero, yo no puedo, yo no quiero
esconderme; y clamo al cielo suplicando
con mi llanto
a Cristo muerto.
Las plumas caen en picado
cortando, como lanzas,

pesadas como barrotes.
Trompones en la glorieta.

*

Mi padre piensa
en un juguete.
En haber tenido un padre.
En no ver sufrir a su madre.
En un niño pequeño.
En un tren y una caja de grilletes.
En andar buscando trabajo
sin importarle los pies.
En los pies y en su pierna.
En llorar por su padre.

1993

XI

Soñar soñando.
Poesía no es más fácil
que hacer Poesía.

A ti, razón de la belleza.
Persona.
Clarinete, puro pensamiento
Humano.
A ti, ilustre Señoría,
Su Majestad, Su Alteza.
Ten del alma.
Amiga.
Carácter.
Amistad.
A ti, mi lluvia de oro,
de mí y de todos ellos.

A ti, ricitos de esmeralda,
y cobre y plata y chatarra y plástico.

A ti, Cenicienta,
despierta y rodeada de ratones.
A ti, luz, a la vida.
A ti, sobrada hermosura.
A ti te digo —perfecta—:
Persona.
Alma.

XII

Paseo de una calle. Calle:

Un helado se ha derretido entre los dedos de una niña. Ella se chupa los dedos. Un carrito... Muchos carritos por la calle. El ciego da bastonazos; vende billetes hace tiempo. Las hojas caen y van cayendo. Al lado de una acera, asfalto. El andén de un tren.

XIII

Rosa, pétalo y flor. Rosa y roja flor.

Las damas se contentan
con ser pétalos: rosa
en su rosa y en su flor.

Pinchos tiene su tallo.

La mano sangra.

Nadie
puede cogerlas.

Las seis damas duermen. El rosal es aurora.

Despertáis.

Querer dulcemente.

Que los pinchos os guarnezcan.

Tallan a quien osa
coger la flor.

XIV

Yo no quiero, por más, mirar el agua salada.

Yo no quiero la mar
ser fecunda de enagua,
tan mojada, tan...

Ser cuchillo y pena
y sol de la mañana.
Y noche y fría noche.
Ciega siempre, agua.

La luna, acurrucada,
duerme. Y yo, que sueño.

Yo no quiero, por más, mirar el agua salada
sintiendo tejer la red.

Yo no quiero mirar
el cielo callando y rogar
a Dios en su lirio.

Ni acero romano ni en-
juto rumor de plaza.

de la pared.
Los hilos, apenas.
El saxo toca.
...
Las hojas, caídas, ríen, lloran
a su madre.
Rojas están. Muertas.
Si azul pudiera.
Le han cortado las alas.
Jamás podrá volar.
Acabado está el limón, granadino.
El clarinete no suena.
Si la llamase alguien por su nombre.
Si es que pudiera... volar.
Otra vez al sol.
El negro
lo invade todo.
Ennegrece el sol con él.
Y la pared, roja
de cal y manta.
Estridente el saxo que suena
profundamente.
El sueño tiene miedo.
La madre
llora.
Si por morir, muriera.
Al sol y al santo que al rojo sangran.
Por la vida, el camino
que ya nadie ni siquiera anda.
Amanece. Es mentira.
¡Men-ti-ra!
El espíritu no quiere dar la vuelta.

La saca a la puerta a la madre.
Yo quiero, no quiero
subir. Dejadme en la puerta.
El camión suena.
La puerta se cierra. Se abre.
No quiero verla.
La madre, el padre.
Le suben, la camioneta.
Le miran en lo alto.
Le matan. Disparan.
Fusilaron a su padre, rojo en la madrugada.
De estrellas azules
y puntas de mañana.
Sombriamente
le acoge.

La madre en la puerta.
Y los niños, despiertos.
Todos ellos frente al padre
de la puerta, en pijama.
Con las trenzas en la almohada,
duermen de pie.
Los gritos es-
tremeciendo sus caras.
Con sus boquitas abiertas:
“Papá”.

Está muerto papá.
Está muerto.
Jamás volverá a arroparles.
Tercios en la noche.
Iluminada la alcoba. La muñeca
que llora. Que lllore el
hombre de la puerta
fatigado del dolor de sus balas
en la cuna.
La luna no mira.
Nadie quiere verla.

XIX

Cantan ángeles. Cantan
a Dios por nacer,
a Jesús Nazareno,
a su carita de ángel.
Es Navidad, aunque nadie se acuerde
en mi casa. Se esconde
la familia.
¿Por qué?
Ha muerto.
Cantad, ángeles, cantad
al niño bueno en la cruz.
A Jesús que murió ahorcado.
Al cojo que no puede andar.
José y María, sus padres.
Padre y madre, santos.
Papá y mamá.
Cantad, oh Dios,
os lo pido.
Cantad por todos los que no creen
que exista gente buena en el mundo,
por aquellos, Dios mío, que se esconden
y evitan ser queridos.
Por todos ellos,

Jesús,
Jesús mío,
cantad.

XX

Pato salvaje
rompo las llaves.
Gato montés
caza ratones
bajo los pies.
El agua y la lejía
ensucian la ropa.
Come lechuga
la codorniz.
¡Qué testarudo es el pato!
Martes y canto.

XXI

Mira qué mujer
que se sienta.
Enagua vieja en pedazos
sin pierna.
Mírala, que ella
adormece al niño rojizo en la cuna.
Mujer
con collar de dientes de perla.
Alguna charca
—blusa y falda negra—
...que ama.
Mira que tiene y que se pone
la faja
negra.
Las medias rotas (y los caballos corren y
vuelan). Mírala. Negra.
A mi madre.
Sintiendo
espuma ...Dolida
mujer.
—Viña y cepa ocre
de vino tinto—
Surcos.
Pide ser... hombre, sí
(correa y cinto).
Es fuerte, es ronca: patrón y cabeza.
Garbanzo.
Llórala, que yo

la lloro.
Mi madre, que tiene hambre
de ser mujer.
Que ven mis ojos, a ella.
Sofá con piezas de plata.
Mírala. Es mi madre.

Quiero yo a mi madre con mi sueño.
Ser destierro en tierra ya mojada,
afligida del dolor del hombre.
Hiere el cielo con su agua,
chorros de ángel desangrada de sangre
de las venas,
de sus venas.
Llueve todo.
Llueve la careta.
Llueve el hierro.
Llueve la casa.
El pájaro, muerto en la jaula
—corazón de espadas—.
La vejiga llora.
Duele la angustia,
sobra la tierra.
Quiero yo a mi madre.
Torcida, encina quemada
cortada.
Quiero. Sus manos dolientes
en jarras (el agua hierve).
Creo ver la horca
y a mi madre.
Sin pozo, puesta para ser
ahorcada.
Para tragar aceite.
Para morir de hambre.
Quiero yo,
a mi
madre.
La cara de mi ma-
dre. Su cara.

XXII

—Vámonos de aquí.
—Arráncale el corazón.
—¿Qué quieres que haga?
—Alguien te ha dicho algo.
—No puedo. (Con pena.)
—(Con paz y concordia.) Vámonos.

El escapulario domina el sainete del orador.
El altar de los libros de Gloria.
Atenaza con mal vientos
—ciegos todos seremos—.
Rodea y sorprende.
—Vámonos.
—Vámonos todos.
—Vámonos.
(Con corazón.)

XXIII

Pantalón negro, camisa negra.
Voy llorando caminos.

XXIV

La tierra está repleta de naranjas
y zócalos claros bajo el árbol
(amarillos como el sol).
Esmeraldas, alhelíes, piedras grandes y puras sortijas de plata.
Alhelíes de jazmín entre azucena y esperanza
trenzas de verjas y jardines.
Las flores blancas.
Respiran hondo.
La aurora.
El romance azorado como la madrugada,
como la naciente montaña
escarlata de nácar y hojas tristes.
El niño en la cuna.

El niño en la cruz
en la sal amarga del lamento.

Niño, dame pan para mis hijos.
Dime “ciento mañita”.
Niño, dame la mano.
Llama a tu madre.
La celosía enzarzada en celosía
de alhajas de nácar,
pequeñitos.

Ayes y gemidos
quebrantando la noche,
malheridos.
Ayes y lamentos y sollozos y lágrimas
—las lágrimas son bonitas y no están—.

Hay almendros de cuarzo
y tierra sembrada de dolor.
Los cuerpos blandos se retuercen
—la grulla gime más que nunca—.
El cuervo no es culpable.
Su negro se hace azul.

Hay dolor. Hay patíbulo y lamento,
aterrados doloridos. Hombres
desgarrados del alma
asustados.
El pánico grita desde el balcón.
Corre.
Un féretro. Tres féretros. Cinco féretros.
Negros féretros blancos. Ardiente fuego en el llanto.
Desamparadas las criaturas.
Tétricas figuras.
Había hablado de Dios.

Alguien.

Las voces languidecen llenas de pena.
Las voces son fusiladas
por crespones negros que recorren
las calles.
Buscan —tiento y tiento— con arco-
iris.
La lanza se clava en el ojo
en el centro de sus marrones ojos
y sangran sus marrones ojos.

Dolor in-
dis-
criminado dolor.
Ardiente pena.
Sollozo.
Pena.
Lánguido llorar
apenado.
Corazón, ¿dónde? Tiembla la voz
...co-ra-zón.
Gimen, desgarrados.
Aterrados.
Muchos ayes, demasiados.
Sacramento y dolor re-
torcido
y lamento y estupor.
Y callado mirar.
El niño en la cruz.
El niño: “¡Dime

qué quieres!”
¡Matar! ¡Mata!
El niño en la cuna
mece poco a poco.
pequeñito.
a-currucado en su paja.
El cereal arde.
El niño en la cuna
llama a su madre.
La cruz desamparada.
La madera noble en el campo
trágico. Verde.
Los piojos y la sarna
en la cuna del niño
Jesús.

XXV

Albert Camas.
Desamparado.
El niño en la cuna.
El niño en la cruz.
La ciudad de los hombres.
La Setmana Tràgica.
Santiago Salvador.
Montjuïc.
Francesc Ferrer i Guàrdia.
Fusilados.
Crespón.
Nicomedes mató a Salvador.
¿Tú también con esas? Se conoce que has aprendido muy bien la lección. Nunca me habías hablado de Dios... Los hombres siempre tienen que ser hombres, hasta morir por sus ideales. ¡Viva la anarquía! Y cogiendo a la niña como pudo, pues iba esposado, la besó, diciéndole: “Y tú, desde hoy, te llamarás Libertad”.

XXVI

A Quevedo.

Angustiosa de la vida y su existencia.
Desengaño, melancolía.
Séneca.

Es ley y no pena
la muerte, muerte.
Dramatismo
gravedad.
Campanilla y bajo el cielo.

la arena eterna en el mar.
Habla de la muerte
del paso del tiempo.
La edad mía
le llena hacia la muerte.
Su vida se le va.

Querer vivir mañana
y morir
por la vida
frágil, mísera y vana.

Un cerco.

Antes de nacer, ya se ha muerto.
Por el combate
alarga su sufrimiento.
...por ese nada.
Cuando la vida no es nada.

Con las ansias de vivir
se cava la propia fosa.

Llama a la vida.

Estremecedora su existencia
que acaba.
La muerte es vida.

La propia muerte no es más que muerte.

Su juventud ya está pasada.
El tiempo ya es anciano.
La brevedad de sus días
muestra su propia muerte.
Cruelmente la llama.
Grita.
Ansía llegar el amor.
Amor llegando a ser
inmortal.
(La dama la rehúye.)
Su gran amor que siente y no siente.

Enamorado y cuerdo.
Quevedo está loco.
Morirá loco. Pero morirá.
Divina muerte.

Y el amor no puede morir.
Se podría morir
pero no dejará su memoria,
porque su amor sabe traspasar la ley severa;
y del olvido, como sus cenizas,
no se morirá.
Morir por amor, amor y muerte.
Amando, ignorando, pese a todo.
Su edad y sus desen-
gaños.
Llegar al amor
o de morir amando.
Se burla de los calvos y de las mujeres.

XXVII

Amarán
también el sacromonte.
La alameda se esparce
en los trigales.
No importa dónde está
la alameda, el yermo, la sangre,
llamarán al pueblo
calado y blanco, a ver si me ven.
En sus casas.
Y no estaré. Estaré en el sacromonte
viendo mientras miran
soñando mientras pasa el aire
cada día.
Allá arriba, los niños no juegan.
Cantan los gorriones.

La anciana, pobrecita, salía a pasear
por su casa de Andalucía.
Cazorla la abrigaba. Buscaba
las rejas de la ventana, las baldosas
azules de la puerta. La calle
empañada de peldaños.
La calle Negra blancura que anda.
Despacito va ella
Pobrecita virgencita.
Tierna con su alma.

Graciosa perla de Oriente
¿adónde vas
tan callada? Que no quieres ver
lo que ven tus rubíes,
de los ojos que dan brillo.

Cae rocío en tus pestañas;
sombrija que tapa
el resplandor de tu brío.
Alfombra persa adornada
de guirnaldas negras parpa-
dean. ¿Qué te pasa, muchacha?
Niña bonita, alegría
del rosal y perfumada.

XXVIII

Jornalero, tu instrumento de labranza abraza la tierra, la abraza. Cuando ya el alba,
cuando ya el sol da duro en la espalda, trabajas con esmero.
Jornalero azacaneado, afanoso en la tierra amarga que mueves con mis dedos.
Arrastra mi cuerpo indómito entre estiércoles y paja.
Apero de azada y carro
llevo a lomos la loma
amarilla con el trigo dorado.
Te acuestas con las uñas torcidas
y las manos arrugadas
de callos y piel salida.
Adocenado tu esfuerzo, olivo,
verde plateado, zanja,
alforja, campo, arado.
Humilde labrador
de la tierra labrada, jornalero.

XXIX

Que cierren las calles, que se apague el cielo y se quede la oscuridad. Y el mundo
y las gentes se vayan, bardos, a hacerte un homenaje por tu vida, por lo que fue y
sigue siendo. Y que se la reverencie con respeto. Con tanto respeto que hasta la
cruz se doble y las iglesias se vistan de luto por él.
Pleitesía: a mi abuelo y a mi padre, porque era su padre.
Aquellos que sean honrados.
Aquellos que sean bondadosos.
Aquellos que sean soberanos de sí mismos.
Más vale que recen
y que toquen algo por él.
Más vale que sus restos los estampen en sus ojos.
Y les quemen las manos como su propia sangre.
Y piquen las piedras, y que su sonido suene como golpes de timbal.
Y rompa el martillo en todas las orejas.
Adorarlo, os lo pido.
Canto y canto. Los ángeles no tienen alas, hoy callan.

Adorarlo y cumplir lo que he dicho.
Ha muerto a la edad de X años.

Todos los que le queremos os hacemos saber y os pedimos una plegaria por su alma.

Aquí yace eternamente.

Amén.

XXX

Dos pueblos, una guerra.

Hoy, Alemania.

Mañana, el mundo entero.

“Necesidad de acción.”

“La revolución nacional ha estallado.”

“A la fuerza por la alegría.”

Camisas negras pardas azules.

XXXI

En el ascensor:

—¿Cómo pasa el tiempo?

El padre que mira a su hijo. Le dice a la vecina:

—Sí. Pa’ ellos y pa’ nosotros —afirma.

La mujer mira a la niña:

—Tú p’arriba y yo p’abajo.

Y se ríe.

XXXII

Yo quiero saber dónde está mi padre,

que hace días que no viene a casa.

Si le hace falta algo, si está bien, padre,

que no sabemos que qué le pasa.

Si no nos quiere

o le hemos hecho algo malo.

Madre llora cada noche.

(¿Por qué cada noche

con la luna lloras?)

Padre, si es por nosotros

lo sentimos. Y sea lo que sea,

vuelva.

Si le hace falta algo,

avísenos aquí o a alguien,

que siempre hay uno en casa

para cuando llame.

Si es por la vez que rompí la silla,

que no quería hacerlo,

que fue jugando.

Si madre no hace más que llorar,

padre. Aquí todos le esperamos.

Venga.

(Le tengo guardado un cacho de pan, y vino, por si viene, padre.)

Al padre lo mataron. Le metieron en la cárcel y allí se pudrió.

XXXIII

Lo que hace un lazo azul en la marina

es reírle al mar, hacerle reír.

Lo que hace un pájaro sin alas

es volar (probablemente) y volar.

Lo que hace la luz

lo mismo por la mañana

que por la tarde. Una mariposa.

Un sol. Un lago azul.

XXXIV

Mi contrición es ser quien soy. Mi dolor, de Dios, no del alma. Que es Dios quien debiera sentir dolor por habernos ofendido. Por haber salvado al mundo de la miseria. Por haber salvado al mundo de los actos impuros. Por habernos amado tanto como decías. Por haber creado tu persona intocable, dictador. Por haberte emborrachado en las fiestas. Por haber metido a tus padres en un asilo. Por habernos salvado de la muerte. Por habernos salvado del robo. Por habernos salvado de la mentira. Por habernos salvado de la mente. Por habernos salvado de la codicia eterna.

Dantesca criatura del Dios divino. Amar-mismo-prójimo. (Todo a Dios.)

Henchido de favores, de daños y ofensas. Digo a Dios Padre Todopoderoso: “¡Basta!”.

XXXV

Noche acaecida, acaecer.

Hielo con las estrellas

frías.

XXXVI

Un árbol

lleno de guirnaldas

redondas

graciosas

humildes

guirnaldas. De pie.

(Preciso y callado.) Campo

cansado de árboles, collado.

Mañana hay fiesta en el pueblo
y todas las guirnaldas de invierno
brillarán
como un árbol
pequeño,
muy pequeño.
En medio del campo.

XXXVII

Tener en cuenta el soporte: papel u otra cosa.
Tener en cuenta la forma del papel: rectangular, redondo.
Tener en cuenta el tipo de letra, y en cursiva...
Tener en cuenta la música para los oídos.

XXXVIII

Rieron como nunca antes la noche en la mañana.
Sórdida legumbre del pesar dormido.
Rocío de las nubes altas en el cielo.
Un cuerpo sin vida está en medio
de la oscura noche iluminada por el sol y la penumbra.
El viento risueño palmea la cara gélida del joven astillado por el frío. El frío de
la noche. Fuerte negro. Ante las estrellas. Lejanas y solas están cerca, unidas como
peças con muchas otras estrellas. Como un pesar redondo, de la pasión mal
consentida. Como un frágil torno ante la muerte. Frágil luz y frágil como el mar.

XXXIX

Revienta la triste galera
en blanco mar salada,
galera que baja del norte a la vera
en blanco mar callada.
La galera está triste
y revienta porque no quiere
estar más tiempo callada, con su corazón, silenciosa.
Corazón de cabotaje
más que nunca de la tierra.

El mar está embriagado.
¡Ay mar! ¡Ya no eres lo que eras!
Espuma y sereno.
De repente, ella, el mar,
la mira de otra forma,
con aires de tormenta.
Va y viene, galera,
pero es corazón del mar (y no otra cosa)
enfurecido por las olas de fuera.
Que no quieren verte.

Y ver si pereces o... mueres.
La galera muere
lentamente por ella.
La galera, el corazón del mar.
Mar, corazón, tú lo sabes.
Revientas. Que no quiero conocerte,
mar, abandonarte para siempre.
Tempestad de los cielos, tormenta,
dame señas de ti, tersa,
no de tu rebelde malestar,
que soy incapaz de verte muerta
con la galera arrastrando, mar,
el triste corazón, en blanco, en sueño
de la tierra que lejos está.

XL

Suspiraba en una aldea cercana,
en un sitio maravilloso, donde brotan árboles verdes y
rosas rojas de blandas pestañas. El bosque frondoso lo envuelve con su encanto,
el aire fresco, agitado del valle, mueve las ramas;
temblaban, silenciosas, con un trino mágico.
Los pétalos caían uno tras otro.
Esperan otra mañana,
para seguir suspirando.

XLI

Para una bonita niña de terciopelo,
terciopelo de sus ojos claros,
marrones y mágicos. Terciopelo de sus labios
(dos tajadas son sus labios). Terciopelo, pues, ella.
Que una mirada suya, de tristeza,
brota bondad en el corazón más fuerte.
Que te desploma de encanto.
Para una Venus, traviesa y simpática,
como una chiquilla, con su sonrisa que ríe
y que siempre canta. Venus sería
la niña de mis ojos,
solo ella; la que hace llover de alegría
cuando.
El sol se anticipa en su desvelo
y fascina a los ángeles su gracia.
Venus, belleza pura del árbol y el alma.

XLII

Oviedo, lleno de carros con pezuñas, trotaba al mismo paso que sus gentes. Iban, venían, en todas las calles y en todos los colores.

La torva y azorada mañana se entretenía viendo pasar sombreros y puntiagudos bastones.

En 1900, la gente tenía prisa por las calles. Mucho había ocurrido hasta entonces, buenos y malos momentos. Sin embargo, se alumbraba la esperanza de que la nueva centuria traería algo mejor.

Y entre estas vidas, de obreros y patronos burgueses, ricos y pobres, en esta tundra de principios de siglo —aunque un tiempo más si no buscamos fronteras—, en esta tundra, digo, iba a nacer Nida.

Puesto fronterizo en una casa de lechuzas, donde el rocío es tormenta. Allí se fraguaba la escena. Hasta Oviedo la separaban largas caminatas, pues solo se bajaba de vez en cuando, cómo no, para buscar trabajo, que ya lo creo que faltaba. Era un pueblucho apartado, en las frías montañas, y quién sabe si estas mismas se habrían dado cuenta de su existencia. El lugar que oyó, primer testigo, el grito de la niña.

Ese brote de vida pequeña había salido de otros cien años de historia, de memorias ya olvidadas con pena.

Más tarde, Nida, la pequeña niña, me contaría cómo fue la tarde de su nacimiento, cómo vino la partera y cómo y quiénes estaban allí entonces. Fue el párroco, en el entierro de la vida de San Lorenzo, de las casas de abajo, quien una vez muerta su madre le contara todo acerca de su infancia.

Fuera de la habitación embarazada, el padre esperaba, impaciente, temiendo no ir el llorar del bebé, no oír los berridos y las palmaditas. Pero temía por temer, porque un siglo de historia y de vida le contemplaban a la pequeña.

Tenía Nida un tío algo antipático que siempre estaba con ella. Tal hombre vivía en la misma casa, y era un soñador de cuentos empedernido, aun su extraño carácter.

Le contaba muchas historias a la pequeña, de noche y de día, durante prácticamente todos los meses, y nunca se cansaba de contar y contar.

—¿Sabes qué? Dicen los dioses griegos y romanos que cuando se pone la luna se muere de envidia el sol, porque su luz es mucho más romántica. Tonterías.

—Tío Martín —decía, despacio, la niña, casi susurrando—, cuéntame una historia antes de que mi madre me mande a la cama.

Corría el año 1907, cuando Nida tenía siete años.

—Te diré, pequeña, algo que es tan verdad como la verde hierba. ¿Has oído hablar de la Revolución Francesa?

—No.

—Bueno, es lo mismo, ahora lo oirás. Pues era mi abuelo el que me dijo una vez..., siempre lo estaba diciendo, que, de pequeño, a los 14 años, más o menos, se fue a París.

XLIII

Lo siento.

Cuando cogen el tren
los dos hermanos,

Caín y Abel, pelean
por un pedazo de moho, desatado,
por un mendrugo. Yo siento.
Porque no hay morir —matado—
que no quiera morir.
Por la margen
del río... La sangre
roja y viva. La vía,
en silencio los hermanos.
Caín traiciona. Abel
traiciona. Juntos planean
matar a Dios.
En el vagón catacum-
ba fría la muerte.
La tercera, la muerte.
Donde el aliento humedece.
Es frío es-
panto coger la vía, el crucifijo,
el madero y de sus manos
llevarlo al matadero.
A colgarlo, a rociarle
cuando aún sigue despierto.
Apenado va cogido
con las cuerdas de los clavos.
Frío y mármol,
relucientes.
Sediento su camino,
le pone piedras, granito
le pone. Bajo sus pies.
Agujas y riscos
le calzan.
Los brazos, los dedos, el pecho,
la llaga, la carne
y el muslo y el ojo
piden agua.
En el tren tiene
escayolada la cara
pálida y blanca.
Del vagón, la muerte
se levanta.
Caín desgarrá las
uñas de Abel.
Quiere quitarle el corazón.
El pañuelo, con cara de susto,
se desvanece. Cae, contundente,
el crucifijo
manchado de sangre.
De la sangre roja

del llanto.
Del hermano
que murió descalzo
en la Cruz.

XLIV

Los paños de la puerta, Jaén,
no entorpecen la entrada.
Vamos en un coche amarillo
más alegre que el jilguero
y no se mueve, Jaén, no se para.
Más allá de la ventana
el mismo olivar de siempre.
Los girasoles nos conducen
a tu tierra sagrada.
¡Ay Jaén, llena de aceite y de palmas!
Más santa que ninguna
es tu estampa sevillana.
¡Ay Jaén, con tu acento en la e!
¡Ay Jaén! ¡Ay Jaén!
Jaén, flor de la hermosura,
vamos todos a verte, ay, andaluz
radiante de hermosura.
¡Jaén, que vamos todos juntos
a pisar tus huertas!
A rociar la sangre con tus colores
de aire, de oro y de tierra.
¡Ay Jaén! ¡Ay Jaén!
Más bonita que ninguna,
Jaén, quiero ser como tú, de cal,
una casa en tu pueblo,
con tejas, y un nido de gorrión,
Jaén mío, en tu portal.
Que tú eres hermosura
y tu noche, también,
más bonita que ninguna.

XLV

“Perdón, piedad, bondad.” Hoy os proclamo español.
Yo no quiero que sea verdad.
Vuelve de alta mar,
montada en una golondrina oscura, con disfraz de gaviota.
Me da mucha pena que sea verdad
que viene.
No quiero que me digan
que se olvidó.

Azaña vuelve a llorar sus pasos en el exilio.
Llora Companys mientras cae del castillo.

Dios mío, hoy parece.
Yo no quiero. A todos les ha gustado alzar el brazo
y cantar el *Cara al sol*. Que me digan que vuelve.
¡Gru...! ¿No oís, españoles?
Los perros ladran con otro collar.
Decepción y vergüenza para mil poetas:
Lorca, Machado y Hernández.
Que no quieren perdón, piedad, bondad.
Porque su padre está muerto, fusilado.
A balazos en un paredón, quizá el de su casa.
Ahí hoy pegan sus carteles: “Ahora”.
¿Y ayer?
¡No hay nadie que se acuerde de ayer!

XLVI

Jesús Martínez Úbeda, ¡vaya nombre y olé!
Tacatico tacaté tacatá.
Nació en Jaén, tiene huevos la cosa,
en la tierra l’alegría y el canto
y el sol y el olivar y el jamón.
A los cinco años,
con un saco de patatas
las pasó canutas, y su padre en la guerra.
Pero qué coño, en Andalucía
todos rojos. ¡Y la mierda con Franco y los fascistas!

XLVII

Abuelo,
espera, no te vayas.
Te has marchado y no lo has dicho.
¿Por qué lo has hecho?
Perdona, abuelo, perdona
si no te puedo ver más.
Mi madre te quiere y sigue llorando.
Pero sé que estás arriba, mirándome
aunque
Dios no existe.
porque te ha dejado marchar.
Siempre estarás aquí,
conmigo, abuelo.

XLVIII

Triste estaño y muerte,
fríos ojos, duro estaño.
Quietos, yo no sé qué rezan,
tartamudos dentro de un santuario,
murciélagos en los respaldos
de la madera del nogal
que no tiene asiento. Una barra en la cruz.
Son murciélagos durmiendo
negros en la luz.
Quietos, rezando, rumiando
granados de semillas en la palestra
del santo amartillado.
Piden cazuelas, sal,
pan sus saladas. Remiendos
en sus costuras descosidas.
Lluvia en el campo.
Piden consuelo, acaso.
Siguen rezando en silencio. Siguen
temblando su voz.

XLIX

Sobre un camastro de ortigas
abría su carta, mojada,
la luna.
Con voz de aire y reluciente.
Es un punto hondo, más bello,
y en silencio
dormita.
Llena de trigo,
madeja.
Blanco rubor al instante.
Sobre una manta, abrazada,
aguarda a una niña bonita.
Es como una estrella.
Ingrávida flor y luz enamorada.
Está triste la luna
de mirarnos.
Pacífica mensajera del firmamento.
Solos.
Oh tierra.
Como pequeños hijitos de una pulga
sin pulseras.
Mitones en los dedos, rayo solar.

L

La culpa, querido bruto, no está en las estrellas
sino en nosotros mismos.

LI

Sistema vital sometido a la luna.
Los niños nacen en luna nueva y las niñas, durante el cuarto menguante.
La traslación sideral.
Cara invisible, media faz, su otra; tímida,
inocente, misteriosa. ¿Cómo es?
Pálida claridad que cae.
Debido a un ligero balanceo de norte.
A sur, y de oeste a este llamado libación.
Deja ver el 57% de su disco.
La Luna se pasea indicándonos la hora exacta,
vasto cuadrante.
Curva cerrada (eclipse).
Apogeo (lejos de la Tierra).
Perigeo (más cerca).
Equilibrio.
Sistema solar.
Gruñido espejo en el cual pueden verse los distintos puntos de la Tierra y
comunicarse los pensamientos.
Influencia del astro nocturno en los destinos humanos.
Verdadero contrapeso de la existencia.
Lazos de simpatía.

LII

¡Caballos! ¡A las armas
los de las alamedas! ¡Torres, resistid!
Id pasando las espadas y despertad
el hierro en su dormir. ¡Vigilante!
Lanzad agua hirviente, que no crucen
las murallas. ¡Resistid!
¡Caballos! Cascotes de plata trotan,
irrupen alaridos y crines.
Echad las puertas, llama a la guardia,
¡que suban,
soldados! ¡Resistid, resistid!
A vuestras mujeres, viudas;
a vuestras hermanas, violadas;
a vuestros hijos, muertos. ¡Resistid!
Por vuestra patria. Izad la bandera
en lo más alto. Guarneced las posadas,
llenad de trigo los pájaros, dad pan
al pueblo. Que la lucha se espera larga.

Afilad las espadas. Rugid, leones.
Apartad las flechas de este fuerte,
fortaleza. Acallad las armas
e imponed las vuestras. Pintad de rojo
las paredes, las murallas,
y pedid ayuda
al diablo. / Satanás.

LIII

Quitaos el sombrero, arrodillaos,
que aquí pasa el diablo.
Si vosotros clamáis al cielo,
nosotros, proscritos, masones,
bendecimos el infierno
y le damos nuestras alabanzas.
Bienaventurados los pobres de espíritu,
porque siempre pasarán hambre
y rebosarán cebollas de sus ollas.
Bienaventurados los mansos,
porque ellos recibirán siempre los palos.
Y palos del más fuerte.
Bienaventurados los que lloran,
porque ellos no tienen nada
y lo han perdido todo.
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.
Sí, bienaventurados.
Bienaventurados los misericordiosos, porque a ellos
nadie les perdonará.
Bienaventurados los pacíficos, porque morirán
en la guerra. Y
bienaventurados los que padecen persecución
a causa de la justicia, porque jamás
serán absueltos.

LIV

Decíase la cárcel, amigos del gabacho, que la mugre recoleta tácita tenía las
secuelas del infierno.
Que de allí le llevaban hasta la Modelo bandidos paisanos navajas y tanos, palabra
en el tiempo. Sin color. Palomita muerta en la verja de arriba en el patio caído. Los
tanos ende saben ande qué cómo dónde el pozo. Catálogo. Si están desnutridos, el
martirio eterno, por qué no hacer radio.

LV

Rabiar a tu propio padre
por hacerte lo que han hecho.

Yo rabio a un joven pequeño.
Yo rabio a las manos sangradas
a la guardia civil asesina.
Yo rabio a Franco, sí, que mata.
Que rabio por mi abuelo.
Yo rabio porque murió en la cárcel.
Yo rabio porque tenía una herida en la pierna
y no se la curaron.
Rabio a Dios, a Cristo.
Rabio porque murió gangrenado.
Yo rabio porque les veo
cuando duermo.
Rabio porque les sueño
morir desde mi casa.
Yo muero rabiando por mi padre y mis dos abuelos.
Yo rabio al verlos a todos
al cerrar los ojos.
Rabio porque veo una cara que sufre
siendo yo ensueño.
¡Federico, Federico!
¡Federicooo!

LVI

Existir es una palabra pretenciosa, grave, corriente abajo, fluir de la fuente.
¿Existir?
Ilusoria fantasía que yo exista eternamente.
Yo soy; y vivo en un trozo de tierra y de aire. Soy nadie.
Ni puedo, como no puede esa brizna de hierva, llorar cuando me vaya.
Solo estoy, contemplo, padezco.
Y estoy y estaré, porque hay alma.
Y no cuerpo. Que si es así
Toda la vida es poesía.

LVII

¿Dónde están mis piernas, mamá?
Madre, Dios no hace caso.
Él está vivo
y los demás, muertos.
¿Dónde están mis piernas?

*

En odio.
Un serbio, un croata, un musulmán jugaban
reían, hacían rodar la pelota
como si nada más pasara.
Sarajevo deja pasar un proyectil asesino
que mata y no pregunta.

¿Quién era ese niño?
Boom.
Era serbio, croata, musulmán...
Jugaba a la pelota.
¡Mamá, mamá, mamá!
Sus piernas jamás podrán jugar.
Hoy, la risa se trastocará en llanto.
Los pedazos de carne desangrados.

LVIII

Tiempos difíciles se pasaban, eternos de posguerra.
Salir a la calle era necesario pero peligroso. Necesario porque el pan no crecía en las casas, donde no había trigo; peligroso por la Guardia Civil y sus escopetas.
Bajabas a la Plaza Mayor y todos te miraban, preguntándose: “¿Roja, comunista? Zorra traidora”. Las miradas te insultaban, aunque seguías andando como si no te dieras cuenta de nada. A lo mejor, en las calles, podías oír el silencio de un muerto que yacía, muerto. Todo era igual, prácticamente.
O morías en un callejón o bien te daban una brutal paliza. ¿La causa? Quién sabe, la sospecha, el soplón que habla mal de ti, los malos ojos... Incluso los vecinos podían ser tus enemigos entonces. Y los vecinos de los vecinos, y sus vecinos. Día y noche con el oído alerta, escuchando en las paredes o las ventanas para delatarte, denunciándote por ser comunista.
Todo igual. Las cárceles eran la casa de muchos, políticos y no políticos, grandes y medianos, mujeres y hombres. El verdadero pueblo estaba allí.
Tiempos duros, sí, muy duros, quizá demasiado.

LIX

Fue al alba del quinto día.
¡Sí, señor, salvación y campanas
y muertos en combate!
Trote épico en las cañadas
Saltan por todas partes.
¡Olé! Qué mañanita del alba
cuando el gallo cantó de veras.
¡Viva Pancho Villa! ¡Viva Villa!

Victoriano,
¿no oyes las campanas?
El quinto día ha sonado.
Despierta, cristiano.
¡Oh Dios, qué mañanita!
¡Olé! Qué mañanita del alba
la del quinto día.

¡Por la libertad
un campesino mata, se mata!

Por oír en su vida las campanas doblar.
Esta vez sí doblaron, y sonaron.
Vaya si sonaron, a revolución.
Porque un día se hizo justicia e historia.
Los federales vienen.

Como el lobo, se van.
Destruid las haciendas, que cruzan ellos
Río Grande.
Muerte a los federales.
¡Viva la revolución! ¡Gracias, Pancho Villa!
¿No oyes la corneta
o las palmas de las tortitas?
Pues aquí está Zapata gastando las suelas
mas no las ganas.
¡Ay qué linda revolución!

Fue al alba del quinto día
cuando sonaron las campanas.

LX

Un grillo.
(Chilla. Chilla. Chilla.)
Un grillo en silencio.
De noche.
Oscuro.

Cortejo de flores.
Y romántica luna.
Luna helada.
Y lucecitas de luciérnaga.

Grillo grillo grillo.
Canta el grillo
 para toda la vida.
 vestido de negro y gala.
Invita al cante
con su cante.
El grillo, la piedra,
saca el violín apaisado,
un viento en su caja de música.
Abrigado en el arbusto
de la fría tierra
del color más blanco,
toca el violín, sincero.

Esmera la varita

y recoge los dedos.
Asienta el traje negro
y levanta la espada.
Sienta la cola
de la chaqueta.

Pausa sus dedos. Espera.
Alas negras. (Toc toc toc.)
Comienza.

Grillo. Grillo. Grillo.

LXI

Poesía en golondrina

Mírala, altiva y tan noble
en el cielo, golondrina.
Mírala, maravillosa; poesía.
Su cante —escucha—
serena.

LXII

El poderoso barco de los mares, que cruza océanos —ballena blanca—, murió víctima de los arpones. *El Titanic* se hundió.
Vestidos de época se movían a toda prisa en cubierta. Pánico. Todos saltaban al agua. La fortaleza de hierro inexpugnable lloraba como un niño chico porque no sabía nadar. (Fue ella, la natura.)
Los niños que poco más tarde, en el 17, irían a la guerra grande, miraban, atónitos, los botes como pececitos delante de un monstruo herido de muerte.
Francisco Franco, a sus veinte años, era un joven algo extravertido que había hecho del norte de África su personal casa.

*

Franco firmaba sentencias de muerte mientras tomaba café.
Hitler empezó la Segunda Guerra Mundial después de esperar que llegase el triunfo de Franco.

*

La cigarra, plasmada en la tierra, despertaba con el *Ángelus*. Un monte lleno de castaños y robles.

*

París imperial atraía entonces a todo cuanto creaba o quería crear. Allí chocaba como los barcos romanos en las costas.
Allí se maravillaron y maravillaron: Miró, Picasso, Dalí y muchos otros.
Y hasta bien entrado el siglo, Europa solo tenía un nombre: París. La cuna de la civilización ingenua del arte y del amor.

*

José, militar consumado, jugaba a las guerras, en las tardes de Oviedo, cuando su madre le dejaba. Las aprisionadas trincheras se inventaban y nos agachábamos para evitar las balas. La imaginación era nuestra mejor arma, pasión para nosotros. José era amigo de Nida. Jugaban juntos en las calles aunque ella poco tuviera que ver con los soldados. Le entusiasmaban las batallas, y cuando jugaba lo hacía siguiendo el último parte de los avances en Marruecos. La guerra de Marruecos, a todas horas.

LXIII

Una mañana, igual de encandilada que el invierno frío yaciente, salió al pozo para coger agua. Encontró poca agua, gotas. No quería imaginar la sospecha. Aquella mañana doblaron las campanas. Y Nida no quiso llorar. Su padre había muerto. Con el cubo de agua todavía apenado en sus manos. Oía las campanas. Se acordó, decía, que una vez, estando en Luarca, un viajante perdido le preguntó. Ella, sin más, dijo: “A no ser que la muerte lo impida, vivirás eternamente”. Acabó el *mente* con los labios curvados de Nida, su sonrisa. El viajante no entendía. Además, no entendía el castellano.

Francia era un verdadero campo de batallas. Era la Roma que arde con Nerón. Y Nerón tocaba el arpa en el centro de Europa. El infierno. Verdún no debería pertenecer a nuestro siglo. Tan solo años hace de una época que mi cabeza retiene en otro lugar, otro tiempo (quizá la Edad Media con sus caballeros, o más bien las hordas bárbaras).

Tartoise se acuerda. Él ahora es dibujante de las calles, de las aceras, alegre de ver sus manos después de tantos pies. Luchó en las trincheras de Verdún cuerpo a cuerpo, rata a rata. Y su dolor nace de sus manos, pintan el suelo con escenas devastadoras de una devastadora guerra.

La gente no ve. Y pisa sus cuadros. Y no ve.

Sueños evocadores de un jardín travieso con plumas.

Contrabajo.

Evocadores sueños de luna. Sueños eternos. Sueños que solo son sueños. Sueños con cara de susto. Espías del alma, sueños. Del verdadero espíritu.

LXIV

Verde del cielo, verde verde.

El día que estuviste cantando
yo te escuchaba.

La noche en la que estuviste soñando,
yo soñaba.

Verde del cielo, verde verde.

LXV

“Que no supo morir”, decía el capitán.

Mentira sangrienta el cura oficiaba.

Soldados en fila formados
bajo armas al hombro, muchacho,
¡qué mentira más cruel me decía!
Que no sabrá morir de otra manera,
que no supo morir.
“¡Todo por España!”, gritaba el capitán.
Y con la bandera les arrebatava
hasta la última gota de su sangre.

LXVI

Lobos del monte siempre acosados
...perseguidos, maltratados.
Lobos del bosque que merodean
a la luz de la luna con cautela.
Sombras de los muertos,
maquis os llamáis:
Siempre sin paz
corriendo y cazando.
Luchando,
muriendo y volviendo a llorar.
Corred, volad, lobos del bosque,
que el sol de los muertos ya os está mirando.

LXVII

Valle-Inclán quería innovar.
El hombre callejero, exaltado, quería.
Entre *skins* y disputas aparecía
Valle en el teatro que quería innovar.

LXVIII

Pecado de la poesía es no decir nada, pues con la poesía se dice el temor, el arte, la alegría, el cante. Todo se dice con la poesía, porque poesía es lo que uno siente, en palabras.

LXIX

Tú, queridísimo Machado.
Uno entre los poetas.
Entre niñas y flores
tú supiste mejor que nadie comunicar.
en versos nos contabas
tus alegrías y tus penas
El pueblo y su contar:
Todo nos contabas.
¿Por qué te has ido, Machado?

¿Por qué nos has dejado?

LXX

Toledo ha caído,
Madrid pronto caerá.
Y ese es vuestro Franco
gritando de ironía al viento mano alzada:
“¡Arriba España!”.
Pena de mi España,
ese es vuestro Franco.
Fuiste tú el que mataste,
valeroso caballero de verdad disfrazado,
humillaste y mataste, valeroso caballero,
y aún sigues gritando sin darte cuenta:
“¡Arriba España!”.
Aquellos que te siguieron,
perdónales, Dios,
porque su Franco, Francisco,
ha muerto, cautivo y desarmado.
Ahora el pueblo sí grita a toda voz:
“¡Arriba España!” . ¡Arriba!

LXXI

Me acuerdo del día en el que, jugando en la calle, siempre con la pelota rodando,
pasó un coro de gitanas. Sin pararse ni callarse vieron en mis manos mis gafas, las
mías que había intentado guardar.
Y una de ellas, de las gitanas que pasaban, dijo sin más: “Se te van a caer los
ojos”.
Qué frase tan oportuna.

LXXII

El cielo estaba llorando
y la tarde lloraba de Viernes Santo.
La procesión, en la calle.
Y lo miraban, al Cristo,
cuyas venas sangraban de dolor.
Le rodeaba un coro enlutado
que en penitencia sufría
las cadenas del cuerpo atado.
Y la Virgen, detrás,
más hermosa que nunca,
imponía una imagen de respeto,
de cierta ilusión, que a mí me parecía única.
La calle olía a misterio:
La saeta cantaba

y con ella,
mirando a la Virgen bella y callada,
los gritos de: “¡Guapa, guapa, guapa!”.

LXXIII

Los cortijos salpican Andalucía.
Cortijos y casas blancas
en pueblecitos de cal.
Pueblecitos blancos con casas
llenan de pasadizos la tierra.
Su luz alumbra Andalucía.

LXXIV

Los olivares amparados
son origen de algún pico,
paladar de la aceituna.
Olivares pequeños con luna
que oscurecen al anochecer.
Aceite olivarero, olivarero
del olivar de la sierra,
provincia de Jaén.
Escarpada de pinares.
En lo alto del nevado,
los ramos brindan
amarga oliva amarilla.

LXXV

De la imaginación no se puede esperar más que cordura.

LXXVI

Que si pan pedimos es porque tenemos hambre. Y si tenemos hambre es porque pedimos pan.

LXXVII

Soy. Qué me pasa. Sé
que puedo verlo todo negro.
Se me ha olvidado
de qué color es el mar
y si alguna vez ha habido viento
girando.
Sé que el sol no es negro
pero no lo veo.
Se me fueron las hojas.

Se me fueron las hojas.
Se me fueron los sueños.
Sé que alguien me ha puesto
una cruz
en la solapa:
tálamo de flor —gota.
Y qué está de pie, mirándome.

LXXVIII

Mucha arena hay en la plaza
torera de lindos paños
blancos y sábana santa.

El abanico está abierto
mirando la humilde morada
casa del ogro del llano.

Toro gordo y cabizbajo,
dos pitones son sus brazos
Que no dejan mecer la cuna.
Abierta sábana, aire tibio
en la cuna.

Trote épico en las cañadas
(suerte de varas). Sale *Islero*
como un niño que sale a la calle,
lengua fuera y ojos chatos,
dando brotes en la escharpa.

Mucha arena hay en la plaza
roja de sangre a borbotones.

Larga torera, larga figura,
pie delante y, despacio,
pasa la mano pequeña, capote rosado.

Despacio, taciturno, la suelta.
¡Ay qué gracia! Con todos sus dotes
—mirada fija en las cejas—
¡y olé!

Levanta la cabeza:
toreao.

Mucha arena hay en la plaza
y muchos paños saludando.

Cien faroles llenan
de roja ira morada
de sol y de luna la entrada.

Olé y olé repiten las voces.

El caballo, ¡ay caballo!,
ya sota, gallardo, sin ojos ni trote.
Tiene un sombrero y una vara
y una maneja de flores.

Clava la estopa,
empuña los pitones,
desenfunda.
Unión, Dios y sangre a borbotones.

El aire respira impío
farándula que brilla.
Trompetas romanas y César
montera en las vitrinas.
Negro, rojo y sangre.
Todo está en la plaza.

Sube al tendido
cruza los palcos y llega
a la andanada.
La montera recorre el ruedo
dejando caer su maña.
Su capa se comporta.
¡Ay los ángeles cantan!

Mucha arena hay en la plaza
y mucha sangre a borbotones.
Una larga, una verónica, ¡olé!
Gritos y olés en los tendidos.

Vuelve a pitar la golondrina.
Silencio, otro pasodoble.
Del burladero, un profano
va a castigar su pena
con largos cuchillos y un par de tenedores.
Pausado, en el centro del redondel
nos mira, muy severo;
de repente, la emprende y llama al toro,
sea un duelo con él.
Dos pichones de banderillas.
Se clavan, una en el manto,
la otra roza y aquieta su vida.

La muleta espera su hora
mucho sangre hay en la plaza.
Se oyen frías trompetas
por un grito estremecedor que calla
son las cinco en punto.
Y la sangre corre a raudales.
La muleta en el suelo
no siente la dulce mano.
Y los ángeles no danzan.
¡Ay Dios mío!
¿Qué ha hecho la cornada
encasillada en el pecho?

Mucha arena y buen estoque
se apiadan del muchacho
Manolete Rodríguez Campuzano
preso en Sevilla y Madrid
dentro de una cárcel redonda
ahora con rejas hasta morir.
Demasiada sangre
y mucha arena en la capa.
El público aplaude.
Manolete ha muerto.
Y no eran las cinco de la tarde.
Una barrera de hierro
le separa de la muerte.
La quiso cruzar,
hacer sus sueños de gloria.
Triunfar.
Corren a la enfermería.
Dios te guarde, muchacho.
Como no encuentran la puerta,
mucho sangre en la Maestranza de Linares.
Mucha arena hay en la plaza
Y mucha sangre a borbotones.
Enero de 1993

LXXIX

Y mi cinto cuelga de un árbol.
La noche no tiene celaje.
¡Ay luna lunera!
la noche no tiene cabeza.

La guitarra está a mi lado
y escucha los dedos flamencos.
¡Olé, qué sol!
Un sombrero de paja

ciérne al jornalero.
—Con alas de lechuza vuela
sobre la cabeza.

El árbol y su mochuelo
nos miran,
a mí y a la serpiente de mis dedos.
Guirnaldas de aceituna
y un poquito cendal.
Viste camisa,
no quiera que me espere
la faca, los gitanos, la luna,
el limonero toledano
y la blanca espuma.

Ella, y yo, está esperando
que me queme, que te espera,
flamenco de luna y de sol;
de luna luna lunera,
en un monte, sentado
en una hoguera.

Una guitarra se rompe
y encharca, salpica los dedos
puestos como la mano de Dios
del cante.
Una araña anda sobre las cuerdas
tejiendo su brillo mantel.
Se retuercen los cinco hijos
como niños que juegan
con gemas de seda.
Y los cinco se confiesan
frente a la negra roseta (celosía de cuerdas).
Y se oyen
como un susurro alegre,
siempre alegre.
Siempre guitarra y cuerdas.
Y cante, mucho cante.

LXXX

Que buscaba sus raíces en Andalucía,
era un perdido flamenco
sentado en la baranda.
¡Espera! En una hoguera en el monte.
Como un crisol de oro.
Ella, caliente, daba paso a la escarcha.

Sentada estoy en el manto
y estoy en la baranda.

LXXXI

Al alba

—Buenos días, compadre.
—A las buenas dé Dios.
—Poco ha dormido esta noche.
—Duerme poco el madrugón.
Tuve dulces sueños
de un niño azucarado
que no quiso despertar.

—A las buenas buenas —dijo madre.
—A las buenas buenas —dije yo.

LXXXII

El Gallo

Punta cresta desafiante
amenaza el cielo con su lanza
encima del palo, cabeza alta,
orgullosa.

Es la corneta de Dios.

Su bandera está en la cresta
con cinco barras de hierro
rojas como la barba.
Toma aire, pecho lomo.

Abre el pico y larga
un sonido aquejado
de rígida formación.

Y lo clava en el aire
como un sueño sin respeto.

Capitán tricolor,
tú me impones el mando.
Kikirikó.
Cabeza alta, brillante,
un arcoíris ha caído
del bastión.

LXXXIII

Alegra la hora soñada
de tu día.
Enamorada, quítate el velo.
Retuerce la loma,
gallardo
ángel.
Saca la luz,
guarda la muerte,
que es fea. Atrapa, azucena, dalia.
Dios parece
cuan bien sueña.

LXXXIV

Hágase la luz
y las palabras sonarán distintas
y los conejos saldrán de sus madrigueras.
Hágase la luz
y los parados pararán movidos
por los astros del universo.
Hágase la luz
para siempre
para que todos nunca tengamos que ver a oscuras.
Ciegos.

LXXXV

Aquí yace
ins cripto
mi padre:
In aeternum (para siempre)

LXXXVI

Laus deo.
¿Yo a ti te llamo, Señor,
por la miseria que veo? (Por la gracia de Dios.)
Libera-nos, mi Dios,
de aquellos que son más buenos
y quieren ayudarnos.

LXXXVII

Ten misericordia de aquellas bestias
que arrojan pan a las palomas.

LXXXVIII

Poesía. Esta madrugada no
tengo ganas de escribir poesía.
Siento. Me levanto apenas. Reconozco mi pen-
samiento.
Miro las ventanas. Fíjate
que hoy no apetezco de amor, de vida; la muerte.
Y ya ves que hoy, esta
madrugada,
tampoco me puedo resistir. Poesía.

LXXXIX

No se puede hablar de destino de una persona a su temprana edad, pues la vida es imprevisible y solo cabe ver ejemplos como los de Ramon Llull, que a los 26 años cambió radicalmente de profesión; o de Sebastián Salgado. Resulta, entonces, paradójico e inesperado cuál será tu futuro respecto a tu nueva manera de pensar. Y de esta manera, permanece vivo en nosotros ese espíritu juvenil que desde pequeños nos alienta jugando a conocer qué seremos cuando seamos mayores.

XC

El mundo actual se ha convertido, en los últimos años, en un pozo de miseria tan profundo que parece que no tenga fin. Viendo, tan solo, en estos días, el comportamiento del pueblo estadounidense en vísperas de las elecciones a presidente, crece en mí una concepción que ya lleva años viva:...

XCI

En la naturaleza vivimos cual perro vagabundo, pero manteniendo el orgullo y las aspiraciones propias de los humanos.
De todas formas, no me gustaría ser escritor, pues sé que no se vive de ello, y yo quiero vivir de algo. Y estos y los poetas, lechuzas que hacen de la escuela su nido, que ven como cada año se hacen más pequeños entre sus alumnos, son los únicos sabios que quedan hoy.

XCII

El nazismo es un fascismo exacerbado.

XCIII

¿Literatura? ¿Qué es eso?
¿Para qué sirve? ¿Qué es?

XCIV

Lo que más siento es ver un muro empapelado de libros.

XCV

Para poder escribir hace falta, primero, conocerse a sí mismo, pues a través de la escritura se conoce la mentalidad del autor.

Quién lo dejó no recuerdo.

Lo que importa no son los nombres; son los hechos.

Primero se escribe el poema; luego se descifra.

XCVI

Ya no canta Machado...

Ya no canta.

Ni suspira ni siente; ni canta.

Con Lorca se le vio caminar,
por última vez,

hacia los cortijos blancos:

...Han matado la lechuza,

han quemado el olivar.

...Cayó muerto Lorca.

Machado llora detrás.

¡Maldita la guerra y maldito el fusil

que dejó muerto a Lorca,

y a Machado, y muerto a mí.

XCVII

Crisálida luz en paño de sangre.

Hondo espíritu, cuerpo presente.

Tiento y muerte

bajo un manto de nubarrones. Tormenta

de los cielos y las piedras,

hondo espíritu, año cero,

rabian a Dios padre.

Juan estaba con ellos, allí en el sacromonte,

con María y Magdalena, sufriendo

ante la cruz de madera.

Mojados, María de rodillas,

envueltos en el vaho de los soldados;

escupen lanzas a la cara, borrachos

de lujuria y de pena.

Y cantaban con su cuerpo metálico

sin alma.

Pisaban la tierra arcillosa

de color terroso, hecha un rociero

y tocando palmas.

Hondo espíritu, cuerpo presente.

Juan siente a

Dios, rodeado de ángeles sin venas.
—No lloréis por mí
y llorad por vosotros.

Tenía los ojos cerrados.

—Juan, ahí a quien ves de arcilla,
del color puro del suelo y del agua, es tu madre.

¡Juan, aquí tienes a tu madre!

Que tu corazón esté con ella.

Pero su pasión, María, es ahora tu pasión.
Al pie del calvario
una estaca se ha clavado en el centro de los siglos.
Cristo crucificado. Jesús murió,
ascensión de su espíritu. Y murió
pero todos siguen llorando.

XCVIII

Llegó también el día de 1972 en el que 16 personas nacieron en un accidente.
Tenía que llegar. Ella lo escuchó en la radio, conmovida de sus muertes. La
ignorancia de largos días helados vivía al otro lado del Atlántico, en los Andes,
sobre las nubes, casi tocando a Dios. Pero Dios esta vez se apiadó de ellos.
Mi bella mujer, con el hijo al lado junto a ella, hacía punto aquella tarde.
—Muertos están todos, virgencita.

Creía siempre que todos cuantos osaban surcar la Casa del Señor, en los cielos, si
no eran ánimas que ascendían no merecían otra cosa que la muerte, muy a pesar
suyo.

—Apiádate de ellos, virgencita, no saben lo que han hecho.

—Cállate, madre, y no mires más la tele.

En las nieves de los faustos dientes gigantes, arriba, más arriba de donde el pájaro
canta, ellos seguían viviendo, negándose rotundamente a morir.
El día en el que miraban el sol, milagro. Una esfera redonda, perfecta, sencilla y
divina, todo círculo, eterna, sin final ni límite ni principio, esfera redonda; hizo que
el dios de cada uno despertase para que pudieran seguir andando, muriendo
andando en el camino.

XCIX

Brillaban los faroles en lo alto, con una luz mágica, maravillosa.
Fue en la mañana del 14 de abril, algo antes de la guerra, en el 31.
Los quioscos de la Calle Mayor, repletos de gente encima; apenas dejaban leer la
gran noticia. El día siguiente de todas las esquelas de los últimos años.

La República, la Segunda República. En la calle, en la plaza, en los balcones, jóvenes que agitaban, victoriosos, el sombrero, como el puño abierto. (Aliadófilo, intelectual, izquierda: tres mandatos.)

Jorge era uno de ellos. Miraba con sus ojos el panorama, las cabezas. Parecía la fiesta mayor. Sus ojos llegaron tarde al suelo. Había estado la tarde durmiendo, efecto seguro de una noche borracha y traviesa. Y la noche había dejado paso al día, aunque su cabeza no decía lo mismo. En su cabeza mandaba un dictador, y este le daba resacas.

Mateo corría para picarle.

Los dos, los ojos bien abiertos, aunque algo tambaleantes, buscaban en los callejones la salida al mar, pleno mar de vida. Llegaron, jadeantes, aguantándose con las manos en los hombros de los de delante. Sobre las cabezas de los últimos subieron, encima del quiosco, y vieron, vieron, fascinados, la música.

C

Has de saber que en París, en 1789, se inició una gran batalla callejera que acabó con la muerte de su rey, Luis XVI. Y el nuestro, que entonces era..., ¿quién era? Bueno, un Carlos era. El nuestro mandó al ejército que cruzara la frontera y luchara para, según mi abuelo, salvar a Dios y la monarquía.

—¿Todo esto le pasó a tu abuelo?

—Sí, señorita —contestó Martín, orgulloso.

—Pero dime, cómo luchó... Cuéntame algo más, venga.

Martín, el tío, era un pobre intelectual. Había nacido a mediados del siglo XIX. Y su abuelo, cierto, luchó a las órdenes de Carlos IV, en la Revolución. Él mismo había estado en París. Martín vivió en Francia nada menos que 15 años, harto de corrupción e injuria en España. Martín, pobre ingenuo, creía en una gran España, pura y blanca, sin falsas repúblicas ni falsos generales. En un local de París, en el Barrio Latino, conoció, además, en una mañana de octubre, a Unamuno, que escribía en una mesa de la terraza.

De una vida tan compleja y dispar no es de extrañar su pensamiento. Luchó voluntario. Y leyó a Nietzsche hasta saciarse.

Siempre hablaba de Nietzsche, a todas horas. Nida, sin entender mucho lo que decía, también le escuchaba.

El alemán, contemporáneo del tío Martín, se había convertido en su ídolo; más que eso, en su salvador, el salvador de todo el mundo. Creía en la teoría del superhombre, en la supremacía social del europeo, hombre blanco, en la muerte, en definitiva, de Dios.

Por eso nunca iba a la iglesia. Y por eso, supongo, que era fiel enemigo del párroco de San Lorenzo.

CI

Sobre lo dicho de la recopilación de libros hay que decir que puesto que hoy todos entierran sus libros en las paredes de sus casas hemos llegado al extremo en el que lo que más importa de estos es su ataúd, y dejamos dentro de ellos las palabras muertas de la literatura que asesinamos injustamente.

CII

Parto para la creación de estas narraciones de un trabajo de hace dos años sobre una antología poética hecha por mí. A mi juicio, estas poesías son de gran calidad; y las que no lo son, pretendían serlo. El hecho de que en tres de ellas, la profesora haya colocado un interrogante en el que se duda de su autoría me hace pensar que no hace falta ser un experto para crear pequeñas maravillas que expresen lo que uno desea.

CIII

Muchos americanos —*yankees* de toda la vida, siempre referido a Estados Unidos— se asombran y se ríen de la desaparecida y poderosa Unión Soviética, descompuesta en un sinfín de repúblicas independientes que distan mucho del poderío que todas juntas formaban. Estoy seguro de que dentro de pocos años este mismo proceso lo sufrirá Estados Unidos, que se dividirá en estados.

CIV

El futuro da protagonismo a los hombres. Las máquinas, se dice, serán nuestro segundo yo, aunque haya gente que se resista a su contacto y prefiera la más pura tradición: lápiz y papel.

CV

[...]

he tenido en mente ideas o teorías a mi juicio fascinantes. Pero el tiempo juega malas pasadas en nuestra memoria, y es una lástima desprenderse de esos pensamientos.

CVI

De lo citado sobre el valor que debe alcanzar la historia y que deje de ser una mera asignatura se desprende que las generaciones futuras tendrán más acontecimientos para ser estudiados. Se suprimirán hechos y fechas y explicaciones. Por ello, crecerá la meditación y el razonamiento se convertirá en pilar básico. Así el ritmo de la clase será otro.

Es lógico reconocer la variabilidad de la historia. Solo Dios sabe cuál de las muchas frases, titulares de periódicos, serán célebres en el futuro y se recogerán para la eternidad. Como *veni, vidi vici*, de Julio César; “Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo”, de Arquímedes...

CVII

Obra poética y prosa

Imperio romano.

La caída.

El senado.

Discusión.
Algo histórico (nombres...)
Todo inventado.
Novela.
Temas sobre lo que fue Roma: valores morales y espirituales.
500 páginas

CVIII

El espejo

Dime, espejito mágico:
¿quién es?
Tú, mi reina.
Yo, el rey.
Yo, metálica y recubierta lámina (yo, el más guapo).
Vidrio con capas. (¡Oh rey!)
Imagen de un objeto —el espejo— cualquiera.
De los rayos luminosos reflejas
tu nombre; dale las gracias a ellos.
Alguien
o todos cantan, te cantan, y canto
me canto. Y eso cristalino, láminas brillantes,
atractivo y engañoso.
Imagen imaginada, reflejo de la moda reflejada.
Porque yo soy tú,
el más guapo del universo.
Y de los dioses, espejito, en tu camino.

CIX

Sé, y no seas otra cosa
que recuerdes.
Si no hay pasión en esta vida, ¿qué hay?

CX

Noches largas sin dormir
esperando la impaciencia
que nunca llega y tardía
la hora del amanecer.

Cada día y cada noche
sin dormir en la esperanza.
Si los platos rompen
sería un alivio que suena.

Las sombras se esconden en sombras
largas y destartaladas.

Los pájaros marchan tras ellas.
Todo parece una caja sin música.

Lluvia dentro y fuera
para un pavo real sin plumas.
Noches largas sin dormir
alejadas de inocencia.

Destellos de luz pura
caliente... despierta.

Todo se hunde
tras el barco dormido
cobijo de sus días y sumido
en un sueño eterno que no cesa.

¡Despierta ya, albores!
Solo con nuestro río,
cruzado de amores y entresijos
de noches despiertas,
silencios y clamores.

Despierta.
Porque yo no entiendo nada
de dolencias ni rencores
(la sal cae, María lo sabe).

Es mi padre.
¡Despierta!

CXI

¡Que yo no quiero verte sin sufrir tus suspiros
ver que tú eres Carmen
saber que tú eres
mi gracia, ruiseñor, que canta
canto divino!

Plata de los ríos
es tu cara, Dios santo.
En lo alto de los picos
la luna resplandece.
Creyendo ser tu cuna, ay preciosa,
en el cielo.
¡Luna, tú eres luna
enamorada, tu alma está con ella
labrada por las noches!
¡Que tú, dulce miel

en un panel de oro, abeja reina,
corte de seda!
Que yo no quiero,
quiero quiero quiero quiero quiero,
aunque la luna caiga y me clave sus pinzas.
Que caiga, déjala,
si ha de caer que caiga,
que yo no quiero verte
sin sufrir tus suspiros.

CXII

Tornose, ay tornose, del color de la alpaca.
En su camino al camposanto.
Tornose violeta, esmalte
tornose. Ella, sí, la muerte.
Subía a ver a sus hijos,
relicario.
La tuna, de capa
negra fuera cantando
la luna.
Un trozo de cincel
lleva galena consigo
de la tuna... La comparsa.
En su blanco rocín,
menta. El aljibe
llena la tierra de nácar.
Recoleta va con ella
en el carro
izando
su guadaña
Triste de tanto... matar.
Son las parcas
las que otean
sobrias en su camino.
Hay madrigales, cedros rodean
en fila la hilera
uno tras uno. Cedros
(rejo
neo) apedrean
las piedras con sus pies
el camino de la muerte.

*

Y enlosado está el suelo
con-
suelo de los muertos.
De tantas tumbas que hay repiqueteando,
continuamente, callados

sin gritar.
Dentro están, fiel-
mente están... muertos.

*

Los trigales, sublimes,
acarician las hojas,
bellos y sonoros;
galenos y aureola,
ternura en las farolas, de sus hijos
los gitanos.

CXIII

A Rodney King

Calladlo al negro en el país
no tiene ni voz ni voto
no merece vivir.
Se oscurecen los gorriones
de ver infame in-
justicia. La piel se estremece
de verla rota con cadenas
Si fueras blanco.
Si por la piel
murieras.

Una danza zulú aprieta
venganza.
El coro en la carretera brinda sus porras
las sirenas.
El toro en el suelo
muerto.
Al toro lo tienen
casi desca-
bellado.
Si por morir murieras
siendo negro.
¡Coged, hermanos, la lanza!
¡Jurad venganza!
¡Amotinad, reclusos, saquead
tiendas, matad!
...Si otra vez pasara
que un negro...
Si se viera...

Qué más da la piel.
Si blanca u oscura.

¿No sigue siendo piel, carne, sangre,
alma en alma?
Despierta ya, alma mía,
¿de qué color eres tú:
rosado, amarillo o violeta?

Que la horda bárbara
arrase por completo
...si otra vez.
Arrodillado, ciego, pide perdón.

*

No me peguéis más
os lo pido,
no me matéis, os lo ruego.
No me matéis, ¡piedad!
Dios arriba le mira
y se ríe, bebiendo cerveza.
Aplasta la lata y la tira
contra la frente.
Se va a dormir can-
sado a sus nubes. Se tumba.

¡Dios, escucha,
que yo no quiero morir, díselo!
Abajo las perras
castiga.
Mal-
nacidos cabronazos,
matadlos a todos,
policías blancos inge-
nios malditos. ¡Negros, vengad
sus muertes, hermanos!

CXIV

Dejadme, que no quiero entrar.
Dejadme.
Que la casa del lucero
alardee de hermosura, dejadme.
Si es oro, no quiero;
si riqueza, dejadme.
Que hay un pobre en la puerta
con bufanda y mocasines.
Susurra, maitines,
dejadme.
Que el pobre no tiene
y no puede entrar.
El crisol de sus ojos lacrimales

tiradlo al mar. Dadle
un regazo de alabastro
austero, aunque cantadle
laudes ceñidos
de rojo.
En el estío, cuando la brisa pasea.
El estío azorado.
Céfiro
se conmueve.
Ni el hombre lo siente.
Le hace un laúd de rica estampa
un panel
que se mueve cuando lucero
descansa.
Y que se cansa
y que no quiere entrar
en la casa del terrado.
¡Dejadme!

CXV

Que se hagan una exequias en su honra. Quiero ver, en lo más hermoso de la colina, allá arriba, catafalco, túmulo: el más grande que se haya visto. Y que todo el mundo le rinda homenaje, porque era mi abuelo. Y murió asesinado, muerto. Quiero que sea suntuoso, solemne. Quiero que pongan un cadalso y se cante una oración, mil oraciones, y que se erija un patíbulo para que todo dios lo admire y le reverencie, y se rindan ante él, y lloren.

CXVI

El aguacero debajo del sillón
rescatando el pobre tintineo
ya sucio de ratas.
Encima del sillón, tormenta
empujando la tormenta.
¡Es la guerra! Es... la guerra
intermitente y fumigadora
de insectos pequeños.
Turbia pena y
grande.

La guerra mata por matar
sintiéndolo mucho.
Mata y mata sin callar
la maldita guerra.
¡Y no hay dios que se salve!
El médico, maniatado.
El alcohol cura sus dientes.

De odio y sangre es la guerra.

Para mí, está muerta.
El cadáver difunto de sí mismo.
Y acabada está
sin brazos ni piernas.
Tumbado en el suelo.
El árbol se quemó.
Demasiado fuego hubo.
Las raíces... ya no hay.
Proyectiles sin rumbo
acoplados al apocalipsis.
El reloj da las doce
y no se ve el humo.
Bailando en el cielo, las nubes
al son de la orquesta.
La sangre, también demasiada.
Oliendo a estiércol y a sangre.
De nuevo. Llamaba al diablo.
Le enseñará un poco más al diablo.
Las mujeres, llorando,
y los niños... Ya no hay niños
ni lágrimas.
Solo pena y pena.
La sangre tuerce el río.
Y, apenado, corre a raudales.
¡Camillero! ¿No oyes?
¡Camillero!
La camilla se cae
y nadie la recoge. Ni la cogen
para llevarse
al muerto.
Ya no hay. El cementerio no existe.
Todo es cementerio.

Yo quiero a mi amigo.
No me obliguen a matarle.
A matarle..., no.
Yo no quiero. Lo siento.
Cierra los ojos.
Lo mata.
Por un trozo de pan.
Los hijos hoy comen.
Y del pan. La suerte
dirá si hoy puedo comer.

El frío arrecia
mucho blanco.

Mucho frío en invierno.
Ni las bombas se calientan.
Y los tanques jugando
buscando la diana.
Y violeta está el limón.
La garganta, seca.
Jamás se puede hablar.
La guerra. Si por morir
...muriera.
Tienen hambre los niños.
Fuego y fuego en las trincheras.
La mujer se va, le deja.

Ni verle quieren.
Despertadme cuando salga el sol
buscando el sol. No es posible
El sol. Pena.

CXVII

Los heridos, si no heridos...
Muertos: como el pozo blanco
y el verde árbol
y el cielo azul, desteñido quizá
de oscuro. Y oscuro
el limón y amargo.
La tristeza merodea.
El llanto ya aburrido.
La pena.
El desertor lo lleva todo
y con frío, a su casa.
La sierra, con más dientes que nunca,
aborrece ya las piernas.
No para de corar.
No hay quien la pare.
Nadie puede.

Llueve mucho. Hace frío.
El soldado no sabe dónde lucha.
Jamás lo supo.
Solo frío en el invierno.
Y ojos negros de gato.
Se cruzan en el camino.
Las tijeras, siempre abiertas.

Disparó a su compañero.
El enemigo no sabe qué hacer.
Él tiene 13 años.

Y no...
Le atraviesan la cabeza con las balas.
Le agujerean y destrozan. Explota. Y sangre
por los suelos.
Lo están pintando el suelo.
El rojo se hizo fuerte.
Mugre hiedra en la ventana.
Luchando por algo
que no se sabe bien qué es.

La flor no existe.
Se olvidó su olor.
El metro a rebosar de gente.
La gente corriente.
Los niños gimiendo.
El parto sin dolor.
El dolor duele y se oye.
Los focos y la actriz
en el cielo.
Estornudan los ángeles.
El ideal sea acabó.
Muy humana la muerte.
Recuentan los finados
finalmente en el suelo de mármol.
El Führer también.
El Duce ha muerto.
Franco, todavía.
El cuervo se va con las palomas.
Prefiero el pan.
Cantaron una misa de-sastre. El cura se mató.
Se pegó un tiro en la cabeza.

Ya no más morir.
Por favor. Se acabó
la muerte. Sin-
vergüenza, Dios.
Arriba no hace nada.
Rojo.

Solo eso. Solo pena.
Ni hostias que quitan el gusto al limón.
Bramando para callar.
Cuando no hay nadie que hable.
Y todo el mundo, silencio.
Y en seguida, cristales rotos.
Nadie se corta. Todo el mundo muere
a cientos en la calle.
La guerra apesta a tabaco

cuando se encuentra.
No hay más que hacer
con el amigo.
Mentirle y matarle.

No hay nadie que viva.
El Señor jugando a cartas.
Qué más da.
Si todo son copas.
El pan y el pescado, qué bueno.
Vino le faltaba.

CXVIII

Le cogieron cuando andaba
borracho en su eterno
camino. Camino largo de...
Cristo. Aquel a quien cogieron
en la Última Cena.
Caminaba por el sol, la arena.
Ardiente en el camino
de piedras más tarde desangradas.
Se tambaleaba, sediento
de espera. Angosto y retama olía.

La noche caía.
El sendero se estrechaba.
El sendero...

A Cristo mataron fusilado
en la noche de domingo.
La bruma cegó sus ojos.
No dijo nada. Dijo que sus hijos
eran pan y escarcha.
A Jesús le robaron la cruz
de la cadena.

La noche, tranquila.
Muy serena estaba ella.
Y Jesús se retorció, nervioso.
Le taparon la cabeza.

El alba como un niño
se ponía los zapatos de mañana
esperando impaciente... el sol.
El sol soleaba
solo en la penumbra.
El muro alargado

viejo como un tronco, ladrillo con ladrillo
veía la muerte. Pensaba
con barba blanca y negra muerte.
El muro pedía un manto
que le quitara su frío.
En fila, sostenidos
como la voz en el aire que escucha.
Rayos de luna. La sombra
tapa la luna.
Cae la andanada. El talón
no quiere bajar. Se niega.
La noche, tranquila,
y las estrellas sonríen.
La noche cae.

Estrellas
cercando con sus puntas brillantes la escena.
Esperando la sangre
y el martirio de la sangre.
...La muerte de Cristo.
Sangre y sangre de las venas.
Le llevan amarrado,
sus manos en la espalda
con la cabeza inclinada
y piedras en los pies.
Con los ojos llorando, desconsolados.
Lejos de amar
y la túnica, vestida de santo
apretando su cuerpo
caído y blanco.

Blanco recio que le cae
a los pies
y que no llega la sábana.
Es sangre lo que tiene
sangre roja del humano
hombre de hombre de la calle.

Los ángeles bonitos tienen miedo
de acercarse.
Las plumas se mojan
del rocío de los mares.
Llena de gotas la pared
tienen miedo de acercarse
y ver morir a su padre.
Y su padre
dice no conocer a su hijo.
Dios no sabe nada.

Se lo llevan al muro
lejos del sacromonte.
De piedras grandes y rojas
de los muertos. De ladrones y bandidos
y personas.
Paredones de piedras blancas
y nidos en forma de balas.
Le ponen en medio a Cristo
y solo le dejan.
Las piernas le tiemblan. Le matan.
Como buen cristiano
dijo que no quería morir. Dijo no,
se equivocaron.

CXIX

La cigarra en el verano
cría cuervos bajo el sol
de su árbol
donde canta.
La cigarra veranea
en su rama de árbol.
Tiene un bañador
y tela de raso.
La cigarra, ay caliente,
achicharra con su canto
otra y otra vez
subida en la encina
de su mágico árbol.

CXX

La guerra
guerra traviesa.
Sucio juego
ni lo fue ni lo será
la guerra del verde brezo
la paloma, muerta.
La paloma, muerta.
La paloma, muerta.
La paloma...
El alambre de espino
en la guerra alambra
como una corona, fuerte y
fuerte mata.
Es la guerra horrorosa
traidora. Aman-
te infiel. Resonar

de bombas y estallidos. Y saltos
y salpicar
y sangre.
Y muerto a muerto a muerto
la paloma, ni tregua ni sangrienta.
Muerta.

CXXI

Despierte la siesta, que me vuelva
loco. Yo canto a la luz
a lo que me da la gana.
No sé, estoy confuso: más bien
tonto
tonto.
Canto. Porque todo.
Para no poner las manos
en la tierra.
Me vivo vendimia,
lápiz; cofrade o
casto.
Soy reposo
y peces.

CXXII

Reclamo cojones serpiente
de
reparto, alicates para muelas servibles
a la caries. Rehúye un jaguar
mazmorras como torrentes
castrados como simientes.
Silente cuaja éter. Musa meretriz
usada
descorchada.
Reparte alicates cual si yo, estricto, fuéramos herreros.
Forja el arrullo.
Forja el libro.
Forja el rulo.
Forja la llave.
Forja la tabla.
Forja la pulsera.
Forja la piel
forjador de millones inexistentes
cosas inexistentes (arrullo, lejía, redactor de sucesos).

CXXIII

Novela fantástica, fábula antiestablecida, antiorden, antibiótico, libre, alegre, loca.

CXXIV

¡Oh Almudena! ¿Dónde vais?

Pues vuestro señor se fue al alba a la campaña contra cristianos.

Mía Almudena, decidme, qué bien vedes,
sola y alejada, las esperanzas de este reino de Granada.

Mi señora, miradme, y a los ojos me digáis si estos naranjos,
si esta acequia, si este pozo de agua,
si este mi Guadiana, si esta Sevilla,
si esta tierra agraciada, maravilla
que nos la quieren quitar.

Dime si Yaveh se ha vuelto contra nosotros,
que yo, creyente, sabré morir por él
y no vivir más como hubiese vivido.

Señora mía, Almudena, rogad por vuestra madre,
que es el suelo de sus pies y de los míos,
y de todos vosotros. Lloráis como lloraría
una mujer por su hijo, lloráis por ella,
porque cuán poco ha valido, señora,
nuestra desidia, el dolor
que le hemos servido.

Arrodillaos en la tierra.

CXXV

Naciste, ¿te acuerdas?

Eras pequeño como una gota y cabías en un dedal.

¿Te acuerdas? Que te llamaban muñeco
por lo frágil.

En una hojita te podías mecer, casi.

Te gustaba morderte las uñas,
y los deditos te metías en la boca.

Te atolondrabas cuando veías a muchos
mirándote... Y movías los ojos de un lado a otro con tanta gracia...

¿No te acuerdas? Yo sí.

Y recuerdo bien que respirabas
y cada latido en tu adentro como un cucú.

Reías cuando te contaban lobitos.

Te gozabas con la canción que mamá
cantaba a papá.

¿Te acuerdas que decías “papáaa”?

Eras tan pequeño entonces...

que ya incluso te había apenas olvidado.

CXXVI

¡Cómo doblan las campanas
cuando suenan a muerto!

CXXVII

Ay niña, ¿por quién preguntas?
—teatro de amapola y sueño de alborada—.
¡Ay niña, espigas de trenza, rosa
de los vientos! Que mi vida
me tienes aprieta.
Por quién me tomas
y me dices
y me dices que no quieres
saber nada, querer
niña, ay, escucha:
blanco y dalia, camelia,
escucha como un puño:
No tienes por qué ser sincera conmigo,
solo tienes que quererme,
vender algo tu corazón,
que me duela,
que yo sienta el mío.
Niña, escucha
lo que has oído.
Niña, siente (me poquito)
para que muera con un poco de alguien
recordándote con mis ojos.

CXXVIII

Como muchos chillidos cruzándose los unos con los otros
que gritan y gimen.
Como grandes negras cadenas de huérfanos
padres pequeños. Rayando la soltura
del muro.
Cansan acostados su costal.

CXXIX

El corazón
no tiene vida.
Los médicos miran mis zapatos,
no los miran.
El corazón, oh
Dios, me ha muerto.
Cardioide estaba escrito.
La raya plena lo ilumina.
El corazón

no sube
no hoja
no quiere...
Corazón.

Calla.
No sé si moriré. Porque mi maldito corazón
rojo de sangre que palpita
haya querido posar en silencio para el mundo.

Solo quiero
que me devuelvas
el corazón.

Mañana, coplas preciosas, cantarán los gallos
cuando la estocada
grite al valle su verde
con el sol la luna esclava.

CXXX

Por la noche
contábamos las estrellas
todas las noches.
Las noches noches, pequeñas, grandes,
oscuras.
Descansan las estrellas
sin sus sueños
durmiendo solas
despiertas.
...Esperando ser llamadas por el dedo.

CXXXI

Jamás, ni muerto,
me darán sal.
Me la pondrán en los ojos,
me tirarán al mar.

CXXXII

Soy un perfecto inculto.

CXXXIII

Ya está la señora
ordeno y mando.

CXXXIV

—¡Francisoooo, pon bien la ropa!
—Déjelo, hombre, la pongo yo en el armario.
—¡No, Francisoooo!
—Total, ojalá venga san Pedro y se me lleve.
—Pues si más le da, tírese por el balcón.
—No, cuando quiera Dios me iré, pero yo no les ayudo.
—No puedo comer, no puedo beber, no puedo joder. ¿Para qué estoy aquí?
—Antes guardaba de peseta en peseta y ahora gasto de duro en duro.

CXXXV

Un aroma incongruente, semilla de larga estancia.
El perfume.

CXXXVI

Diario de un soldado
Yo soy ese soldado del título, y aquí me escribo.
La impresión de un hombre aturdido que, una vez que pone el pie en la playa, lo ve todo: ve la muerte enfrente, todo horror y toda pena.

CXXXVII

Por pie de persona humilde. Le tengo. Amanecido.
Arropado en claros preñados. Vestido de aurora.
Miguel Hernández beso; es carne.
Es pan: panadero, bracero, aguadero. Río de sal caliente.
Y succulenta virtud de pueblo.
Sin él, Miguel no hay pueblo.
Amor del hijo prójimo.

CXXXVIII

Ya estamos viejos.
Cien añitos tiene ella.
Cien añitos tiene él.
Él, viejecito, se llama, hace años, Francisco, Francisco Gus.
Ella, María Mirambel.
Repostero de plata, de alas si cabe.
Ella, viejecita, como su marido hermoso.
Él cien años tiene.
Ella se muere de cáncer.
Él va a verla, Francisco.
Coge un taxi. (Le llamo: “¡Taxi!”.)
I va a *veure a la mestressa*.
La *doneta*, su *mestressa*. Su señora. Tiene cáncer en la piel, confuso y esparcido.
Abriga como pecho el aliento que puede.

Para su padre, Francesc.
Chis, *estic bé, vinga, molt bé!*
Silencio. Se me muere.

CXXXIX

Esta noche no estoy solo conmigo.
Lumbre de nube escarlata podrida.
Se fue. Se ha ido.
Esta noche no estoy.
Esta noche conmigo.
Aljibe curtido que monta
los pastos. Verdes.
Ella se fue.
Ella se ha ido.
Y no tengo voz.
Mis lágrimas, suspiro.
Sin ojos negros
rojos. Perdía la vista lejos de mí, no sé dónde.

No sé dónde ha ido
Que se ha ido.
Ella respira incienso
romero salado
(vestida de blanco), un caballero en flor.
De verde rastro,
casandra y escalera
torcida.
Ella, mí.
No sé. No digo.
Lágrimas
de un llorar lejano que busca
pañuelos blancos.
Pañuelos blancos se pierden
en la nieve.
Adiós.
Adiós.
Se fue. No viene. Y no viene.
Ella con-
migo.
Aquel día.
Trescientos soldados y picas
de bastos y espadas,
afiladas espadas.
Su oro, mejilla,
No lo veo.
No sé.
Estoy triste.

Me callo ya.
No quiero hablar.
Adiós.
Te quiero.

*

Me miro en un espejo.
Ya no siento las estrellas.
La luna.
Mi madre llora,
cuántas veces llorara.
Antes era un sombrero de copa
y cuchillos de bigote.
Han matado mi vida.
Han robado mi alma.
Es duro que el alma
muera de amor.
Antes, conmigo.
Ella estaba.
Arqueros con lanzas.
Engalonados.
Qué triste.
Qué...
Se fue. Se ha ido.
Qué perversa agonía.
Y ojos rojos y pena.
De mi madre. Mi madre.
Mi madre que llora todo el día.
Llora.
Se fue. Para siempre.
Ya no está.
Caen las hojas.
Se ha ido.

CXL

La pena se hizo dueña del llanto.
La gitana morena reluce su cascabel —casca...
Cascabelea la gitana.
La pena se hizo dueña del llanto.
(Tanto sufrir para nada.) La gitana consternada. Si vierais sus pestañas tan largas.
Me dan ganas de llorar.
Y temo des-piariado ver lanzar sus pañuelos blancos.
¡Qué compasión en su cara!
Pasión. Y turbada, mísera y pena.
Va a bailar a la montaña
al carrito de su abuela.
Qué pesar tienen sus cejas.

Hojarasca en el suelo encauzando su largo
y largo río, más allá, más amargo.
Desgranando su vestido
de copas acicalados. Y el perro
no ladra.
Sé sensata, gitanilla, sé preciosa como eres,
sé tú y nadie otra.
Sé más mora que ninguna
otra en tus rodillas.
Sé bonita como eres.
Sé gitana, gitanilla.
Tedio. Orquídea, oliva en el campo.
Verde en la vereda.
Nazcan tus ojos y despiertan
negros ojales y rasos. Pequeños,
amargos.
Su rostro es cada día —paloma—.
Un rostro rojo, una carita de ángel. Un lamento
Cada día. Y cada día, madre.
Madre, no sigas llorando, madre.
Mi madre, Dios bendito, es alma es-
píritu y dulzura. Ajo, frío, madre.
La cama con sus mantas bien hechas.
Alguien (reina) cocina.
Arrastrando, madre, zapatillas; y sutil-
mente madre.
Lo siento.
Ya sé, madrecita, que tú sufres
sufrimiento, y lamento y pena. Y hierde, dolor.
Des-ilusión lo que veo
(pena resignada). Llorar lo que veo.
Veo a mi madre sentada
cuando sus piernas no pueden
andar a su trabajo. Veo venas hinchadas.
Yo siento —yo no siento, yo estoy muerto— cómo lleva su trabajo.
Cómo reza en silencio.
Y siente llorar y no puedo.
Yo quiero a mi madre, y veo
cómo se va.
Cuando se muera.
Que sepa...
La quiero. Muerdo su dolor in-
feliz (es imposible ser feliz).
Saca coraje para cada día.
Trabajar, trabajar, trabajar.
Y trabajar cada día.
Me des-gano el corazón.
No resisto el lamento.

Blanca melena, anciana, pobre,
sin valor, sin gritos:
Trabajo, trabajo. Llorar
—llorar callada para que no la oigan.
Si-len-cio-sa. Llorar.
Bendita seas, madre,
Por tu cariño y tu ternura
Y tu blandura y tu pelo
y tu fuerza, tu dulzura.
Tu granito, alama solo.
“Aparta un poco, me duelen las piernas.”
Se acuesta en el sofá.
Me arrepiento. Lo siento, madre.
No sé qué decir.
Daño, solo eso. Tristeza.
Descalza cuando no habían zapatos.
Pobre cuando es toda la vida.
Quisiera morirme por ti. No verte despedazada
perpetuo
anhelo mi madre.
Su mano fuerte me abraza.
Su mano en mi frente.
Perdiendo su vida por todos nosotros.
No puedo verla.
Vergüenza.
Madre, no te vayas.
Madre, madrecita, vuelve.
Te quiero, madre.
Tus dedos cosen
los hilos finos los botones.
Se caen los botones.
Tus dedos siempre cosen los botones.
Se caen los botones.
Cosen tus dedos los hilos.
Siempre coserán los malditos botones.
Y maldita sea, siempre.
La ropa, lavarla; llevarla al balcón; tenderla.
Si está sucia, lavarla.
El balcón, y tenderla.
La comida, cada día comemos.
También comemos mañana, y pasado comemos.
Y pasado también comeremos.
Esto, madre, chilla. ¿No ves que no vives?
Que los botones, la ropa, la comida...
La sartén (fregar, limpiar). Cada día.
Fregar platos.
Limpiar.
No quiero que sea mi madre, no deseo así a mi madre.

Cada uno, y tú y tú y tú y yo, que limpie y friegue y planche.
Y que jamás se hable de mi madre, haz.
Se acabó.

CXLI

Las niñas perlas sus caras
Deslumbran déjanse ver.
¿Ves? Sus coletillas y sus trenzas
enlazando sus sonrisas. Risas.
Ríen y cantan las cuatro niñas, preciosas.
Fluyen como aguas, y la brisa las siembra de encanto.
Sueltan pinceladas, aletean alegres
Y siluetean, amenas, su canto.
Y gracias, sutiles, a Dios.

CXLII

Agua brilla.
Negra azul blanca. Parpadean las olas
tras las olas. Siguen parpadeando en el horizonte,
no muy lejos. La cara de un monte, montaña. Y en la madre, un cielo oscuro, azul.
La luna, bonita, loada.

CXLIII

Alguien se inclina ante el dios de los esclavos.
La luna redonda se hizo de noche.
El mar.
Negro y azul en mis ojos, negro y azul en el mar.
La mora suspira. Todo el día suspira
la noche suspira.
Pequeño ventanal, respira.

CXLIV

Pasarán los zapatos,
los cordeles, con dos pisadas,
y las suelas.
Pasarán los pájaros
uno tras otro, poniendo huevos,
agrandando y multiplicando su familia.
Pasarán las noches, con todas sus estrellas,
y los días y los soles.
Pasarán el afeitado
el peine
la colonia
el jabón

el agua.
Pasarán súplicas los ruegos
de hacer la cama
cada mañana.
Pasarán las flores en invierno.
Los inviernos, a lo mejor, con nieve.
Pasará el delantal, los platos fregados, la lluvia.
Pasará aguantar, romper, comer, dormir, pegar, enfadarse, llorar, escribir, abrazar,
discutir, cortar, resfriarse, amanecer... Amanecer.
Pasará que una vez en un día.
Pasará para verlo nacer.
Ese día moriré conmigo.
Pasarán las puertas
umbral, abriéndose, cerrándose.
Pasarán los sueños.
Pasarán los años.
Pasará el tiempo, reloj sin detenerse.
Pasará uno tras otro, pasando.
Pasará al ducharse, el mirar, el tocar, hablar y oír.
Pasará el silencio, que venga. Pasarán aviones.
Pasará el problema, el sufrimiento, la desesperación.
Pagar el piso.
Pintar las paredes.
Cambiar los muebles.
Lavar la ropa.
Pasarán los días con sus noches. Pasaré alguien que desaparezca. Pasaré alguien
que nazca.
Pasaré la vida.

CXLV

Quiero decir que no hay un ápice en esta tierra que no haya tocado con estas mis
manos.

CXLVI

La guitarra
La guitarra
(la la)
(do mi)
la guitarra, jareles tocando anillos de oro.
La sangre fina en hileras
sonantes (di)
asonante
desinencia. La
guitarra: amiga de acorde
raya la pausa. Éter mojado
capullo de armonía: la guitarra.

Tres niños jugando
y deditos en el agua.

CXLVII

Homenaje

Li. Sombras

Ada (Dada)

(romántica la luna antigua tica).

Crespa luz. Agua clara

piel lúcida

piel.

(Pepe asoma oscura, oscura, la testa

con un nombre ambiguo

casi olvidado.) Piel

morena. Ducha fría.

Tempranero

real, benigno o perverso. Real.

(Pepe coge la muleta y se esfuma entre ayeres y callejones oscuros.)

CXLVIII

Valiente, osado y diestro

en el arte. De la lucha: daña

a muerte. Aguerido. Portentoso.

¡Por Dios santo! Gallarda

tez. Hermosura pesada.

Capullo gallito de corral.

(O de los epítetos que faltan.)

CXLIX

Atávico adusto y torvo

solemne ancestral de tantos años

hierático sol naciente

severo parecer, pero fausto

cada día en su nacer.

Rígida figura, fúlgido torso,

rígido mirar y mirada

de árbol portentoso y horro.

Arcano (verde, verdoso, glauco).

Santo, maduro, abuelo libre

antes que estés decaído

reza a la mañana, cuando dicen:

“Ángelus domine

arbor arboris”.

CL

Me anudo la cintura triple
torpe porque se llena con sandías
me anudo la cintura desde el botón
al zapato. Pongo la chaqueta en un rincón.
Pongo aquel sencillo andar en algo
descalzo, ahora más cuerdo.
Me acabo de anudar los dientes
y los granos todavía
en una era prolongada.
Se ofuscó. La corriente eléctrica
busca el pararrayos. Energía alternativa
me sujeta
sin fin alarga la noche. Ellos escupen
saberes que gusto demasiado. Alguien
subió al cerebro
redujo con tijeras
de agua clara
melodías
acompañadas
salpicaduras
aguas.
Doy cuenta, entonces,
de aquel momento prodigioso
e inoportuno de una época.
Me atavió de collares, cadenas, pelucas,
aceras. La chusma como el podrido poeta.

CLI

¡Qué cosa de la vida
si no peca porque es pecado
de la vida siempre muerta!
¡Qué vivir si no es vivir
silenciosa y capellana muerte
de los años en que no son vida!
¡Qué años si no es vida
lo que la muerte amancilla y mata!
¡La muerte que, con sus pies,
se lleva curva y arrastra
su manto, su saya, su pena
de las almas ya sin alma!
¡Qué pena del vivir que es morir
y porque no hay nada!
Que no arrecia su guadaña
si no con eso se despierta
la piel, alarde de hermosura.
¡Qué sufrir si no es sufrir

lo que siempre se ha vivido
y sufrido el vivir!
¡Si la muerte, muerta,
mata y muere por morir!
Si vivir es destreza
y el vivir, muerte.
Fuera cuando yo digo fuera
de la muerte jamás soñada
si soñada que vivida
que vivida es matada.
Por los vivos también, si mas no
la muerte, muerta.
Acabar con la existencia en un momento.
¡Nada!

CLII

A Lope.

Amor y muerte y destino,
pilares de la ironía trágica.
Afecto del amor y el fin de la vida.
Destino. Muerte del galán, hombre de buen semblante y airoso.
Fin del amor.
Sentenciada a muerte la sombra y su sueño.
El amor honesto se inclina a sus pies.
El amor será llevado a la muerte.
...Para vivir o morir.
Destino de los enamorados,
la muerte,
contradictoria y apasionada.
La muerte enemiga,
ausente, puede quitarle el alma
quitándole el amor.
Fin de la vida.
Morir por él.
La aurora del mañana.
La muerte como destino.
El amor que se siente.
No poder amarse
sin poder verse.

El amor solo es tal.
El galán que conoce a Inés.
Del amor y la muerte en el romance.
Para las mejillas, grana;
para la cena, nieve.
Alonso muere.

Invoca al diablo para que se encienda de amor.
Forastero enemigo.
Dos enamorados que quieren
satisfacer su amor.
Con su amor platónico
por encima del bien y del mal.
Cuenta Alonso un sueño que tiene del alma.
De la vida se desea la muerte.
Y mata.

Don Alonso, caballero
de Olmedo, se enamora
locamente de una dama
llamada doña Inés
que vio en la feria de Medina
y no puede vivir sin saber
que ella también le ama.

Una sombra, con máscara,
sombbrero y espada
objeto de su tristeza.
Ese día acabarán sus celos
y de don Alonso doña Inés
de lejos un labrador
tocando un instrumento.
Pero la voz dice que no vaya a Olmedo.
El torneo dio lugar
a que demostrase su fortaleza y galanura,
que se uniera más al amor.
Que estallaran los celos entre don Rodrigo y Alonso,
al que acabarán matando.
Cobardes, traidores y villanos
lo matan con armas de fuego, vilmente.
Llorando y pidiendo justicia
se cuenta la historia pasada
de cómo él partió de Medina, cruzó el arroyuelo,
encontró medio muerto a su amo
y lo trajo a Olmedo.
El rey, poderoso,
imparte justicia.
Don Alonso, casi muerto,
antes de morir,
por amor ha de casarse.
De matar a traición
a un caballero que les ha salvado la vida.
Para ensalzar la muerte.

CLIII

Soy un anatema herido de la mano de Dios, de muerte.

CLIV

Surto troncal altanero copado de verde y plateado de hojas y nidos hoyuelos que adornan el árbol viejo. Longevo zancajoso (que tiene los pies torcidos hacia afuera) ávido en topar el cielo azulado compungido. Rige el viento altisonante rozando la vida con su sabia y regando de sueño su mente cortada pereza del tronco.

Liberta el pájaro en su vuelo muestra sus dientes al mundo ojeado y sediento y ceñudo —ramas dorsales de rojo.

Agranda el campo hosco, canta la misa aplaude con cientos de manos.

CLV

Para regar nuestras tierras, para la montaña, el fuego, para mojar lo secado y lavarnos y refrescar nuestra sed. Para eso el río tiene sus hijos, marcharán siempre abajo buscando un lugar donde desaparecer. Para aparecer de nuevo, como ahora, que ves el agua bajar corriendo.

CLVI

Casida para una mora

Cerca está mi amada mía del paraíso donde los siete ríos fluyen y sus manos se lavan la cara tan hermosa. Cantada en la cola oscura que tú haces blanca y uva, dotes de princesa, ataviada de joyas sin igual, que es tu ser en la medida de tu rostro. Oh amada baja del balcón lejano y apoya tu velo y sentémonos los dos junto al único dios que es Alá y a su profeta, Mahoma.

CLVII

Siete pecados capitales del lobo comparados con las virtudes del hombre blanco
Trío: indio-lobo-hombre blanco

Viento Que Ruge con Fuerza le preguntaba a su padre —y le hacía señal armoniosa, acompañante— que qué era la lluvia, porque a él, como a ellos, le mojaba. Creía que las gotas eran flechas que Wanka Tanka las enviaba detrás de un matorral, en el lugar de las nubes.

Padre, Dos Ojos, ardiente y con la rudeza de sus actos, apuntaba: “Hijos, tus ojos saltan lágrimas, lloran, porque el hombre llora. Eso es”.

*

La vereda verde-negro resurgía inmensa y percedera de tacto de cristal, salvaje y retumbante color de caoba. El lobo colocaba sus patitas en la cima, atisbando menos furioso, expectante —marrón intenso— humilde. Hijo de los vientos y las grullas. Cabizbajo tan solo un momento, mirándole siempre. El lobo, ahí, figura y misterio, aterido, fiero. La fiereza, en otros tiempos dominante, dejaba paso a la limosna del hombre, servidor, balada, caritativo.

Muy viejo.

*

—¿Qué hace el pájaro?

—Vuela.

—¿Por qué vuela?

—Para buscar el buen tiempo. Para saltar de rama en rama.

—El pájaro vuela, él es el aire, el Gran Espíritu así lo quiere. Tú, viento, no tienes alas, pero puedes volar.

—¿Cómo, padre?

—Con tu alma. Ponle tu alma al pájaro, y déjale que la suba al cielo. Recuerda que el pájaro tiene manchado el pecho con el color del cielo. Es tu sangre y tu fuego. Nuestros padres vivieron en los pájaros, como hermanos.

—Entonces, si soy hermano del pájaro, ¿por qué no tengo alas?

—Porque Wanka Tanka no lo quiere.

*

Viento no le temía a nada.

Era valiente, a pesar de ser pequeño. Su corazón era una pirámide. La gallardía de su nombre lo cobraba con coraje. Poseía brazos enormes, un pecho enorme, y enorme era signo de fortaleza. El niño aprendía del coyote y de la serpiente, de los pastos y de los ancianos.

¿Por qué hablan las ramas?

Ropaje de hojas y ramaje murmurante. Parece que hablaban de algo que solo ellas sabían. Tantas las hojas del abeto y las ramas del tronco que diríase que un enjambre las habitaba, un corro de mujeres. La culpa, de las nubes del sur, que chocaban con su viento contra el trajín de árboles. Allá arriba conversaban. Viento no entendía cómo el sonido sibilante del viento le tarareaba a los árboles. Los pájaros piaban, y los pájaros no necesitaban viento. Los caballos relinchaban y las yeguas acariciaban sus machos, y prescindían del viento. Los árboles, pensó, no eran como los caballos.

El río inocente fluye.

—¿Adónde irá, Dos Ojos?

—El río se dirige al gran lago, para reunirse allí y plantarse en el seno del agua.

—¿Germinar en el seno del agua?

—Significa que el río lleva a todos sus hijos hechos agua hasta el gran mar. En el mar dejan su fruto y procrean.

*

El cielo trepa con el color del carmín y la canela. La tierra recia desmonta del caballo blanco. Viento que Ruge con Fuerza sesga el viento. Vuela en el caballo. Trota. El aire no tiene espuelas. Las estrellas, en penumbra. Las estrellas, detrás, trajeadas. El amarillo mantiene su estandarte. La luna, como un espejo maniatado, no hace más que crecer. La tierra abraza las rocas. Pájaros que pían, luces en las fogatas: silencio. El eterno, poco a poco, desciende. Colores atenuados que pierden su azul, amarillos y ocre. Mar profundo de alma creyente.

La venta merodea el telón crecido. Ya es plena noche. Cielo escaso, azul y parco. El abedul plateado, glauco intenso. El tejón despierta. La espesura, medio sigilosa, se adentra, temerosa y con encanto. Bellísimo paisaje. Se deja ver un cuervo. La tierra lo percibe. Los ratones mordisquean la mugre de un tronco carcomido. Al ratón no le gusta el tronco, se marcha. Una higuera con la esfera en su trono.

Valeroso caballero: el sol. Vasallas sus estrellas. Noche tranquila, la luna, sosegada. Cautelosa, preside su reino morado de duendes. Respetuoso, el monte. Arrastra su cuerpo el lobo. Toma la colina pendenciera, avisa su sangre en su mirada. Presenta las fauces. Los dientes reyertan. Retuerce la comida, la montaña le teme. Lobo. Temible y feroz. Sabedor, atraviesa los caminos con la boca abierta de cuentos.

Lengua roja y negra. Orejas rojas y negras. Patas rojas y negras. Que viene, pastor. Escucha. Divisa, extraviado, sus ojos. Se adormecen, sonámbulo y perdido.

Arrastra su cola. Su alma, con Dios. Baja de la montaña. Copos de nieve. Levanta su grupa y rueda, sigue el camino del infierno, la hierva. Los lobeznos con su madre, la luna. En el último suspiro, aliento, a merced del viento, la noche se asusta. Aullido rojo, agudo, estridente: ¡Aúuu!

Hoy acabará tu suerte, lobo. La tierra recela de sus entrañas. Su garganta aprieta. El velo negro de las estrellas. El lobo baja de la colina. Deja sus huellas en cada pata. Resentido, humillado, cansado.

CLVIII

Anaranjado. Amarillo. Acorde con la suave brisa, se pone lentamente el amarillo sol. China es como un gran oso, tan enorme y tan inmenso, soberana, sin duda impone. Meciéndose lentamente.

Llego a Catay, hoy China, a las 0.30 del día del Señor, con frío y un pecado muerto. El frío vieno de las altas alturas a las que este maldito avión llegó. Casi toca Neptuno. Y el pecado muerto: creer que China es como un dragón negro y misterioso que únicamente viste canas en la barbilla afilada y que únicamente habla un idioma retorcido. Salto del avión. Las ideas infundidas se desvanecen, supongo, de series, dibujos y malos culebrones. No Kung Fu ni sabios ancianos con coletas blancas de cal.

—Can so y so.

Traducción intuitiva: “Apártate, coño”.

Me despisto caminando por las concurridas calles de Pekín, y casi me embisten los ciclistas.

Miríadas de ciclistas, tantos como chinos.

La sensación es que estos individuos nacieron con dos ruedas y poco pan. Vidas de una sencillez adormilada.

Me dirijo a los aparcamientos de bicicletas para los universitarios, bautizados con el singular nombre de Condesa Marylin; creían que Marilyn Monroe se suicidó en nombre de las libertades de su pueblo. Palabras codiciadas por la juventud.

Estoy en Pekín con un amigo de la infancia, Alonso. Vino a China por encargo de una empresa de productos cosméticos, se está sacando la carrera de medicina.

—¿Cómo estás?

—Contrariado.

—¿Te gusta la ciudad?

—Maravillosamente.

—¿Qué te cuentas de Barcelona?

—Nada en especial.

Fluidez de palabra escasa. Le dirijo miradas que incluso me sorprenden.

CLIX

Le he prometido a mi esposa cenar en su cama. Esta noche. Nochebuena:
polvorones. Aparezco con barba y feo. No puedo (pienso). No voy. Casa y queso.
Pastel de queso. Espero que no.

—Bebo hoy por todos. Por ti, por ti, por ti...

Por ti también. Por todos. Soy romero. Y brindo. Por ti, por ti, por ti. ¡Por todos,
joder, por todos! Los que estáis y me veis y oís y sentís. Mi vergüenza (llora), que
no soy nadie. Mi nombre: Nadie. Mi apellido: Nadie. (Con lástima.) Me llamo:
Nadie Nadie. Y nadie me conoce. Me ven y se apartan y me escupen y me
desprecian y se esconden (rabia).

Por ellos (se sobrepone) brindo, orgullo de resaca.

Brindo sin rencor. Brindo. Bebo anís.

Me anuncio Alonso Gutiérrez, natural de Jaén. Y yo no soy nadie, que soy Alonso
Gutiérrez. Y olé. De menudo.

—Papi, ¿verdad que vendrán los reyes? ¿Verdad, papi?

Escucho las manos en la cabeza (en las orejas). Lo tengo aquí.

—Eh, papi.

Toma agua, sigue:

Trabajaba lo que el trabajo me daba. Ahora bebo agua bendita de las manzanas. Sí,
señor.

Usted, que lo era todo.

Mi padre, mi madre, hijo e hija. ¿Qué crees que harían?

Aquí en la peste de samaritano peregrino, asustado. Mira el oscuro firmamento,
oscuro y brillante. La anticlaridad absoluta. Y nada, y zapato, y pana y uva y vino
de Jaén. Qué coño harías, ¿eh?

CLX

Las navajas

Ruidos en la calle. Se destapan, afiladas, con un brillo que inquieta. El aire se mira
en su espejo antes de morir. Zigzagueo que mata. La navaja. La reyerta. Sale de
noche para vestirse de plata. Orgullosa, baila con la luna en el portal.

CLXI

Los gatos cruzan las calles,
los he visto que han pasado.

Una luna nueva se tiende encima con su peineta.

La saya de la calle.

El galán del gato.

Una gata maúlla.

Los gatos han pasado.

El miau se oye más allá de las aceras
en el otro campo de la luna (blanco).

Quizá la gata esté en celo,
quizá hoy no ha comido.

¿La gata maúlla su amor o maúlla por el pescado?

El gato silva su señorío.
Ha visto a la gata.
En la esquina se cuela un ratón.
El gato se pone guapo
y la gata se acicala.
La gata quiere estar guapa para el gato
y el gato para la gata.
Los corazones son caparazones.
El gato en la calle empedrada.
Allá arriba agita su lazo.
La gata ha colgado la cola.
Cree en su amado,
y el amado en la amada.
La luna se pone el mantón.
Suenan los cascabeles.

CLXII

Sé qué harías, Creador.
Beber.
A tu salud, bebamos.
Bebe. Bebo.
La madre llora: “¿Dónde estás?”.
No te veo, bata de corinto, descalzo.
La luna de satén destapa su velo. Dormilona. Sueño. Con resortes que la miman y acarician. Ante ella se regocijan, envidia. Su blanco, puro de luna, luna.
Espera a Dios, no te marches, que deseo cegarme.
Suplica.
Llega Pilatos: policía encarnada. Apresando exiguos niños que absorben anís del vientre de la uva. Anís del vino. Formando bajo el mando de Poncio. Donde digo Poncio. Arriba.
—Oh no, romanos.
—Qué narices dices, pescador.
Soy tu guardián sensato, tu Judas, que viene armado para salvarte.
—Judas.
—Las llaves.
—¡Judas!
—Sí.
—¿Qué quieres?
—Déjate de tonterías. ¿Qué haces aquí, borracho, tragando como un cerdo?
—Nochebuena.
—Y ¿tu familia? O es que, gallardo, tienes...
Le regaña.
—Yo camino.
—¡Se sienten, coño!
—Dime los dialectos griegos.

—Calla, ¿tú qué entiendes? No conoces la Magna Grecia. No sabes que mi abuelo fue Tito. ¿Cómo me llamo yo? Alejandro. Julius, mulius, pastericus y porcius. Ahí tienes tus dialectos.

Agacha la cabeza.

—Lo siento.

—El valle está muerto. Y ¿tu barba?

—Córtala o vas a la cárcel. No, no irás. Apestarías la celda.

No le reprocha nada.

—Romano, vete.

En formación, la escuadra cartaginesa se le ha unido.

Conspira contra Roma.

—¿Eh? Dios.

Beba. Bebo.

Sorbe anís.

Glup.

Ha bebido.

CLXIII

Quiero, soy yo. No me han cambiado.

Mataros con una bomba de tres mil kilos de toneladas. Borrar de la memoria capitalista, hechos añicos, irreconocibles para siempre. (Para que los carritos, transeúntes de bebés, no crean lo que ha existido.)

En la mina,

en la mina.

En la carretera,

en la cantera.

Trabajábamos todos.

Y mi hermano...

¡Todos!

Con el mismo cariño con el que se trata a una criatura.

CLXIV

Todo lleno de peña fue del hormigón al fuego, del baño a la espera, de llama al canto. Hizo de la orden vástago, rompiendo cordeles. Al caer la tarde el horizonte. Bendita aleluya (sin lágrimas).

CLXV

—Buenas tardes, ¿qué calor?

—Calor, sí, calor.

—Muy bien, vale.

CLXVI

El pueblo mira a Dios cara a cara.

CLXVII

Dios, te hablo: “¿Por qué has elegido tanto sufrir, tanto, tanto odio?”.
Tus hijos bonachones se han tatuado las alas con marcas del demonio.
Les he visto borrachos.
Nos has hecho más muertos.
Y a los pobres, más pobres.
Nos persigues siempre con miedo, perpetua soga en el cuello —en la cabeza—.
Eres mendigo.
Tienes envidia.
Te salió el crimen perfecto.
Damos gracias de estar vivos,
Y los muertos, de estar muertos.

CLXVIII

Sangre roja
en un madero que luego alguien quemará.
Sonriente en el pesebre tu cabecita.
Una espina de pino será tu cabecita
apuñalada por puntas de hierro.
El zarzal llora y llora.
¿Qué más puedes hacer?
Y una lanza se clava
y quiere cruzar el corazón.
No puede.
Sangra su cuerpo, sangre.
Sangra su carne, sangra.
Sangra su alma, alma.
Roja de odio, roja.
Huerta es muerta.
Miedo, espada.
María lo ve.
Jesús no quiere.
Jesús, en la cuna, sonrosado.

Jesusito, duerme, azucena.
Rocío, alegría del portal.
Que en Belén tocan las campanas.
Por ti. Jesús, ¿ves?, sufrirás, darás vida a
los más necesitados.
Tus manos, manitas, Dios,
que luego clavaron un clavo en la cruz
sangradas, santas manos sangradas.
Pies pequeños que te contaron,
ahora los tuertos.
De hierro fuerte fuerte.
Atravesados de dolor.

CLXIX

Juan.

Y los ladrones, ellos, se preguntan
qué robó el Mesías.

Todos se preguntan: ¿qué Mesías?

Quien muera en una cruz
clavado de espaldas,

Quien mira al cielo y pide bondad.

Quien mira a su madre en el suelo como una niña, sola.

Ese Dios.

A un madero de dos ramas y copa.

Humano.

Que llora.

Un madero que sangra rojo

vivo hombre Jesús. Él quiso morir.

Sabían que los hombres le matarían.

Clavos de hierro en la Cruz.

Se acercó un samaritano,

Le diste de comer.

Sangrabas por el pan de las vendas.

Peces que bebían el agua para ver su muerte en la red.

Reían. Yodo, pan y pan.

Un hombre, castigo: camino.

Jerusalén.

Y le dieron espigas

que siembran su tierra

como panecillos blancos.

Levantó la cabeza.

Dijo amén.

Amén santo. San-

to amén.

CLXX

¿Hubo luna, pregunto, como tú?

¿Tan luna?

CLXXI

En medio, un hombre solo de pie.

Aún vendrá en mi canto

alguien con agua de nieve, que me
la ponga en la cara y me despierte.

¡No os vayáis!

Aún vendrá de mi suerte

alguien con un abanico que me dé aire

y me recargue.
Algún doctor que sepa
lo que me enferma y me cura.
¡No os vayáis!
Aún vendrán los niños gritando
“¡Que vive!” y verán
moverse algún dedo
y el sepulturero se negará a echar la tierra.
Aún vendrán en mi muerte
a ponerme de nuevo la vida
porque no habré muerto.
¡No os vayáis!
Aún las flores renacerán.
Aún las campanas querrán oírme.
Aún el cura será pronto
para rezar.
Y alarmará a la gente
para que me salve.
Vendrán todos para verme vivo.
¡No os vayáis! Querrán vivirme
y tocarme, vivo, y darse cuenta.
Aún esperarán un rato en mi tumba, esperando.
Y lloverá y aguantarán ahí
sin irse. ¡Que no os vayáis!
Que todavía os estaré sintiendo
en mi alma.
Aún quedará mi alma.
¡No os vayáis!
No os vayáis.

CLXXII

Venid, que os vea,
venid acá, no os dé miedo.
Como tierna.
Como pintura.
A mi lado, así. Sí, si es verdad
lo que dicen. Os lo juro.
Como tierna.
Como pintura.
Que no os haré daño.
Como tierna.
Como pintura.
Yo solo quiero ver con vuestros ojos
y ver vuestra cara,
Malicie,
repiqueteo.
Solo os quiero matar; venid aquí.

Tranquilos.
Como estrangulamiento.
Acabar con vosotros. En silencio.
Sentirme vuestro aullido.
Como una teta.
Como tierna.
Como pintura.

Como un sapo
Como un cuchillo.
Venid aquí, amigos, a mataros
Tan solo.
Como una espuma.
Como la grulla
Como botella.

Como un chupeteo de estafa.
Acercaos.

Como extraños.
Como lejanos huéspedes de la muerte.
Como profetas. Relojes caseros
o mendigos. La muerta.
Lo que más quiera.
Como el yerro.

Venid.
Solo mataros.
Sin maldad
sin tapujos.
Sin cosquillas.
Como escupitajo caliente
sin remedio.
Sin cura que os confiese,
¡tan benditos!
Sin saber qué es la hierba verde.
Sin roer la guadaña.

Sin tertulias de lechugas. Sin compromiso.
Así de cerca. Muy bien.
Hacedme caso. Que os queramos
como la clara de huevo cuando se fríe.
Como la sartén que fríe sardinas.
Sin mierda.
Como una puta benefactora.
Como un cuento de hadas.
Sin las cartas, las esquinas, los ladridos; más perros.

...más llanto

más cerdos.
Como un encuentro.
Sin engaños.
Así de claros.
Sin angustia.
Sin tormento. Con celos. A sangre fría.
Como años para matarte. Sin miedo.
Y muchas ganas de matarte.
1994

CLXXIII

El hombre muerto de miedo es niño
Y su piel, gallina.
No piensa, no siente, no vale.
Hay dolor y hay hambre.
Hay frío y hay sueño. El hombre
es morir, quiere serlo.
Querer y que le quieran, lo único
que desea es eso.
Por primera vez oyó hablar de corazón.
El hombre, animal, cuando es hombre
es humano. Y por eso es animal.

CLXXIV

Yo te amo
ya
lo he dicho.
Me ha costado decirlo.
He sufrido amor por decirlo.
Porque no aguantaba más mi dolor.
Ahora es más fácil hablar contigo, palabra.
Y decirte sencillamente que te quiero. Lo has oído.
Ahora ya soy, me siento, pájaro azul.
Y libre: que te quiero, sí,
y que no puedo vivir sin ti.
Ya está, por fin
acabé de rematarlo.
Me muero.

CLXXV

La Intifada
Santiago de Chile

Carreras peligrosas corren por las calles trotando los cascos de los caballos furiosos. Cabalgando, los muchachos. Con la lucha en los talones. Dispuestos a morir. Roja la sangre en sus manos. Rojo porque con el sol se combate la muerte. La sangre roja parpadea. El mundo está loco. El joven pelea. La madre que rabia desvalida. Su hija acaba de morir. La violaron. Los soldados. Las botas. El mundo grande muere Rojo de su sangre Roja de morir.

Carnada y furgones. Los cuerpos alisados, puestos a tender. Secados yacientes en la fosa común de la sangre. Los pañuelos les tapan la cara. ¡Ah ah ahhh! Corren alaridos. Ojalá la paz. Pañuelos blancos con cuadros de color de negro. Ojos negros del muchacho. La paz no tiene nombre. Es vida. Simplemente eso. Se ve volar la paloma. Se ha oído hablar de ella.

Alá es grande, musulmán. El mundo grande ya rojo Vuelve a sudar sangre. La Intifada. Lucha. Las piedras de Cristo disparan. Y el grito de Alá en la mezquita.

¡Aláaa! Triste ver la guerra. La lucha continúa. Rojas las manos de sangre. Rojas de verdad de sangre. Sangre de las venas. El mundo necesita un médico que le yese. Cuatrocientos expulsados en la colina morada de nadie viendo cómo amanece el sol, y a la sombra, la escopeta. La pared toca la Meca negra de caoba y tez. El mundo, internado, quiere la paz a costa de lo que sea. Paz. Mientras corren por las calles con piedras en las manos y los soldados se asustan del hermoso abrazo del hermano. La sangre se derrama. La hemorragia no cesa. El alcohol es ya imposible. La muerte acecha. La herida grave. Es piedra. Triste y pena a la vez. Tierra Santa en Palestina. La Cruzada. El caballo. La espada. Y sangre de la espada. El anciano con la barba blanca. Pido paz. 1992

CLXXVI

Alonso Rodríguez, no hay sueño. Añora su sábana, deshecha de encuentro, cama de noche en la mañana, siempre por dormir, dormida. No sé, no sé, no sé (vacila). Se levanta, Anda, Adelante. Se va la escena y vuelve otra. Gabriel o Lázaro bailan. Al sepulcro. Alonso Gutiérrez.

¿Qué es este desierto?
¿Dónde estoy?
¿Qué?...
Cometa de Belén.
Dios maravillado.
No bebe, camina.
Estrella. Se tapa los ojos, gira bruscamente, cegado de luz.
Se oyen pastores.
Nieva nieve blanca. Se dan palmadas. Cruzado de brazos. Tiene frío.
—Pastores.
—¿También vas a adorar al Mesías?
—...
—Al niño recién nacido.
—(Otro.) ¿No has visto los ángeles?
—No.
—La buena nueva. En Belén ha nacido el Niño. Dios, ¿has oído?
Se pone de rodillas, se tapa la cara.
Espacio.
—Hermano, ¿estás bien?
La lumbre. Ovejas. El portal. El Buen Pastor.
Turbante. Sin barba. Una mano en la rodilla. Se arrastra, gris. Torcida la espalda, ya viejo. Piel blanca, apagado.
Testarudo.
Nosotros queremos ver al Niño Jesús.
—Jesús.
Suspira, admiración, pasión, respeto.
—Jesús.
—Iremos a rezarle.
Se miran entre ellos.
—¿De dónde sois?
Aparece un ángel azul. Celeste. Rubio, sostenido por cuerdas. Polvo de estrellas.
Maldice. Habla:
—En Judea ha nacido vuestro Dios. María es la Virgen. Su padre, José.
Al Portal vais, al niño Jesús.
Asombrados, suena una canción.
Los pastores se levantan.
Van a ver al Niño.
Alonso Gutiérrez se levanta.
Va a ver al Niño.
Pasan los Reyes Magos.

Los camellos atraviesan el fuego,
pisan algo suave.
Pasarán por un puente.
Son Magos, magos mágicos.
Reyes. En sus camellos sin rostros.
—¿Adónde os dirigís?
Suena la canción otra vez.

—Vamos a ver al Niño.
Suben y danzan las jorobas.
Todos los Magos fueron, todos.
A dar la bienvenida a este mundo, a Belén, Judea.
En esta noche de luna y de lucero.
Encanto de Niño rechoncho en pijama.
Sueño, cajones, báculos. Aroma de Navidad.
Panderetas en secreto. El dedo en los labios impresos, mojados labios.
Adorad al Niño Jesús.
Un cuento.
Quizás.

CLXXVII

En el lejano oriente
el sol poniente
abraza a todos los chinitos.
Sus rayos les ciegan los ojos.
En primavera, el 2 de junio, en la plaza.
No ocurrió nada en las murallas,
seguramente fue el viento.
Los soldados, ellos, no dispararon.
Nuestra estatua, en medio de la plaza, libre y blanca.
No la aplastaron los tanques.
El viento.
No hedieron, calcinados, los cadáveres estudiantiles.
Sus cosas perdidas, muertos en todos los lados.
¿Quién se puso delante de la columna de tanques?
Les miró a los ojos.
No ocurrió nada.
Leve en la noche.
Las fogatas.
El viento.
La luz titilante.
Sombras.
Cayeron las murallas como la sangre.
Los soldados y los cadáveres.
La estatua lloraba, sola.
En la plaza, el sol poniente,
los chinitos, el arroz,
las cometas.
1989

CLXXVIII

Que Lorca ha muerto, sabed
que ha muerto.
Le asesinaron.

La colina verde, plácida y verde. Enhebrada
de sangre fría y dura la muerte.
El ojo que llora
lágrimas rojas, de sincero verde. Verde claro.
La barandilla cerca la entrada al jardín
tenue y marinero. La mar...
La barandilla rompe la escalera.
Llora Lorca de espaldas.
¡Atrás!
Llora que llora.
Lorca verde y sangre rancia.
Su chaleco, negro en la noche.
Abierto a la noche. Las campanas cam-
pam pam pam. La colina retumba.
Dis-pa-ran.
La hierba verde no crece.
Tricornios cargan fusiles
negros afilan y cañonean
el aire. Piden
taparse los ojos y rezan.
No ven.
Muerto a espaldas de la luna.
Espalda rosa. Las estrellas blancas
más que nunca luchan.
La cara apacible con pena.
Verdean al horizonte
y negro de la noche.
Rezan por Lorca, clavaron sus espinas.
Espigas del trigal verde.
La luna a media asta.
Llora Lorca. Todavía.
A Federico leyeron henchidas
de alegría y dormilonas.
Su pasión sobrecoge
piel de gallo
escuchadle en la cuna. Tiembla.
verde de limón
verde de luna.
La farola tan alta
no alumbra.
La calle no hay calle.
Ni luna roja.
Cuando la muerte...
Le canta sus nanas. El viento se la lleva.
Nadie le conoce.
Solo aquellos que le matan.
El ojo que llora.
Y Lorca ha muerto. Asesinado y cruel.

Con tapones en la cara de los buenos.
Manantial que mama del caño.
Sangre de la sangre.
Rojo más que nunca.
Lorca. El azul amanece.
La corneta. Rom de los coches. La carreta.
Un descampado alejado. Se quitan el sombrero.
Disparan.
Lorca ha muerto.
Le asesinaron.
Se rompen la camisa.

CLXXIX

A Miguel Hernández.

Tendrá la tierra empañada
aullando un remanso de lobos
encendida la cruz, apagada.
El árbol sinuoso.
Tornarás al campo que es tu campo
a la hierba mojada.

Yugo sobre la presa
cuando no morir, amando,
castigado, apaleado,
humillado, apenado; castigo de Dios
impune. Los otros ordenan
que mueras en la cárcel.
Muerto. Y jamás libertad.
Alianza del Santo Cristo
para vengar la muerte
de otro cuerpo estremecido, aprisionado,
roto, zarpazo, calado hasta los huesos.
Penuria. Borrachos los niños que matan.
Amordazado. Sin poder salir. Tenebrosa espera.
En vano.

Di, Señor, ¿por qué le has quitado la vida?
La recuerdo cuando vino, muerto.
Su único amigo.
Ella, que viene con el viento y se va. Y se muere.
Tristemente se muere.
Amiga del alma, sola la recuerdo,
lejos de ser sombra.
Había luz, lo recuerdo, arduamente lo recuerdo.
Sí, no llevaba soga
ni vestido blanco se ponía en el umbral.

Recia tela tenebrosa. No, ni cielo azul ni descanso.
La doncella en su balcón.
La doncella sube a la torre
esperando al caballero.
Con su bata y su camisón blancos.
Las tinieblas frías tienen sueño.
No quieren despertar, vagabundean, sueñan, esperan...

La mitad de la sombra se perdía en la puerta.
La mitad de la sombra, luz.
Doblado perfecto. La sábana.
Pálida su cara, sus manos, blancas.
Y blanco que está tirado en la cama descansando.
Muerto en el lecho
muerto.
Jugando a un juego inútil,
dormida el alma.
Le siento. La muerte disfrazada de bueno.
Anciana con cesto sin manzanas verdes.
La hora llega
el reloj en la pared.
Tiritan de frío las campanas.
No la veo, la siento.
El alma sube al cielo.
Está ahí, lo sé.
Fácilmente llega, y mente se va. Tranquilamente.
Cautelosa.
La luna siempre la ha visto.
No puede abrir los ojos.
Ya es suya, solo ella.
Está ahí.
Cierra los ojos, vete, que yo lo sé.

CLXXX

La tierra es de todos.
De quien la siembra
cuando tiene hambre.
De quien la ara con la azada.
De quien llora y recoge, descalzo, su fruto.
Quien la ama
y no la alambra ni la cerca ni la valla.
El campesino la ama.
Siente la tierra con sus manos.
Con la frente ha sudado escalofríos.
El jornalero reza a su dios. Ensalmos santo,
Cristo en la Cruz: TRABAJA.
Dadle pan al que trabaja

Lo que es suyo, nada más.
Cardillo y espárrago.
Es justo pedir pan.
El trigo blanco y la cebada.
El trigo pide pan.

Jaral y montaña,
corre al cerro por su sangre, azada las navajas.
En el cerro clavarán yuntas con el sol de la mañana.
Los campos abiertos, grandes, al campo. Las pezuñas
machacarán la hierba mojada. Las ovejas, con su beee incomparable
hablan y hablan.
El jornalero, el bracero, el yuntero pidiendo pan.
El obrero, con su yunque y sus brazos piden pan.
El buey y el arado piden pan. La tierra acicalada
les recibe. Y el buey come pan, aceituna y pan.
Ríe el sol la mañana.
Porque pide pan
dadle pan.
La bandera roja.
El campo es de todos, el esfuerzo.
Si trabaja, pan. Si sudor, pan.

CLXXXI

Aquella tarde de julio, aquella misma tarde, José del Castillo, José Sáenz de Tejada, vio su muerte en la plaza. A las cinco y media de la tarde vio morir a Ignacio Sánchez en la plaza. Era una tarde de julio, del fresco calor del verano. Se le veía cansado, temblando su alma por dentro. Condenado a muerte, olía a sepelio y estrada, ese aroma de los muertos filtraba la sangre. Se le oía hasta en sus ojos oscuros de túnica casta. Romano y andaluz. En Alcalá la Real le llamaban Federico a gritos desde Granada. Allí sabían que su suerte era su suerte, y su desgracia su desgracia. Sabían que el emplazado moriría. Lo sabía esa tarde que toreaba en Las Ventas. Olor a espliego y tomillo antes de ir a la glorieta. Tocaban La Dolorosa. Se casó el 20 de mayo con Consuelo, uniforme azul marino. En su anillo se leía, en su anillito con balas de plomo, viuda de Castillo. No se había casado y ya estaba llorando. La tarde, melancolía siempre, vestía la noche de luto. Donde los grillos cantaban un réquiem. Lo sabía cuando bajó la escalera, cuando vio a su mujer descalza en la tierra. Le saludaban y le decían: “Francisco Largo Caballero lleva cal en los zapatos y bigote en el sombrero”. La noche en sombra, implacable. Se despidió en la calle y bajó la andanada. Las escaleras le advertían férreos peldaños de grana. Le inquietaban los zapatos en cada pie que pisaba. La baranda se reía y le cantaba. En la calle, por la puerta, se veía su cabeza. La mujer, Consuelo, le oprimía el corazón. Lo sabía. Moriría en el camino. Los relojes se paran.
El cuartel de Portejos
Pasando por su lado, la Virgen y el Santo Cristo.

Miraban de lado y no querían mirar. Con la mano bendecían y en el aire cortaban con los dedos formando la cruz. Aquella misma noche, ojos y palidez en la cara, conocería la muerte que ya conocía. Era la calle Figueroa, en el barrio del Barquillo, a los 35 años. Su tez de noche con dos botones de estaño.

CLXXXII

La vejez era ya el recuerdo de la nada. Aparecía él, el hombre del bastón, al jardín de cada día, al parque de las palomas. Y las palomas, solo ellas, se posaban, grises y blancas, para escuchar su canción.

El banco era liturgia, santuario de los pobres, de los periódicos que piden quien les lea las manos.

El hombre fue, un día, alguien en el mundo. Sentado en un banco ahora.

La muerte la dejó atrás, con los suyos. Aún no sabe quién le dijo que era mejor vivir. Si al menos vivir fuese vida.

En el banco, las palomas. Pelo cano y boina de Madrid, con sus gafas y sus ojos grandes. El bastoncillo le lleva. Las zapatillas, poco a poco, van rozando la tierra, acariciando.

Cuando era pequeño tuvo un padre.

Empezó a llover la tarde.

Quería quitarse la hierba. El verde del cielo brillaba. Su padre, muerto. Jamás olvidó (olvidar no pudo). Quería recordar a su padre. Llovía.

Las manos, frías; fríos los pies. Caía el telón de fondo del cielo. Recién nacida la noche. Amando la poca luz que tenía.

La noche lloraba a su padre. También ella veía a su padre. Ella y él lloraban.

Cuando no se tiene nada más. El bastón temblaba. Sus pasos, al levantarse, se torcían de miedo, de dolor. La vida era pena. La llevó siempre consigo. Tuvo que sufrir. Muerto: ver muerto a su padre.

El páramo se confundía con la ciénaga. Todo era sombrío. Su mente palpitaba. Sus ojos palpitaban. Lloraban. Noche cálida de hielo.

El árbol canturreaba no sé qué canción de hojas marchitas y secas. Hacía tiempo que le había talado el corazón.

Nadie le veía. Ya era tarde. La tarde, pronto, fue noche. Se marchó a casa. El hombre. Se levantó.

CLXXXIII

Cántico

Cántico de avispas, azules melodiosas
que pican y matan.

Cántico de un muerto que da la vez, vaga.

Cántico fúnebre del cortijo de los cielos.

Cántico, madre, cuando cantas
con tu voz suave en la cocina.

Cántico angustioso de la cárcel
de las rejas y las ratas que dentro se arrastran.

Cántico de un convento de curas
quemándose. Las almas de 320 asesinos

en la calle. El altar profanado junto a la virgen.
Cántico de mil voces que rompen la armonía.
Cántico de un niño abofeteado por su padre
y lleno de moratones.
Cántico de una vida desdichada
enferma en una cama sin piernas.
Una serpiente de cascabel cascabeleando.
Una paloma blanca.
Cántico de alguien perdido.
Cántico de la prostituta.
Cántico de una monja violada.
Cántico de los pobres.
Cántico de una mujer, mujeres maltratadas.
Cántico del basurero.
Cántico del hombre que baja a limpiar las cloacas.
Cántico del drogadicto.
Cántico del sidoso.
Cántico del que tiene cáncer.
Cántico de los niños sin vida
que viven en una burbuja
que no pueden jugar, sol, playa o mar.
Cántico de la guerra.
Cántico del emigrado.
Cántico del terrorista.
Cántico del matador de toros, y del toro.
Cántico del gitano.
Cántico para una luz hecha trizas,
desgajada de la poca luz que le queda.
Cántico del delincuente.
Cántico. Del ladrón.
Cántico de una flor blanca con pétalos blancos.
Cántico de un prado inmenso y ángeles celestiales
paseándose alrededor, coronándolo.
Cántico de una pistola en la boca
disparada, ensangrentada, muerta.
Cántico del trilero.
Cántico de los esclavos.
Cántico del vagabundo
que vaga, que vaga vagando por los sitios.
Cántico de una barba y piojos en la cabeza
picándote, rascándote, pudriéndote.
Cántico de un perro con sarna.
Cántico de una torre, princesa
y un caballero enamorado que trepa por sus trenzas.
Cántico de una pedrada en el cráneo
entre blancos y negros.
Cántico de una raja en la cara.
Cántico del muchacho que tira piedras en la Intifada.

Cántico de los rojos, y los azules.
Cántico por un partido de fútbol, las palomitas
y sentado en el sillón con el mando cenado,
comido y desayunado (¡qué duro es vivir!).
Cántico por un árbol con naranjas.
Cántico un borracho.
Cántico por un tetrapléjico.
Cántico de los pinchados.
Cántico por las cerezas.
Cántico de los cerezos y los perales.
Cántico de los hijos
que se marchan de casa.
Cántico de los abuelos
que se marchan de casa, porque los padres no les quieren,
los hermanos no les quieren,
lo hijos no les quieren,
los pájaros no les quieren, ni Dios ni los cuadros ni los zapatos. No les quieren.
Ellos tampoco se querrán y se irán de casa.
Cántico de los aterrados.
Cántico de un río que fluye agua.
Cántico de la hierba verde.
Cántico de los moros.
Cántico de los carteros.
Cántico de los conductores de tren.
Cántico de la paz muerta.
Cántico de la noche y el sol.
Cántico de la bondad muerta.
Cántico de una serenata.
Cántico de los buenos muerta.
Cántico azul marino.
Cántico de tu hermana muerta.
Cántico del cielo estrellado.
Cántico de un hambriento muerto con hambre.
Cántico de una arcoíris rosa
Cántico de un navajazo muerto.
Cántico de los gordos.
Cántico de los delgados.
Cántico por todos ellos muertos.
Cántico de los muertos.
Cántico de los muertos.
Cántico de los muertos.
Y por las flores, el campo, los pajarillos piando... Pío pío.
1993

CLXXXIV

En los concursos literarios, la hora del día límite para entregar el trabajo la ponen en Correos, en el interior del sobre. Enviar siempre certificado, y en papel de certificación se rellenan los datos de remite, enteros.

A mi tío Antonio, con seudónimo Aida Lafuente.

En el poeta debe haber barro, ideas, política, argumentos y prosa.

La poesía debe ser social, del aquí y ahora. “La eficacia expresiva me parece más importante que la perfección estética.”

“La poesía no es neutral.”

Poesía legible, no solo audible.

Como Hernández, buscar léxico enérgico, metálico, hiriente, que dé un acento intenso y desgarrado. La anécdota, personal e íntima al servicio de todos.

Registro de los personajes.

Identificar citas.

Poesías coherentes.

CLXXXV

Pozo blanco

Libro I

Blanco alivio. Claro avenir,
encuentro mañana encuentro, hoy:
Ayer cosido. Tibio peroné, abrazo
de mujer. Blanco. Blanco pozo, asusta
dijo y sartén negra. Idilio encapuchado amor.
Ojos como digo blancos,
limpios y claros
sin razón o con razón
pero blancos.
Pájaro apostado o riendo,
Niños juegan en el patio.
niños juegan en el patio.
niños juegan en el patio.

Libro II

La rosa mujer que mi corazón
avistó, palpó, sedujo. Como
mi primer amor
o como un sueño.
Atrás: cuando el tiempo era aún novillo, un becerro en la feria del campo,
sobre la hierba verde.
sobre la antigua desaparecida hierba verde.

Libro III

Con mi delantal azul con canelas arroces. La vida de yo. ¿Egoísmo?
Impuro, sórdido, no.
Los amables pies que tengo aprecian el descanso.

Los cojines amables que posan en el sofá se tumban
enmudecidos haciendo mutis.
Labradores de la tierra:
pacificadores.

(Algo rompe la armonía.)

Libro IV
Aletear bajo una noche. Quizá
un cesto.
Dos manzanas
podridas.
Una manzana.
Cinco manzanas.
Una niña roja
caperucha.
Vana caperucha.
Cuento la verdad. El bosque hace años.
Aúlla el lobo, aúlla.
Incluso hasta aúlla el abuelo.

Libro V
Le francés, la lengua de *l'amour*.
Porque sabe a *l'amour* impreso.
A papel volátil.
Satinado. Hojarasca.
Ya caduco. Aros
del árbol.
Avestruz.

(Algo rompe la armonía.)

CLXXXVI

En Sarajevo hay una cama de tres patas (bostezos).
Pasajero sube al tren
autocar mira la ventana cuadrada
cristal sucio marrón. Sube
y baja y aparece paseando pasajero. Aves en el cielo retroceden.
Piedras por el camino obscenas.
Se mueven, recuerdan árboles
atestados e inútiles. Qué es-
túpido: somnoliento estoy, no me hagan caso.

Pasajero. Persiste ¿niño? Pequeño.
Hace años, milenios, que he subido.
Se ha alzado, ventisca sobre el autocar.
Vitoreando sus dedos diminutos. Despierto.

Humedece sangre el asiento.
Aterrizo en un pantano de estiércol, de asfalto.
Carros y carros y carros de combate. Pasajero.
Advenedizo, acurrucado, podredumbre.
Quién supiese describir sus ojos y sus manos.
Palma de sierra ahumado recorte. Apaga la luz, apaga.

CLXXXVII

Acecha alguien en el norte.
En mi cama no se mueve nadie.
A máscara huele. Sardinas enlatadas.
Posible vino, estanterías de niños borrachos.
Autocar, cansino, viejo, pausado.
Harto digo repetir lo mismo.
La misma cara, sin rostro.
Sube al tren.
Ya se escapa.
A la madre aullando un adiós seco, para siempre.
Para que siempre, jamás, se vuelva a ver niña y madre.

CLXXXVIII

Para qué tanta palabra.
La cebolla se ríe.
Si la vida se muere.
Si las cosas se mueren.
Mi abuela se ha muerto.
Si la gallina ciega.
Mis hijos.

CLXXXIX

Para qué tanto misterio, tanta locura, tanto silencio.

CXC

Hojas de otoño. Pasillo largo. Rota alegría. Descanso. Sosiego. Placer. Otoño.
Calada madera. Cerrojo. Poeta. Del gorro y la sierra. Cosido. Galán de capa, de
espada. Claro de luna. Maldito otoño.

CXCI

Cristo.
Pecado. Lo sabía.
Cristo.
Recuerda-me a mí.
Se lo ha buscado.

Fuiste tú.
Con una toalla.
Pecador (ojeras, quejumbroso).
Dolido. Aliviado.
Ahorcado.
Arrojado al vacío, maniatado.
Muerto como un hombre.
Que se calle.

CXCII

Emigrante

Camina tierra adentro. Paso de cabra, olor a hierba y el fango húmedo. Con un silbido silencioso atrapa el momento del aire. Atardecer. Camino, reyerta en las paredes de huecos. Tozudos carromatos. La lluvia llueve. No llueve. Asco tremendo. Álamos. Sudar.

CXCIII

Canto a mí mismo

Estoy limpiando la escalera
bombo y vasta.
Que escupe tormento.
Que machaca los campos.
Que sangra la tierra.
Maldita, bastardos.
Burguesía hija
(caciques empresarios, sacerdotes católicos.)
Que estoy harto de repetir que hay sudor.
Por el hombre, maldita sea.
Por el hombre, maldito sea.
Por tu gente, por tu pueblo, por tu pueblo.

Ojo tuerto y bizco.
Qué alegre, María.
Mi hijo y tus flores.
Parsimoniosos ademanes. Mano tuerta, clavo.
Losas teñidas y rotos.
Descalzos.
¿Por qué me atas los pies?
Los árboles con viento testifican.
Las ramas se mueven.
Para el amigo minusválido.
1994

CXCIV

Simplemente mirar al cielo,
ver poesía. Leer el cielo.
A las blandas nubes blancas.
Ahí escondida, tímida,
está ella, poesía.
Quería, ingenuo, traerla
como un soplo que se lleva el viento.
Es posible mía, poesía.
Crear en Dios.

CXCV

Efímero cristal, mármol,
dulce trono
donde yaces.
Marchitándote como las rosas
encima de la lápida y muerto.
Hojas de otoño a tu lado.
Un trono sagrado
a un amigo que murió.
¿Cómo? Las hojas te acompañan.

CXCVI

Le hice una promesa de pequeño a una tierra prometida (a Moctezuma y Atahualpa).
Instigadora tierra de historia, galeras, cabotaje. Selvas verdes de serpientes y ríos de plata con trenzas. Hace años, su perfume me sedujo. Cierro los ojos y veo El Dorado, me ahogo de aire en un atlas viejo y disecado. Tierra de extremeños y castellanos. No moriré sin pisarla, sin cruzar el Atlántico. Sin verla.

CXCVII

Tiene la Torre de Oro
azulejos en su estaño
mosaicos de luna apagada
y muros más altos que él.
Tiene un cimborrio de oro
la torre de Sevilla
una *catifa* de moros.
Una morilla que sube traviesa como la seda
morena.
Canta una tuna al amanecer.
Despierta la espera en su cofre.
Azulejos y maravillas
tiene la torre albarrana
como una giralda pequeña.

La madre que se le fue.
Llora a la luz de la luna. Torre
Sevilla te quiere
a pesar de la vejez y tu descaro.
En medio del agua
reluce un naranjel.
Tiene que tiene la Torre,
la torre grande de Sevilla, la torre del naranjel.

CXCVIII

Pensarás en algo bello y sin nombre, en un destino (suspirar) como tantos y tantos han hecho. Mas no pensarás en llama ¿iluminada? En guerra contra el viento.
En tormenta, truenos y piedras.
Clamor de los clamores.
Arma del obrero, de la palabra.
No pensarás en todo eso.
Sí, tumba seca. Lápida
Que no se ve ni se oye. No se toca.
Serán muchas lunas las que pasen un papel con letras. Ahí, contigo, gritará.
Entonces pensarás
Como nunca antes. Elogio a la vida, porque ese algo será vida.
Pensarás en poesía.

CXCIX

“Le mató el párroco del pueblo, y Dios nunca le perdonará.”
Y los hermanos murieron, empezaron a soñar
Los tambores del diablo. Dos bandos.
Todos cogieron el arma.
Padres e hijos enfrentados, vecinos.
¡Dios, ha nacido el diablo!
Lucha en nuestra España.
La imagen de Cristo por el suelo. Lágrimas desangradas.
Lágrimas en las manos.
Rojas de sangre. Dios había luchado
también contra nosotros.
Él empuñó el arma.
Cantaron en los pueblos, ay España,
un llanto por los muertos.
Milicianos en las calles corren a sus lados.
Nadie sabe por qué corren los milicianos.
De una misma flor brotan dos savias
de rojo y azul.
El azul con el rosario.
Los milicianos que corren
y las abuelas llorando.
La flor del 39 es ortiga y no clavel.

CC

El otro día la vi, alegre, bonita, sonrisa en los labios, bonita.
Eras tú y no otra, sonrisa
la que se hizo en tus labios
acordes de limón con lluvia.
Te vi y me distraje de verte
con tu mirar de amapola.
Y te envidiaba hasta el aire
que con tus pasos rozabas
y el sol.
Un ángel, bonita
de nubes blancas.
Luz en tus mejillas,
porque todo lo tuyo es verdadero.

CCI

Cuánto sufrieron de pena y de castigo en tu nombre.
Cuántos judíos murieron a la luz de tu hoguera.
Cuántos arrastraron su espada.
Que la paz esté con ella.
¿Dime tú? Dios santo,
tú que no sabes nada,
cuántos miraron al cielo
y no vieron, cegaron ni esperaron piedad.
Cuán tamaña desazón hizo brecha en tu entraña.
(Si no la vieron nacer en la tierra expulsada.) Cantaron por la paz,
murieron por ella.
Todo un Santo Oficio
para un tribunal inquisidor
sin juez la mano de Dios,
del desconcierto y la pena.

CCII

El odio, horror del perseguido
es inútil como causa. Es sin causa el rencor
semilla del desespero.
La amargura de la vida
está en peligro. Las caracolas caracolean
en la noche fría sin sentido.
Y Lorca ha muerto.
Como el odio que engendra, bandolero, persigue las estrellas estrelladas.
Que lloran, eso sí, pero no con un grito de sangre (rencor, odio, sangre).
Estremecedor que calla.
En la palestra tiene su podio donde muere el fin del desespero. La gangrena se la
lleva.

CCIII

Las baladas de los ríos ya no corren por mi sangre.
Requiebran la muerte.
Una danza espartana, tenaz y con fuerza, hunde sus espuelas. Cae la noche.
El fiordo se abre en el corazón.
Cabalga por mi pena.

CCIV

Plaza de Zocodover.
Pronto y cerca de las ocho.
Aún no puedes por tus rojas, azules, anilladas y cantarinas.
Ya sea el cielo de añil vestido de copos apuntalados.
Los hijos muertos de la patria
Siguen siendo pasos.
En el redil libidinoso
De la torre de la reina,
Cenicienta está apartada.
Cante andaluz más trágico que ninguno.
El flamenco vive con pena.
Sacan los romanos las espadas, turbulentas. El asedio fugaz
del llano que se llama negro.
Cobijo de traidores
copitos de nieve blanca
cuando no es invierno.
...No hace frío en las trincheras.
Cielo añil y sin reposo.
Hasta llorar las campanas
que sienten el tiroteo
llora el soldado.
La tía, María, el pequeño, lloran.
Cipreses altos suben. Tiemblan a la entrada de Toledo.
Quisieran todos estar en casa.
Dios ha abandonado España.
Su casa no está, y apenas quedan piedras blancas.
Escopetas fusiladas
yacen en la tierra blanda de corpiños.
Ni las guitarras tocan sus cuerdas.
Otra vez Numancia sitiada
por turbantes.
La virgen sola en la iglesia
desposada. Ya nadie cree en ella.
El pueblo corre por las calles
de tristes peldaños.
Yo en el árbol
canto una copla andaluza
tópica del sol que no ve.
El humo le tapa la cara.

Toledo pide venganza.
Nadie le oye.
Numancia está sitiada
con jilgueros colorados.
Tumbas y sepelios,
rugidos secos de león.
Se hacen solemnes por el viento.
Trágico uniforme en una escuela lozana. Días calurosos
lleva el cántaro a la fuente.
La palidez se hace blanca.
Catacumbas de homilías.
Solemne charada.
La niña no vuelve.
La fuente se la traga.
Nadie llora por la niña, ni el paje que a misa va.
La zumaya canta en el árbol, ríen sus ramas.
Su canto se oye más allá.

CCV

Torre alta, ermitaño de los cielos, santiguada hasta la muerte. Las campanas gimen
en las rocas.

CCVI

Por qué seguir hablando cuando ya no hay esperanza
discutiendo por algo que ya no vive en Sarajevo.
Los cascos rodean, armados,
la única ciudad que es humana
mente humana. Vigilando
la muerte.
Azules que se vuelven negros. Desteñidos.
Cuando no hay agua y alguien bebe en una fuente.

*

Las madres con sus hijos
van con botes por las calles.
Cuando ya no corren y mueren.
Su sangre servirá para ver la sangre.
Cuando hablemos ...ya no habrá. Vienen sin ver en Sarajevo,
¿por qué morir en una guerra?
En un encuentro el franco
tirador mata
con un tiro en la cabeza.
Allí la llevan, la quieren, la gente les ve por esa caja tonta.
Para qué callar la muerte cuando todos la desean.
Aquí la sienten llorando con los ojos rojos
y un nudo en la garganta.
Es un lazo. Apagan la tele. Villancicos. Se marchan

de verbena. No es verdad que la sienten.
Yo no quiero que aquí sientan.
La ONU traiciona.
Para qué manos levantadas
si con eso no vais a frenar los chillidos.
Vosotros no veis a los niños sin padre, sin madre.
Solo tiene un amigo al que hoy han matado.
Para qué queréis ver nuestra miseria.
Los sillones de occidente no llevan pinchos en sus brazos.
Cuando salís no os preocupáis de las bombas
que aquí estallan.
¿Por qué hay bombas que estallan? Los morteros
caen de las montañas.
Cuando no deseéis
mirar a tu vecina
entre las ruinas.
Recibid mi aviso de vergüenza.
Que se maten, que yo voy a ayudar a los míos.
Perdón por las molestias, porque sale
una niña sin brazos.
Por qué sufrir. Tenéis agua, pan, harina. Un hospital con cama.
Y corbatas con las manos levantadas.
Cuando estallan en tu casa y ven a tu hermana pequeña muerta,
y gritas y dices a Dios que no se muera
y no se siente.
Y miras a tu madre que llora
y lloras con ella sin saber.
Cuando tiembles y ves a tu madre y a tu padre con tu hermana en sus brazos. Y la
llamas y le das la muñeca preferida tirada en el suelo. Y se la pones en la cara y la
aprietas contra ella para que hable y te diga “hermano”. Solo un susurro. No hay
nada. Muerte. Y tu padre, mayor, el último, porque todos le miran, porque es el
padre, se desmorona, llorando por su niña, su nenita del alma, su única hija. Y te
abraza fuertemente y cierras los ojos y crees que todo es un sueño y que no ha
pasado nada y que mañana seguirá jugando con su muñeca. Tu madre sujeta a su
hija en sus manos y mira el cielo y la mira sin saber por qué. Ella, que amó a Dios
toda la vida. Sin querer creer que ha dejado morir a su hija. Mira al cielo y calla
sin decir nada. Mira con los ojos llorosos. Pero no la veis, era una familia. Podría
ser tu familia.
...Si queréis de verdad acabar con su pena.
Cuando es imposible acabar con su pena. Sentir su pena. Por Dios,
para qué hablarte todavía cuando solo miras y no haces nada, cuando una niñita
pequeña de diez años a quien le gustaban las muñecas rubias y vestidas.
Las manos.
Noemí se llamaba.
Cuando ya no sientas. Cuando ya no tengas miedo de ir a la guerra
y ayudar a tus hermanos.
Crecer con los pies, las piernas.
Cuando no estés esperando en la cola de la muerte.

¿Para qué, si nosotros tenemos ducha y bañera y bebemos en jarras?
Qué más da uno menos.
Cuando no me tiemble la voz de hablar con mi padre de la guerra.
Cuando los árboles en Sarajevo vuelvan de nuevo a las ramas.
Cuando la niña no vea la muñeca descalza.
Porque se acabe la paz, que es imposible.
¿Para qué un congreso, una mesa, un ruedo?
No quiero seguir siendo un esclavo.
Para qué la cruz cuando muera.
La paz es imposible en Sarajevo.
Cuando hablo me arrepiento de mi pena.
De esa nación de naciones me arrepiento.
De las muertes que no tienen que ver nada.
Cuando cante el trino del pájaro.
Cuando muera.

CCVII

Renovar el viaje al torno del convento.
Cantarina, descalza, cantarina.
Anoche, los grillos negros chillaban
pequeños en la noche descalza.
Canturreaban los grillos. Abanicos en la cara.
Una brisa, despacio, pasa con su risa.
Cantarina del mar que la llama.

CCVIII

El invierno en silencio pasea frío como el hielo. Del blanco de los copos. El
invierno clarea. Los lobos bajan al monte. El fuego en la chimenea. La luna en el
monte, desposada.

*

La luz del sol, el rojo. La primavera llega a las flores. El arcoíris curvado redondea
el campo en flor ardiente y verde. Amarillo está el naranjo y de naranja el limón.
La luna sonríe en la vereda y canta el ruiseñor. La escalera sube a lo alto.

*

La primavera pasa al verano
y del verano, el calor. El río y la hierba fresca.
Y el otoño, sin jilgueros, acompaña la muerte al entierro de añil y violeta.
El invierno es silencio.

CCIX

Andar el arduo destino del no saber mañana. El cuento de un niño muerto. Rociar
la carne desconsolada del gamín de la fabela. Desnudo en la calle. Niños que
andan en la lluvia, cristales rotos y pedregales. Con las manos desatadas.

CCX

Primero es vivir tu tiempo, robusta simiente.
¿Se acuerda el tiempo de cuando la noche se perdía?
Volverá la palabra al vientre, a la niñez de la palabra.

CCXI

Por la mañana en el campo hay alegría
y por la tarde suena la voz de un pajarillo en la vereda.
Al campo verde yo voy
para ver amanecer la siega.
La ventana de Castilla
llena la paleta del pintor
formando un tapiz de rica tela.
Amapolas, margaritas amarillas, menta en mi balcón.
Se alegran las macetas.
Flores rojas y dalias.
El cielo es verde,
campo es azul.

CCXII

En el olivar de la dulce mañana
vivía la luna
cantaba la rana.
¿Cantaba la rana
en el olivar de la luna?
Sí, cantaba y cantaba a la luz de la luna.
Cantaba y besaba brindando por el mar
que azul se ponía.
Si tú la vieras, madre, a la verde rana
en el mar.
Se ahogan las olas que van a parar a la arena y que vienen
y van.

CCXIII

El pobre, arrepentido, tiene hambre. Desea, suplica, comer. Creéis, vosotros, sufrís
si tenéis pan y no queréis. ¡Compañero! Si vosotros creéis que tiene vida, segad
con las manos sus cabezas.
La revolución, camarada, es siempre hambre y hambre y hambre. Un ángel, señor,
con la cabeza degollada.
Que jamás sea muerte del obrero, de los hombres, fría.

CCXIV

Padre, la presente es para comunicarle que estoy bien.
Pequeños niños, niños armados, corren del campo al campo con fusiles. La mirada de una foto seria con uniforme y rifle. Madres, sangre. La guerra. Trona el suelo. Tirotea me-tra-lle-ta. Va matando. De rodillas. Se agacha la cabeza. Hijos, os quiero mucho. Dedos y anillos dorados sangran. Fuego. Los biberones derraman la leche. Cardona llena de prisiones. Corred corred corred. Mirada y rostro moreno. Asesinos señores de la guerra, porque un trozo de pelo de una niña clavado en la pizarra. El alambre. Caballos. ¡Fuego! Ropa de abrigo. La cámara se acerca rápidamente antes de marcharse. Tiene miedo. La guerra sangra. Los anillos sangran. Los niños quemados por los brazos. —¡No vuelvas, Joaquín! Queridos hijos míos, muchas gracias. Música de flautas apagadas. Rojos violines, tibios, pálidos, no pueden respirar. Paisaje en carretilla. Pitido en los oídos. Melodía que hace llorar de vergüenza. Por ver los niños que sangran. Por ver los niños que mueren. Por ver los niños que sangre. Por ser muertos, por eso. Por matar. Por ser un pozo de vergüenza, la guerra. Porque mueren los niños. Y porque los matan. Por anillos que sangran. Que sangran. Que sangran. Y todo el mundo aplaude. Gracias. Queridos hijos míos, no volváis.

CCXV

Hoy hoy hoy los cuervos sí que bajan.
Me comen me pican me cortan la cabeza.
Palmeados, negros, astutos picos cuervos.

La paloma blanca avistó, desnuda, desde el llano su rostro, el cielo.
Mirarnos a nosotros es mirar a nadie.
Devino ángel, blanco ángel, como si tuviese miedo de los peces, libre en el cielo.

Dios, ¿por qué me castigas?
¿Por qué se ha muerto mi familia? Que haces callar a mi padre.

Voló sobre mí Alberti y su gaviota. Voló al mar, voló. Azulado de azul, movido y bravo, el mar.
Paloma, carita, villancico.

¿Será ella, Dios?

Rosada, blanca en los peldaños.
Redescubriéndolo, hurgándolo, sumiéndolo.
Picando y picando y picando.

Jarrón de dulce tierra aroma.
Tierra fuerte, aire, flor.
Cáliz, color, violeta.
El jarrón roto no guarda su arcilla.

Artesano, humilde, casado.

¿Por qué los violines?
Yo soy la hermana, soy yo.
Sacro Imperio Romano.
Oh César.
¿Por qué la violan?

Villancicos en las grutas de invierno. Azucarados inviernos.
Julio César, faquir y león y cuchillo.
Ser o no ser.

¿Por qué escribo así?
Mi hermano aparece, quiere salir.
Dejadme solo, callad.
Trompetas. Gladiadores. Pescadores.
África y esclavos. La arena.
¿Quién soy yo?

¿Por qué no me habla mi padre?
Padre, callar prefiere.

Mirad cómo Roma domina los fuegos.
Nerón.
Radios de mercurio, eclipses de ondas neutras. Voces.
¿Por qué?
¿Dios? No existe.

Rayas en los pantalones planchados. Cinturas estrellas. Collar de latifundios.
Visión de días.
Me parece... Pan comamos, si no hay pan.
Perdedores. Testudo en la batalla. Tropas y guijarros. Acampad en el poblado.
Galia. Astérix. Se ha perdido en el bosque, ancho y embrujo y soñado.
Pócima.
Momento para escribir. Sagrado. Yo.
Porque el arte es radical.
Muelas que arrancar a muertos ladrones. Celestina en la escalera.

Caballero flautista de los pasos.
Una sombra.
Pañuelos.
¡Iugula, iugula!
Degüella.
Que cuando desaparezca, aparezca en el campo de Olmedo.
Balneario.
Jamones. Mi hermano quiere jamones. Jamón del Macro. De la sierra.
Hay que ver el árbol de Juan Ramón.
En una tienda casa de libros: he visto Auchswitz en la portada.
Los cuervos en el teatro.
Algarabía.
De Contesa a turquesa va un helado. Emperatriz, fulana, abadesa. El cura esquiva los golpes.
Trompetas, orquesta, risas.
Los cascos le han salvado la vida.
El turista no viaja por mar. Al mar.
Se llama Cristo. Intifada.
Prohibid los burros.
Que no se vendan biberones. César.

Cantaría quizá, no sé.
Vestido de Papa Noel, daría niños a los caramelos. La mano en la Biblia, pequeños.
Amén.
Santiago Apóstol. Tiago se llama.
Algún espía americano jugando a las cartas.
Preguntadle a él.
Soy yo el hermano.
—Tú eres tonto.
Brindis. Por nosotros, por que salga todo bien. Felices Fiestas.
Leed cuentos.
Perdices.
Días enteros trabajando para luego comer.
Infieles, arded Roma.
Soy maléfico.
Príncipe.
Asiático.
Oh Dios, qué lío.
Me estoy perdiendo. Leamos.
Oh Dios, no me entero, volvamos.
Descanso. Día de fiesta.

Sí, a lo mejor, quién sabe. Televisión endemoniada. Arte fantasma. Vestidos de papagayo. Tortillas emplumadas. Rimbombante. Charada. Oh Dios.
No me entero de nada.

CCXVI

Alguien cambió la vida, fiestas en el barrio, imagen rubia inadvertida, y al encuentro, yo, cortado.
Te llamo y las palabras se detienen.
Te dije: cielo, ángel, encantadora.
Añado la música belleza.
Estás cuatro veces guapísima.

Puedo morirme si no te beso. Algo me dijiste. Te besé y sigo vivo.

CCXVII

Estaba en la pared, ausente, doblada en la cima de la barra, con las nubes talladas por un ventilador de aspas.
Ha nacido cuando ella tenía el aliento apenas imperceptible y sonaban esponjas debajo de las almohadas de blandas blusas blancas.
Te llamaré Antonio, y los osos y los elefantes se colgarán de mis sueños.
Como una bola de cristal, centro y atención y punto de todas las cosas que hoy puedan pasarme. Brillas en los carros redondos con caballos que cabalgan por tu mirada. Y se acercan duendes a tu manta y te empujan y te soplan a la cara: “Tú serás Antonio”.
Si las guitarras renacieran y los puños estallaran en los campos vacíos y en las cuadras llenas, acuérdate del fogonazo que cayó en la cuna.
Acuérdate del hombre que te puso el nombre de su pistola.
Te tuve. Bajó el cielo a la tierra y un canto melódico y nuevo reavivó al hombre.
La tierra se hizo verde y un azul único se compuso en torno a un mar de caracolas.
¡Qué alegría en el instante!
Contenida la vocal con la que gritarte, te cogí las manos apenas panes y te esparcí por la habitación enseñándote y mostrándote al mundo.
Antonio.

CCXVIII

Odio el paraguas negro
que tapa las negras gotas que
llueve negro.
Odio a quien dice que somos hijos infelices.
Odio las flores cuando han sido arrancadas.
Odio al creído, porque cree.
Odio lo más chulo que hay sobre esta tierra.
Odio los calcetines que aprisionan los dedos de los pies.
Odio la mansedumbre.
Odio la injusticia.
Odio la mísera miseria.
Odio la tristeza y la alegría.
Odio la vida. La amo.

CCXIX

He sido siempre un trapo sucio que nada más utilizaba cuando estaba todo amarillo.

Hombres del mundo, descubrid. Presenciad la magnitud de vuestra mano.

A los hombres de los hombres,

mujeres de los hombres,

niños de los hombres, poetas,

juntos el frío con el blanco, el llanto con el olvido, el desánimo y el ánimo, la lluvia.

Sed fuertes. En los próximos cielos que vengan

y se tornen más grises que grises.

A los hombres que no son hombres.

Para que el mundo aparezca como uno, perfecto, exacto, sincero.

CCXX

Pepín Postrero Mallorquín, buen comendador.

Vaso I (sol de mediodía)

Al principio, exégesis bendita.

—¡Abajo las bendiciones! ¡Basta de beatos! ¡Abajo los beatos!

—Si bien queremos la amargura, podremos.

—Abajo los contingentes —gimen los barbudos con pies de escalofrío.

Pepín Postrero cree en la bendición. Los cacahuets le sujetan su veredicto. La miel, a salvo de los pequeños obstáculos. Pronto tendremos lluvia clara.

Y sequía.

—Y sequía —repiten, injuriosos—. Sequía barata, pero sequía.

CCXXI

Bonica, se llamaba Blanca, y Amor. Y se pasaba eternas noches y eternos días en lo alto del torreón. Una torre de mármol como un rayo de cerezas desafiante.

Madrugaban sus ojos para llorar la tierra. Allá en lo alto no hacía más que entristecer al cielo con su silencio, con sus gotas de agua.

Un pájaro risueño vuela hacia el verano, pierde el verano y se posa en la torre.

Preguntole al pajarillo de Blanca Amor qué le pasaba.

—Que no quiero —respondió Blanca— vivir más.

La tierra riega y brotan rosas de sus lágrimas.

—Mírame, pájaro, ¿tú qué ves en esta dama? Tú que todo lo ves desde las nubes.

—Señora —su nombre es Blanca Amor—, yo le entrego mis alas porque veo un ave hermosa a la que le han privado de cariño. Y veo tristeza en sus ojos.

—Y ¿qué quieres ver? —se sincera—. Si no puedo tocar con mis pies el árbol que tú tocas, la hierba que tú tocas, el agua del arroyuelo, las flores. Me tienen cautiva en la torre.

—Ha de ser muy cruel y perverso aquel que así te tiene. Porque si yo fuese lluvia no llovería sino solo para mojararte. Y si fuese cielo me escondería para que la noche siempre estuviera contigo.

—Qué bien dices, pajarillo, lo que siento. Pero ¿qué puedes hacer tú? Tú no conoces las piedras ni el hierro en mi corazón, ni las penas de mi alma.

CCXXII

Granados campos aparecen detrás de una estela roja. Han cubierto de pinzas abiertas el portal. Después, amargura. Hoy, amargura. Reconozco a Juan en la foto: acostado sobre un lienzo, tendido. Después, nada. Dolor.

CCXXIII

Cupido muerto de rabia. Diana siempre. Galeote encantado por las princesas embrujadas. Aclarada, como la luna. Como arena. Agua de cristal. Rizado el pelo, trajeado.

Gargantas y deseos, balaustrada. Suspiros de néctar y nácar. Manzanilla. Vetusta. Careada. El sol amanecía por ella. Dormitaban los grillos, grilleaban por ella. Las cigarras por ella. El campo verde por ella. La azada por ella. Y el campesino, con hojas, por ella.

Todo era ella y todo por ella. Por su encanto y su voz enamorada. Que cuando habla, Dios atónito queda.

CCXXIV

Carpinteros:

túnica negra y velo negro.

Muertos con guantes negros, negros.

Una cola larga se arrastra
como una estrella fugaz
se despierta;

cadáveres con muertos.

Con miedo y mimbre y acero.

Cobre en sus caras. Hierro sus caras.

Gusanos dormidos en la tierra.

Lombrices de plomo.

Plomo pesado

plomo. Duelen sus huesos.

Retuercen sus cuerpos.

Se balancean. Como mudos corleones.

Sin cuerdas.

Destello el metal.

Muerto de dolor, brilla.

Metálico y roto.

Se clavan asustadas espadas.

De muertos siempre con sueño

deslizándose y llorando, fuego de sangre.

Charcos. Ciénagas. Fango.

Muerden mandrágoras.

Muertos en la calle, aterrados.

Arrepentidos de estar sucios.
Que no pueden hablar; se duelen.
El aire se deja caer.
Vibran las cuerdas.
Moscateles y orujos.
Ánimas en pena. Humildes.
Suben como anónimas almas viejas que se lleva el viento.

A todos:
Un hombre muerto tirado en la calle hace sombra al sereno.
Poca luz; luz sin luciérnagas.
Calle y calla. Muere y muerto.
Rostro borracho y suelo de musgo.
Llueve.
Un fanal de pega se incrusta.
Hierro hierro hierro.
El anillo dorado es la luna.
El anillo se cuelga en el techo de la luna.
El dolor se retuerce como esa sortija.
El muerto sangra por la boca. No tiene ojos.
El suelo aguanta su vida.
El alma se esconde en la refriega.
El cielo apesta a muerto.
A muerto.

CCXXV

Soy bueno y soy malo, y por eso soy perfecto. Mi nombre no es Cayetano, vale decirlo (el *no* jamás me ha gustado, lo aborrezco). A partir de ahora, no. Si fuese mayor llamaríame Cayetano.
Habitó en tres bosques a la vez, ramajes y tronco los heredé de uno de ellos, aunque pocos lo crean. De padres soltero y madre soltera. Habitó en una casa que se asemeja a una lechuza, por lo pequeña que es. De color de ámbar y de ron gris extremo. El escalón de la puerta, sucio y arrastrado, juega a ahuyentar las silenciosas y efervescentes moscas. Odio, y me encanta. Mi nombre verdadero es Almendro. ¡Eso es otra cosa! Y es lo mismo, por eso me gusta.

CCXXVI

A la palabra mía llegó impreciso con cuentagotas de aljibe profundo y una higuera desenterrada en racimos inconclusos. Pero llegó. Verde tal vez aunque fresca como las rosas rojas.
La palabra. Simple y del pueblo que soy yo, como nosotros todos también somos. Que calles rojas también pueblo y gargantas y caireles de cantos míos. La palabra sola acompañada de otras palabras juntas, conjuntos, me dio la vida de mi razón. Aquí, aquí mismo, en este mundo de brazos de obreros reventados como altas chimeneas. De tantas fatigas qué cansados. Perplejos y rebeldes.

Principio

La vaguedad sutil reveladora del misterio dulce de los patos y las manos sonoras. Primavera en el llano: igual que cabello rizado, masas que susurran al oído. Clases bastantes. Natos trabajadores que nosotros somos.

Las paredes verticales y perpendiculares cubiertas de desparpajo. Visibles y cubiertas. Desacato. Estallan rocas. Graves torres etruscas. Yacen dispuestas. Sedimentos. Confesiones.

CCXXVII

¡Ay Perico, el que nació pa' pobre no puede ser rico!

CCXXVIII

Era la mañana más alegre del campo. En las postrimerías de mayo, una mariquita callada trajo rojas y negras notas. Buscaba adornar su cascabel. Quería, primero, ponerse rayitas de pelo como las cebras de los cuentos. Quería cambiarse el rojo y probar el azul. La mariquita intentó pintar de blanco su capa. Y su capa, roja siguió. Pensó, entonces, ponerse guapa con rosas rosas y claros rosetones. Pero las rosas no querían prestarle su color.

La pobre mariquita se encontró una araña. Hilaba que hilaba, tejía que tejía su red. Reía balanceándose en la tela —mantilla y saya.

La mariquita asustada no quería las arañas.

No entendía cómo podía vivir solo con patas.

Enfadada, la mariquita le giró la cara y se fue.

Se puso enferma.

Buscaba su tetera. Cogió el sarampión. Le salieron topos negros en la espalda.

La mariquita se quedó así, y presumida así se quedó.

CCXXIX

La luciérnaga y el topo

Que en una noche de fuera érase dentro un topo de tierra muy muy viejo.

Y érase también una luciérnaga preciosa que brillaba por las noches igual que las estrellas.

El topo escarbaba en la arena de los bosques verdes, entre las raíces de los grandes árboles, entre troncos, y se cruzaba con lombrices y escarabajos, y con todos hablaba el topo, a quienes todos llamaban Aqualdo.

—¿Adónde vas, topo Aqualdo? —la lombriz.

—Sigo excavando la tierra, busco lo que hay después de esta arcilla con su oro —dijo el topo.

El topo le daba a la cabeza. Quería saber si había vida más allá de la topera.

Entre tanto, ¿qué hacía la luciérnaga?

La luciérnaga brillaba como si fuese una estrella. Relucía su faro y su cordel dorados de luz y vela. Por su belleza, era la envidia de lo oscuro. Por su luminosidad, parecía un hada o un duende o una pequeña virgencita. Se creía que era un milagro, y otros opinaban que se trataba de un rayo perdido. La luciérnaga

volaba de noche y hacía piruetas, rondando la noche, y con la noche bailaba como una bombilla sin miramientos.

Los espejos quedaban encandilados con su imagen. La cándida luciérnaga tenía amigos. Búhos y pájaros sabios. La lechuza le contaba historias para no dormir, y el mochuelo le recitaba poemas de Machado. De ellos oyó la luciérnaga que existía un más allá más lejos, en lo más alto. Un astro maravilloso al que llamaban Sol. La luciérnaga no había visto el sol. No sabía que existiese alguien con tanta luz como ella. “Ese sol debe de ser el rey.” Redondo y reluciente como una fogata. Con rayos admirados.

La luciérnaga decidió quedarse despierta y subir y conocerle. La curiosidad le podía.

La luciérnaga subía.

El topo bajaba.

El topo quería averiguar qué había debajo de la tierra, si tierra o no tierra. No tenía ojos, aunque también curioseaba. Tuneleaba y no se cansaba de horadar con su hocico y sus patitas.

Bajaba.

La luciérnaga pensaba encontrarse al sol de cara. Siempre le habían dicho que la luna estaba sola porque era demasiado bonita para encontrar marido.

La luna, blanca, finura y lunera.

Pensaba que el sol podría ser un buen esposo.

La luna se escondía.

El sol salía.

El topo bajaba.

La luciérnaga soñaba unir luna y sol.

Se reían los pájaros.

Soplaba el viento entre las flores.

El cuclillo cluclilleaba.

La urraca brillaba en su nido.

El topo bajaba.

La luciérnaga subía.

El topo ya viejo.

La luciérnaga presumida, espejito mágico y guapa.

Subía.

CCXXX

Camina la paz, armada.

El hombre al hombro hasta los dientes.

El hombre blanco y victorioso.

Paz espada.

El cinto poderoso

de un país rico y poderoso.

Calderas y juego de Tor.

Huracán de vértigo.

Vuelan los palos.

El fuego mata.

Arrastra hogueras.

Clamor: Dios ha muerto.
El cielo pide tormenta.
Venganza y fría nieve,
escarcha de sus venas.
Latente crujido al despertar
las bombas cultivadas.
La hoz pide ser roja.
El verdugo cruel.
Gotea la muerte.

CCXXXI

¿Tengo que ponerme de rodillas?
¿He de mudar la voz y juntar las manos?
¿Traicionar mi pensamiento?
¿Santiguarme, persignarme, respetar?
¿En un karaoke con gogós?
El qué, a quién, por qué.
¿La bondad de Jesús hacia el hombre?
Qué sabrá Él.

CCXXXII

A Walt Whitman.

Discóbolo y Romeo, estuviste tú a su lado.
Canto al trigo amarillo
de la tierra adentro de los mares.
Al bastón dolorido.
A la pierna que no es pierna.
Cordero y cuchillo de hombre
poeta. Nogal sobre ti mismo —que
tiene la barca en la bahía irlandesa. Con barba.
Monte.
Gato.
Dormitas.
Puerta a puente (espera)
ángel y demonio.
Arpa y llanto: enfermo.
Whitman, memoria, sufrido.
Roto, piensas. Abres la caja.
Sacas, atraes, versos. Tuyos y contigo.
Para que nosotros te oigamos.

CCXXXIII

Ramillote roto empero alza Roma sobre su lomo vetusto. Fornido. Cae nieve. El
alma oscura y roja. Sol que hace de sombra. Viví lomo bajo el lado de los dioses
divinos cantores.

CCXXXIV

¡Oh Dios! ¿O no tuviste padre?

Ni él se salva de esta masacre.

Cuando el poder se hace dueño indiscutible y priva de libertad, no de la nada.

De siempre la sangre es morada, y dueña y dueño.

Ni Dios ni su Padre saben qué hacer.

El clavel se alza frente al puño cerrado.

Y el corazón.

Por Dios, se acabaron las multiplicaciones.

La bruma poética pasa andante en la noche. Larga mano, frío capote y frío espanto en la morera. Silenciosa, pasa la mano. Pelo largo, largo pelo al viento. Bromea, sonrisa. Callada la deja, melosa y rumbosamente. No hay quien la mire a la cara (blanca cara y frío torso). Risueña sonrisa. La noche bromea con sus hijos. Princesa chica que baila. La brisa acaricia la seda y su piel. Brilla, tímida, la luna, niña. Guapa. Tersa blancura. Verdea la hiedra santa en la ventana.

CCXXXV

La caída del Imperio Romano

—Me queda bien el vestido. —Vestido de encajes, de boda, ajustado.

—Sí, hija —el padre, azorado, a su hija.

—Padre, espero, impaciente, el día que yo me vista de blanco por toda la Iglesia Santísima. Oh padre, soy tan feliz. Padre...

Le brillan los ojos y ríe su boca grande. Cruz decidida, enfrente. Litor romana: emperatriz.

—¿Sí, hija?

Habitación concreta. Casa de cuarto. Cuadro. Tenía trece años la niña cuando estaba pensando en el día de su boda.

Jugaba siempre a padres y madres, a esposos y mamás. Soñaba con plata, con meñiques, balandros. Cobre cándido. Quería apretar con lazos su vida.

Quería el trono.

El Palacio de los Mirlos, la misa del santo patrón.

En la enfermedad y en la salud le seguiría. Rosa. Joven doncella. Su heraldo:

Encarna de luz. Glosaba la nieve, el cielo, las muñecas.

El monte Carmelo, la espesura de tierras ufanas y griegas. La tierra de Barcino, tiempos de magos, fortalezas. Pastos de glaucos roquedales y pedruscos de muralla y alameda que engrandecen y desafían la vista. La mar. El castillo. Pulido en la sierra la barraca cristiana. Se enorgullecía.

Elevaba su claustro. Chillaba.

Allí moraba la doncella.

En la puerta, cada umbral, destrozada. En la puerta, sola, silenciosa, parada. Lo que es su ansia: su amor. Esperaba.

Racimos de carámbanos y parrales de sauco y oro. Caen como copos. Cuelgan brindando y danzando. Por los techos enraizados en un sinfín de desorden. Arañas.

—Padre.

—Hija.

—Vos convenís que me case.

—Hija, no me abandonas. Soy el padre más feliz. Honra al caballero que te despose. Siempre estarás conmigo.

—Padre.

—¿Hija?

—Yo nunca os dejaré.

Niega su cabeza.

—No.

—Padre.

—¿Hija?

Caballero apuesto de capa y espada. Capa larga y espada afilada.

Cabalga. Altar, trompetas, ángeles y coro. Ha bajado a la tierra.

—Os quiero.

Se besan.

Creció en su infancia caminando por los cotos del castillo, pasillos de grana con enarbolados dibujos y pinturas sagradas. Rejas y ávidas hermanas. Piensa, siente, camina. Le mina el corazón cada ilusión. Credos. Crucifijos.

*

Enjaretadas fieras con mensajeros que pregonan por los pueblos la nuevabuena. Admiración y clamores en la plebe. Gentío.

—La princesa, hija del Rey Isidro, rey de los confines del imperio, que la princesa, Encarna, casará con...

De blanco y por la iglesia.

Pueblo alegre.

Todos se rompen las camisas. La lluvia de botones cae por la cabeza. Vuelan. Los gitanos se rompen sus manos. Los dedos rasgan como dientes que crujen.

Los comensales se comen sus togas.

La princesa le dice a la luna te quiero.

Las noches se quedan de novios. El estaño de la luna les pierde la razón. Clavan sus agujones las estrellas. Venecias en el cielo.

Cohortes. Tocan los tambores. Soldados en fila. Huestes huéspedes del sacramento. Desfilan.

*

—Vos queréis a mi hija —le dice el padre al príncipe encantado.

—Señor, su hija —muy decidido—... Sí, quiero a su hija. El alma entrego por su hija. Su hija, señor, su hija. Me pregunta si la quiero. Es la flor de mi vida, mi flor.

Señor, me honra tenerla a ella junto a mí y me honra ser su hijo, señor. —Y baja la voz.

—Hijo. —Le estrecha fuertemente el padre, el rey.

Se estrechan las manos y se estremece el corazón.

La princesa es tan hermosa.

*

El príncipe vino de un valle encantado. Tardó días de tormenta en llegar, por enfangados pasos de ladrillos de rojo color. Mirtos por todas partes. Cruzó pueblos, llanuras, naciones. Alcanzó esta tierra única, donde le esperaba la princesa.

*

—Te quiero.

—Yo también te quiero.

La noche se estrella como un romántico cuento. Detrás de los hombres, los caballeros.

*

Azul, todo era azul. Entonces, los pájaros solo eran ruiseñores. Entonces, la vida se confundía con el alma y el amor. Sueño.

*

Solsticio de verano. Fuente. Agua que fluye. Calma. Arrayanes y leones rugientes. Persia de seda y rutas de arena. Piedras de agua, harenes de encanto, velos castaños.

—Yo, rey, te bautizo. —Se dirige a la masa: Yo bautizo a mi hija, para que sea mujer libre.

La hija creció y lució su vestido de dunas de lava hirviente. Las hermanas creían ser madrinas en un bosque.

*

Basta un soplo para quedar prendida. El novio quiebra con su espada el pobre corazón marchitado.

El padre, solo en su sillón, reposa su lengua barba. Su vejez le habla con palabras de fuerza y sentimiento.

—Mi hija se va, mi niña, mi pequeña niña.

Se acuerda de cuando correteaba por los pasillos de invierno. En el jardín, los árboles se quedaban sin hojas.

—Dios, me quitas a mi única hija, lo siento...

Calla su garganta de sal.

Exquisita miel. Dulce melancolía.

Reina y rey. Chica guapa y vino. Verde páramo y verde.

Hiere su ramo, hiere.

Su espíritu, su amor, su daño.

Tristes ojos, rojos.

Al espejo: baila con su camisón blanco de cuento de hadas y jazmín.

—Mírame —sin dejar de bailar, cinceland su cintura—. Soy yo, la novia... —Y ríe.

Llora de alegría.

Se sienta en la cama, se mira.

Sola ante el espejo.

Se apaga la luz.

CCXXXIV

Despedida

Cómo despedirte en no más de treinta líneas.
Cómo matarte, mi vida. Dios me libre.
Necesito matarte en la cabeza.
Cómo echarte sin maldecirte.
He luchado por ti lo indescriptible.
Tenaz, sin desdén, en cada posición,
Anclado en ti, lo sabes.
Te lo dije aquella noche en la cena.
Resolví estar: visitarte en un bagaje inexacto.
Travestino, mármol verde y ónice.
Sin dudas, desterré las dudas.
Pedí refuerzos para sostenerte.
Lo infame. Sin besos ni caricias.
No eras mía. Aún es nunca.
Me di cuenta enseguida.
Alimenté la esperanza. La culpa es mía.
Me puse peldaños para ir subiéndolos si atender a la caída.
Me crecía, tótem, superior, señor.
Caí. Me he roto, qué se yo. ¿Desengaño? No.
¿Es fácil olvidar los meses?
¿Es fácil renunciar?
Escribo porque quiero que las palabras te despidan.
Forzarte a irte. Seguir viviendo. Por mucho que te quise.
Para seguir viviendo. Adiós.
29 de agosto

CCXXXV

Cartas clandestinas

Te he dicho ayer lo guapa que estabas. Te lo he dicho todas las veces que he estado contigo. Te lo digo mañana. Te lo digo ayer. Te lo digo el sábado: qué guapa que estás con ese olor de lluvia reciente. Me repito. Me explico. Te digo que estás radiante. Lo sé. Te veo como eres de verdad: la gracia cautelosa, abandonada en un paraíso, llena de selva. Las heridas no te pegan. Para ti, las rosas rojas. Y no me canso. Así te des cuenta, como obrera de cualquier oficio. Tu acento tiene la poesía de los ordenadores. Yo te digo que vales porque sí. Te vi cansada y abatida. Los exámenes y las lecturas y las traducciones. De todas las maneras posibles intento acercarme a ti. Para que rías a pierna suelta. Para verte guapa y lucharte. Conmigo en la vez, aguantándome, bastón y reuma. Te quiero como una bomba de relojería quiere sus segundos. En las hora cotidianas y con el oriente de tus uñas pintadas, con las herramientas de tu cuarzo. Abordo el itinerario que va de tu habla a lo primario, del conocimiento a la boca de las preguntas, en el aire, en el estudio,

en el reparto de tus apariciones. No me arrepiento. No hay argumentos. La cabeza incuestionable.

*

Cartas clandestinas

Te escribo desde la Unión General de Trabajadores, en la Rambla de Barcelona, en Drassanes, al lado del puerto con veleros blancos. Te podría escribir desde la cresta, en la cima del mundo, en el Himalaya de las nieves de hielo, en Katmandú o en algún lugar por el estilo. Pero te escribo mientras espero que me hagan la renta. Espero. Desespero. Te escribo. Voy leyendo este *Aire de las colinas* que me tiene embriagado. Cursiladas y poemas. Amores de hoy y de siempre. No me cuesta decirte estas cosas, pero sé que tú ya las sabes. Me las habrás oído muchas veces. Lo de que siempre estás guapa, como en el teatro, con Ana Belén angustiada en *Defensa de dama*. Entonces llevabas las uñas de los pies pintadas y una cierta sonrisa volátil que te hacía romper los corazones y hozar en ellos atolondradamente. Bien lo sabes. Tú siempre llegas a tiempo. En el desayuno y en la cena. En todas las épocas del día te sueño. En los pinchos, a todas horas. Te como y te bebo. Con esa mano de recién nacida que me esposa la piel, revuelta, como el magnesio que fija los hechos sobre el papel para frotarlo. Incluso el metal soy que se funde en tus anillos de elefante. Hay elefantitos en tus anillos con la trompa levantada. Es buena suerte. El esfuerzo tiene recompensa, los días alcanzan a ver la luz. Te abraza y te besa mil besos...

*

Cartas clandestinas

“El secreto consiste en trabajar firmemente; el genio es 10% inspiración y 90% de transpiración.” No sé de quién es esta frase (¿Edison?) pero está hecha para ti. La encuentro en un azucarillo, en el bar Joan. Me tomo un cortado corto de café. A ti te gustan las infusiones. Lorca pensaba que el trabajo no es sacrificio. El montón de trabajo que tú almacenas y repartes y cosechas requiere un inmenso esfuerzo. El caleidoscopio tiene un prisma de colores. Confluyen en el centro. Tú eres el centro. El paradero y la causa y el agosto.

En este instante, ahora, hay una terraza repleta de geranios con la regla de la fotosíntesis. El oxígeno que respiras y que purificas lleva una cláusula con tu nombre. De verdad, si duermo es meciéndome entre tus dos eses. No me paso.

CCXXXVI

Oliva blanca y sol,
yo me estoy en las olivas
de un eterno y puro verde.

CCXXXVII

Suspira de amor y marcha
al viento y al soplo cuando alza
como un mirar cálido y tímido y puro.
Que tiene a sus ojos presos, callados.
Al llanto que sufre consuela.
Al pájaro que tañe, al cálamo, tor-caces,

muérdago y pasión.
La dama que adora,
princesa en lo más alto cuando no deja si quiere.
Hoja de árbol, flor.
La pena, el llanto.
Muecín estrecho y afilado
como cualquier gorrión que al viento vuela
más allá del mar, al mar.
Reina y princesa, es ella
gloriosa, cautivada, ojos. Sus
ojos hermosos bellos son.
Cuando la luna siente cantar
se arranca el jazmín de su cabeza
mechón tesoro.
La higuera es primavera
el hielo es brizna de mañana.
La flor es bella dama.

CCXXXVIII

El verde al fondo de la torre, lejos, la zumaya
canta ya dormida verde la estela
del cielo que se pierde en el jardín.
Lubricada de blanco y agitando el abanico
anchamente hondo, mora bella, rosa.
Su canto me pierde.

CCXXXIX

La turquesa pasaba de nuevo por el ancho mar. La cañada de estudiantes, jóvenes
ellos, al mar. Sintiéndolo mucho. Reía ella, al verme.
Era preciosa.
Y no sabría describirla.
Su tez bendita. Acariciada y moldeada por el viento, cuando su paso, suave. Suave
y tormento a la vez. Sus ojos, un sueño. Duelo con la flor enamorada, de negro
pasión. Su cara. Los ángeles, si existen, jamás tendrán su cara; la envidian. Belleza
perfecta. Enamorada. Hechizo. Fuerza. Ni colosal ni grandeza ni fausto infierno.
Belleza más tormento.
Chica dulce. Su pelo rubio se pavonea como la capa del torero en el ruedo.
Desmayos al verla.
Fue nada más pasar aquel día de octubre al verla cuando saltó al corazón, alegría,
tristeza. Y lluvia. Se apartó de mí la idea de la nada. La luna moría a su lado. Luz
tara, más pura.
Bajábamos del tren. El andén, sala de fiestas. Cenicienta. Cristales. Y laureles y
jazmines... Andando la miraba. En un momento, en aquella mañana, la rozó,
apenas un leve instante. Se rió. La sangre corría.
El camino hasta el campo no era largo. Seguía los traviosos zócalos que parecía
que también querían andar. Llegaban a clase.

La clase empezó un poco tarde. Llegué con retraso. La gloria fue un suspiro, desmayo rubio de ojos negros, anegrados.

CCXL

Sagrada es quien tiene sus designios
puestos en sombra.
La tarde, decaída, ilustra
sus cristales dolientes, esmera
da melancolía siempre escarlata. Nácar
con hojas pálidas y violetas. Es
tarde para que muera el alba.

Eterna magistralmente, difusamente, eterna
mente árboles y malva. Jardín sin trono.
Hojas de almizcle.
Cómo caen, frágiles.
Cómo rezan, juntas.
Cómo se van con el viento.
Susurran, mustias y secas
desvelando el cielo gris.
Cien árboles gruesos, con troncos con ventanas
y vergas como ramas.
Túnicas negras y gotas de agua.
Llueve de nuevo. Tintinean los pétalos
de las flores con su flor. Poco a poco
evocan charcos dulces y salados.

CCXLI

Otoño
(Ya es otoño)

Escena Primera

Una casa con tres hijas y un padre que se descubre ante ellas.
La menor, la más pequeña y la pequeñita. Ajuar de tres bellas durmientes.
Perfumes, rosas y humildes campesinas. Lindas y preciosas muchachas. El padre
llora en el sillón, sentado, sellado en el verde oscuro.
Tres hojas caídas del árbol junto al tronco. Tres hojas: amarilla petunia, violeta y
rojo.
Echadas a los pies del padre.
La menor borda; la más pequeña suspira, y la pequeñita, mira. Sube a la azotea.
Levanta la luna. En la luna ve a su madre. Despierta con la luz de la luna.

Escena Segunda

Caballero sin caballo, rey sin reino. En otra azotea, alguien escribe cartas de amor.
La luna es el espejo de las queridas damas.

CCXLII

La pasión está por dentro mío del alma mía. Paso a paso, pasa del corazón a la sangre. Gitanos te llevan. Si morena tú pudieras... Y clavan ramos en sus manos y lleva y te llevan a galeras con las lianas del sufrir. Hinchido de viento, entre mirar y mirar, pueblo. Gente de todas las edades. Tocándote y llorándote con dedos de oro. Gitanos te suben. En los dinteles te cantan por tu gracia. Se ha mandado relucirte. Que todos los ayes y aplausos te hallen y aplaudan, Macarena, bendita.

CCXLIII

Ayer las campanas del pueblo dieron a luz a un niño que hoy va a morir, acabado de nacer.

Se han apagado los esqueletos en tus ceniceros polvorientos.

Núremberg ya no oye el ruido de sus trompetas ni oye crujir el aire con el chillido de su líder. Ya no arden páginas ni holocaustos de la historia. En tus calles pisoteadas ya no se ve la gloria de tiempos pasados ni el cuerpo grita, batido, su cuerpo alado. ¿Qué te han hecho, Núremberg? Te han destrozado, aun en la resaca del fascismo que te ha vuelto a despertar. Horrorsa Núremberg. Rompe los hielos, tinieblas; destapa sombras, mentiras; arde hierbajos de tinte; requiebra tierras, serrano.

Amargo sol, qué bien te veo, despierto y reluciente.

CCXLIV

La cárcel, fría y sola.

Primera raya en la pared

I

Un niño pequeño detrás del muro, no le dejan ver a su padre, hombre alto, delgado, pelo corto y piel morena, acostado. En el fondo, una valla de rejas negras y hierro helado. No hay nada. La verja, la pared y, en la otra esquina, un triángulo como un agujero pequeñito de muerte.

Patético. Una claraboya en lo alto deja entrar algo de luz aprisionada. El niño, el hijo, no alcanza. Al niño no se le ve.

—¡Papá! —grita—. ¡Papá!

El padre, acurrucado en el muro, cierra los ojos a la voz de su hijo. Se lamenta de que haya venido a verle.

—Hijo, ¿qué haces aquí? —con agria voz potente.

—Te traigo pan y tocino. Lo tengo aquí. —Y lo saca de la barriga, escondido bajo la ropa.

—Dile a tu madre que estoy bien, que no os preocupéis, que aquí ya me dan.

Silencio profundo.

El padre se reincorpora:

—José, ¿cómo está tu madre? —Le sale un poco de miedo en la voz.

—Dice que estemos tranquilos, pero yo la veo asustada a veces. [Un impulso.]

Padre, ¿cuándo te sueltan?

El padre agacha la cabeza.

—No sé, hijo.

—¿Qué hago con el tocino?

—Llévalo a casa. Dile a tu madre que estoy bien, que lo guarde en el cestillo.

El niño, a quien no se le ve, se va. Juan Ramos se queda solo, triste y pensativo, acurrucado.

Se apagan las luces. Ya están apagadas.

II

El padre, pensativo. Vestido con harapos. Camisa ancha y blanca y pantalones de pana. Trata de levantarse, pero no puede. Una herida en la pierna la tapa con falsos vendajes. Se apoya en el muro y se levanta con dificultad. Dolor contenido en la cara, llena de rabia obrera.

Intenta tocar la luz.

III

—¡Hijo!

Enseña los dientes, sudor en la frente.

Llama a su hijito, José, el más pequeño. De repente, se calla. El público no sabe qué es padecer encerrado en prisión.

Su mirada penetra en los ojos de los demás. Al público:

—Ese que se ha ido era mi hijo. Le pusimos José porque su madre lo quiso así, porque así se llama su padre. Tiene el pelo como las crines de un caballo, y los ojos como yo, castaños. —Se toca, despacio, ojos y cara—. Es un angelito.

Entran dos carceleros que no son carceleros. Dos guardias napoleónicos de rostro amargo y pesado. ¿Por qué? Uno le arremete con la culata de su arma. El padre del hijo cae redondo de nuevo.

—¡Bastardo, comunista! ¡Ahí quieto! ¡No te muevas, cabrón!

Se van.

El otro guardián se lamenta. Echa el cerrojo.

Segunda raya en la pared

Despierta el telón. Rejas. De fondo, rejas. Quietas como siempre, no se mueven ni dan vueltas.

Ahí tirado, la pierna recta extendida en el suelo. En el suelo. Algo de luz entra.

Calladito, mudo. Las manos, grandes. Oye las bombas, a lo lejos, a lo lejos. Caen y retumban a lo lejos. Pánico y sollozos.

Se abre el telón. Un minuto. Fijamente mira el hombre al público, representante.

Las bombas se acercan, se acercan.

Se oye:

—¡Sacadnos de aquí!

A los reclusos: “¡Que os cayéis, coño!”.

El patio del cuartel retumba.

Fuertemente, el hombre cierra los ojos, como no queriendo ver, ¿quién será ahora?...

Traga saliva la garganta.

Chillidos y bombas. Se baja el telón.

Tercera raya en la pared

En medio de la celda, en el suelo. Duerme. Se despierta. Como puede se levanta. Se dirige hacia el rayo de luz. Se agarra a las rejas. Intenta escalar. Brinca con un pie. El aire libre.

—Se debe de ver todo bonito ahí fuera, ¿eh?

Acusa al público.

Sigue:

—Esto es una mierda, una guerra, una mierda. España en guerra. [Se pregunta.]

Tengo cinco hijos, tres varones y dos hembras. Tienen hambre los chiquillos. Ellos, en el frente, pero con hambre. Ellos tienen que matar, y eso es lo que hacen. O ellos o ellos. Nos matamos para no morir, sí. La vida sencilla no entiende de política. ¿Quién es malo, quién es bueno? Unos disparan igual que otros. Yo, en el campo, trabajo la tierra, lo que se puede. Unos tendrán casa y vestirán con ínfulas. Ellos no entienden igual que los otros. Los campos con perdices necesitan del trabajo. El hambre no tendría que existir con campos y perdices. No pedimos sueños, la patria es para la grandeza de ellos, de todos ellos. Yo voy con las manos para pedir pan. Solo eso, solo pan.

»¿Soy comunista por pedir pan? Que los señoritos nos jodan cada día no ha de ser permitido. Por eso, entonces, la guerra debe de ser buena. Para luchar contra quienes nos prohíben el pan. Si mi familia muere, yo quiero morir.

Se calla.

Escucha.

Fuera, algunos corean: “¡UHP!”. Las mujeres gritan: “¡Uníos hermanos proletarios!”.

El hombre, al público: “¿Oís? Nuestras mujeres”. Intenta asomarse a la lucerna.

Disparos. Tabletean las ametralladoras. Sollozos de los muertos.

El silencio ocupa el espacio. Se sienta, despacito, pensativo.

Cuarta raya en la pared

Sigue ahí, abuelo. ¿Por qué hoy, si hoy es mañana? Algo especial en la cárcel. Ha venido el General para ver cómo estamos. Si somos buenos con el nuevo régimen.

—Levantaos.

El General quiere verles. En un momento pasará. Todo el mundo saludará brazo en alto. Calladitos, les mandará fusilar. Mañana.

Pasa el General.

Guardias:

—¡Saluden al General!

Al parecer, todos saludan. Les capturaron en Cazorla. Unos cuarenta. “Podrían ser reutilizados”, advierte un guardia. Asiente el General.

—¡Saluden!

El pelota, dirigiéndose a la autoridad máxima:

—Este es el que da más problemas. Pero yo le voy a enderezar, ¿verdad? [Y se dirige al preso, el hombre.] ¡Que levantes la mano te digo!
Tirado en el muro. Como todos los días. Sentado. Se levanta como puede. Arrastra la pierna hasta las rejas.
—Yo saludo así, mi General.
Se baja los pantalones el Hombre. Le enseña el culo. Roja su cara, el gordoncho militar se marcha a paso rápido. En su huida se oye: “¡Ole tus huevos!” desde diferentes galerías. Y “Tú sí que tienes cojones”. Se envalentonan, insultan a Su Ilustrísimo Generalote: “Hijo de puta mamonzazo fascista hijo de puta”. El Hombre se sube los pantalones.
Uno de los guardias que acompañaba al capitán abre la puerta. Saca la pistola, furioso. Le apunta en la nuca. Le coge de los pelos con la otra mano.
—Eres un hijo de perra. Tu madre era una puta que te parió.
Rebelde:
—Mi madre era una santa.
Forcejean. El otro ayuda al guardia a retenerle en el suelo. Aprieta con la pistola.
—¿Te mato? ¿Te mato?
El público ha de decidir.
—¿Le mato?
El Hombre podría pudrirse en la cárcel, la pierna gangrenada.
—Ahhh —se lastima el Hombre.
—Te voy a ver muerto. —El guardia choca las botas, gira los talones, se va.

Quinta raya en la pared
Agarrado a las rejas, en el suelo. De espaldas. Intenta ponerse en pie. La pierna, cada vez más tensa, más recta, más inútil. La herida huele. Se gira al público. La cara, amoratada. El ojo hinchado, como un búho.
—Anoche me dieron una paliza cuando acababa de dormirme. No recuerdo más. Se toca los labios mientras habla. Se mira la sangre de los dedos.
—¿Creéis en Dios?

CCXLV

Albero mediodía sonriente
mi chiquilla tierna, tierna luz
tierna alma, sonriente sonrisa.
La más bonita, guapa, perfecta.
Juventud, cereza, sangría.
Dulzura callada que acaricia
dormida su cara.

CCXLVI

Hoy, una azucena blanca me ha hablado, con el pelo largo y los botines blancos.
Era una rosa que andaba con zapatos de estrella y cordel rojo.
Hoy, un ángel se ha posado sobre el jazmín de la torre. Hoy, una azucena blanca me ha hablado, y era una princesa. Hoy, una blanca azucena me ha hablado, y me ha dejado encantado.

CCXLVII

Máquinas al poder, no. Por favor, dejadnos descansar.

CCXLVIII

La noche descalza caminaba sin saber adónde ir. Las bestias, al ataque. La noche oscura.

CCXLIX

Están hartos de tanta mierda en este mundo.

Miran afuera: un cementerio de muertos.

Al lado, en la calle: muertos.

Y sobre el cementerio y la calle, un par de muertos acostados, mirándose a la cara.

CCL

Es porque nadie le odia que se tira del río al puente. Porque nadie le llora.

CCLI

Escribir o no escribir, esa es la cuestión. Si escribir, ¿de qué? Hay muchas cosas que decir, cosas mundanas y transcendentales. ¿Qué escribir? Mejor no decir nada. Sin embargo, estoy escribiendo. ¿Qué es peor: pegarme un tiro o dejar de escribir? No lo sé. Sigo escribiendo.

CCLII

Si fuese una lechuza tocaría con mis manos... Pero me aguanto. ¿Por qué no soy una lechuza?

CCLIII

Todo empezó una mañana cuando fuimos al barranco a ver a un tal poeta. En los asientos le escuchamos. Pensaba: “¿Cómo se le va la olla a este pavo?”. Aunque acabó pareciéndome un ilustre poeta. Era legal.

CCLIV

Rojo y calvo está el niño
abrigado en mis brazos,
sol rosado, dormido
mi niño que duerme en mis brazos.
Con su chupete pequeñito
Y su babero de santo.
Cómo canta mi niño,
mi niño que está en mis brazos.
¡Que te miren, que te miren,

cómo canta mi santo!
El niño está en la cuna,
la sonata, muy despacio.
Y la nana, perezosa,
rompe, alegre, sus labios.

CCLV

La luz metálica destella sombras y fríos.
Chirría, parda, la puerta, entre
-abierta y cerrada. Fuera.
La tarde trae paz y sosiego.
Los niños en sus casas.
Donde comer al pájaro
sin alas. Beben mosto, chiquillos,
y juegan a soñarse
enmudecidos tras los cristales.
Ateridos ven llover sin rostro.

CCLVI

La gloria divina se ha hecho eco de los santos. Atenta su vida de ojos, cara y encanto.

CCLVII

Tiene trenzas la chiquilla, ¡ay del castillo encantado! Verla saliva rosa. Cuanto más brío, suaves son sus telas azules.
Rosa y trino y pincelada su cara.
Chispa. Azorada. Lino.

CCLVIII

Compañeros, pueblo: afilad las navajas y salid a la calle. Sed pueblo, ardiente fuego. Puños, corred. El pan que espera como escarcha. Decidle a Dios: “¡Venganza!”.

CCLIX

Cuando caminabas lentamente por la carretera, despacito... Verde, azul y cielo.
Lienzo en el campo verde. Peregrinos. Dime si fueron tus manos quienes cogieron la cuerda verde. No tu monte quien se ahorcó. No los dedos que te hicieron. Dime que no. Dime que siento, cobalto, en el árbol verde, hiel. Dime que yo quiero a mi abuelo. Plácido y tranquilo. Aquel pueblo pequeño.
Dime que no, el verde entre cipreses, roja la sogá, verde.
El tiempo recorre el tiempo.
¿Por qué se mató mi abuelo? Rudo, hombre, fatigado.
Volverás a tu casa, famélico, rosado.

Dime quién te ha muerto.
Dime quién te ha atado.
Arsenio en su peto, argón y cobre travestido, silicio y neón mi abuelo.

Olmo al borde de la muerte, olmo viejo.
Que alguien te quemó, abuelo.
Férreo cristal de cuarzo ante el mar abierto, azul y mar.
Dime quién.
Yo le hablo a la espadaña.
Yo no acierto quién.
También la azada me sonríe.
Y la guadaña tiene un mirar cruento, silencioso, que no quiere verte.
Dime, abuelo, quién.
Quién te dobló el cuello cuando la cuerda, asustada, no quiso.
Dime quién.
Te llevó al árbol del martirio. Blanco, abuelo, blanco.
La camisa de cuadros, el bastón, ahora incienso.
No quiero.
Dime quién te puso los zuecos.
Que fue un sueño.
Venías a casa, contento. Venías.
Dime, ¿sueño?

CCLX

Es este un alto en el camino
caminante, descanso, para seguir viviendo.
Es este un cacho de campo
hecho de esparto.
Es este tan solo un detenerse
aunque parezca que jamás haya pasado nada
ni se ha detenido nada.
Un transcurrir silencioso,
Un olvidarse y amanecer de nuevo.
Es esta una vida en esbozo
de lo que ha sido vivir.

CCLXI

¡Estoy vivo!
Me habéis fusilado
y estoy vivo.
Me han matado.
Mi carne está salpicada de sangre.
Tiemblo.
Han sesgado mi vida.
Me han atado las manos
a un palo. He hablado con un cura.

No me acuerdo qué le he dicho.
Mis ojos ya no son mis ojos. Están regados.
Me tiemblan los pies, el pelo. Pero quiero que no me vean así.
Quiero ser tan frío como la muerte.
Uno de los soldados me ha dado un cigarrillo.
Parece mentira. Solo deseo fumar ahora.
No pienso en nada.
Mi mente no piensa en nada.
Quizá en lo único que se puede pensar
es en el cigarrillo en mi boca y el humo.
Me han preguntado si quiero que me venden los ojos.
He dicho que no.
Se han apartado todos. Me van a disparar.
Espero que en el último segundo
no lo hagan.

CCLXII

Novela corta

Dos hombres locos por ella

Que tenía esta doncella de todo lo que un hombre pudo jamás desear: belleza —era bella— y hermosura —cuello lívido de perlas.

Tenía encanto.

Volvió locos a los hombres.

Y simpatía. Maravillosa era. Preciosa era. De ella se enamoraban las glorias de Grecia, las divinidades. Que solo su presencia ya alumbraba al sol antes de irse.

Enturbiaba los amores y los sentidos —lengua, mano, gusto, boca.

Con sus ojos verdeazules te mataba.

Que te sumía en gozo eterno contemplarla. Que los ojos cerrados se abrían. Que su olor, frescura de alcoba, canto y solazar. Su llanto entristecía al más mancebo, con su tristeza lloraba el más gallardo. Los cielos, los ángeles y feligreses se atormentaban por ella. Los astros temblaban con su belleza. Rompía su alma las almas nobles. Solo su mirada era magia bendita. Sinceros sus ojos. Dos amapolas crecidas en ellos, prados, llanos, vientos sin fin. En su estar, en su andar, en su conversación... No decía nada. Mas cuando lo decía, las palabras se elevaban, valiosas. Las aguas llovían de todos los colores. Nata contorneada. Curvas bien sumidas. Preciosa.

Todos se quedaban a verla. Todos se paraban con su aureola. Ella, reposada, tranquila, maravillada. Todos morían por verla.

CCLXIII

La luna infame,
sorpresa del monte,
cogió la enagua y el potro
blancos.

CCLXIV

En su puerta la costumbre
de quien echa monedas y pide
pan. ¡Miserables, desgraciados! ¡Masas!
Coged la hoz y la guadaña y el martillo
y cantad juntos vuestra victoria.

CCLXV

El rojo verde se encamina
al pasillo de la tierra.
El verde rocío de la colina
del campo verde.
El junco. Sus cascotes ahondan dulcemente en el mar.

CCLXVI

La luna clava, rumbosa, sus puntas
hechas de almidón.
Granada, prendida, su estela
es blanca cola. De carmesí
ensueño.
Coge tardía el estribo,
el cuchillo, su vestido,
la arena rosada en el mar.
De fresa y melocotón
la luna posa en el cielo,
oscura —te quiero—, el corazón.

CCLXVII

Las sombras se entorpecen con las sombras.
Fuego.
Estrellas fugaces.
El viento las lleva en su estandarte.

CCLXVIII

Naranjas fuertes y solas.
Un cuadro grande en la pared
sin lienzo.
Una larga pincelada amarilla rastrea el dorso.
Curva el pincel.
Recorre la tela del fondo. Lorca.
La ventana abierta.
El mar azul y el aire.
Balcón.

Sol.

CCLXIX

Mas querer que yo te quiero, niña,
no abras tus ojos por mí. Espera
castaños ojos negros —azules
de aire y verde pluma
y rojizos labios hechiceros.
De ti.

CCLXX

¡Oh Dios, cantad
a quien yo quiero
y no puedo ver.
Al Dios que despertó
Al son de los gemidos!

CCLXXI

Sangre, vil terco.
El león. Cruda carne y carne roja
en sangren tada.
Una calavera sola.
Huesos negros.
Ojos blancos y rojo tiento.
Hoz y hoguera.
Piedras que danzan
como brujas que toman el sol.

CCLXXII

Los caídos ya están muertos. Y nadie reza por sus vidas. Mañana el perdón será
una rosa. Un clavel vestido. El rojo tuvo suerte en su destino: no sufrieron cuarenta
años de Franco; murieron nada más verle. Los muertos ya están muertos.
El corazón, que de un puño sufría, luchaba. Mi corazón está con ellos.
Con el bando de las cebollas.
Con los rojos muertos.
Con la buena sangre de los buenos.
Mataría por mi padre. Por mi abuelo a quien no he visto y que murió en la cárcel.
En lo más hondo está mi abuelo, con su pierna morada y asustada su cara. Que
mataron a su padre y a su hermano. Mi abuelo y sus hijos y sus hermanos y padres
y madres.
Tuvo más valor que nadie en España.

CCLXXIII

Un pequeño hombre apartado en el parque.
La historia ingenua y añorada de un viejo. El hombre siendo hombre no está muerto. Su nombre no importa. Sus ojos maduraron. Arrugas en los ojos sabios que miran con tristeza y dicen sin lamento.
La cara es el espejo del alma. Vivió la Guerra de España. Decir España es decir pueblo. La Historia es tenaz y sentenciosa. Su historia es su gente. La guerra no eran saludos puño en alto, sino gente. Gente que no quería verse. Enfrentados. Las noches no tuvieron noche. Esos días, la luz sentía vergüenza. La luna se escondía. El hombre del banco, en silencio, sin críos que se le arracimasen con los alaridos arrancados del vientre de sus madres.
El silencio era una palabra pequeña que no le dejaba respirar.
En el parque no hay nada que contar. No se quiere contar nada. Las estrellas, dormilonas, juegan a verse soles. El bastón suplicaba clemencia. El suelo se entretenía viéndole pasar cada mañana.
El viejo no tenía a nadie a quien contarle su cuento, paciente. Vivió en España desde la guerra del 36.
Se acordaba de la guerra. Ahora no sabe cuántos años tiene pero sí cuántos tenía entonces. Cuando los peces ciegos caían del cielo abrasador, tenía 20 años.
El mar se los llevó.
Mieses en la meseta. Todos mis abuelos.

CCLXXIV

—¿Quién te lo ha dicho? —con la voz asustada.
—Lo sé.
Mira el vino y la mira a ella.
—No ves que no tenemos —le explica su poca cosa que comer.
Ella se toca la barriga. Baja la cabeza.
—Mañana vas a ver a tu tía, que ella sabe de estas cosas.
—¡No! —contrayéndose.

Familia pobre que tiene que abortar. Ella tiene muerto al niño sin saberlo. Su niño no habla.

—¡No abras, madre! —El chaval, en el suelo, arropado.
La madre jamás tuvo cerrada su casa. Su puerta no era puerta. A la derecha, la puerta está cerrada. El teatro sube a escena la familia más noble de España. La familia sin dinero con la pobreza del que no tiene nada. La pobreza es dinero, pan.
—¡Madre, no!
Sobre el escenario no hay niño.
La madre, en la silla, sentada, esperando. De negro cano y delgado rostro. Negro puro en el alma.
—¡No!
Pelo negro, ojos negros. Una figura tan solo. Una imagen preocupada. La visión perdida. Severa. Pelo corto, negro, coleta corta. Sentada en la silla. Pican. Tocaban los truenos. Cuatro truenos martilleantes. Ella se levanta, titubeante. Abre.
—Soy yo, mujer, lo siento.

Es el hombre débil de la casa. Tosco, no sabe cómo estar. Traje de obrero: pantalones de pana, coraje dentro. No es malo, tampoco cobarde. Un pobre teñido de blanco.

Cara con frío. Roja. Desmenuza algo con los dedos, seguro y avergonzado. La mujer, la madre, se sienta. El hombre trae algo de dinero; céntimos caídos de alguna peseta. La mesa los acoge. Ahí los deja. La madre no asiste, no asiente. Ella sigue sin mirar a su esposo.

El marido la mira.

Brusco, cambia el gesto.

Torpe, bebe vino. La mira.

Dorada y cristalina luna no se mueve de su sitio. La silla no tiene patas, sino patas muertas como cuatro cuerdas. El mimbre la ata, mantiene el poco orden que queda. Dedos entrelazados. Ojos fijos. Se gira.

—Voy a tener un niño.

El hombre bebe.

Al fondo, una niña pequeña que no habla. Lava los tres platos de la casa, con sus tres vasos, sus cucharas y el cuchillo amargo que apenas ha sido usado.

Los dos, de pie, a ambos lados de la mesa.

—¡Estás loca!

El hombre, feroz, la insulta.

—Me ha dicho la Virgen esta noche... —En voz baja, ella—. Está dentro, lo sé.

Ella se pone la mano en el vientre, palpita como quien busca fidelidad.

Insensata, la mujer ha perdido el norte. Su niño.

Ilusión brillante en los ojos perdidos. Luz intensa. Hierde el negro de sus ojos.

*

—No, no quiero ir a su casa, yo sé que tengo un niño. Que no iré...

El hombre se sienta. Ella se toca el vientre.

—Lo tengo aquí, lo siento.

El público atiende, entre sombrío y adivino.

—Será como su padre.

Con guiños sonrío, feliz.

—No podemos tener ese hijo.

Ella, muy joven, se asusta, se preocupa, se le pone el alma llorosa, frágil, lamenta.

—No.

—¡Que no tenemos apenas para pan, ¿no lo entiendes?! Las pocas monedas...

Se calla. Se sienta. Ella llora.

*

—¡Virgencita!, ¿por qué me haces esto? Yo quiero a mi niño. Suplica. Quiero ser madre.

Se arrodilla ante la cruz de la pared.

El padre, sentado, se levanta. Bruto, con fuerza, con rabia, arranca la cruz. Estrella la madera contra el suelo. Ella lo oye hacerse añicos.

—¿Te crees que la Virgen nos va a traer el dinero a casa? Estoy harto de tus rezos y tus plegarias.

—¡No la insultes!

—Qué Virgen ni qué Dios. —Con las manos levanta el aire—. Qué Dios, ¿eh?

¿Dónde estaba Dios cuando mi padres se morían de hambre? ¿Dónde? Di, ¿qué

Dios? No existe. Si Dios existiera... ¡Cruz! ¡Ni tu hijo habría muerto!

*

El botijo en la mesa. La calabaza. Los ajos. La misa de la casa blanca del pueblo. Los tejados de tejas, tejas, tejas. Blancos. El pueblo de mi abuelo eran casas en invierno. Calles con sombra y olivos pequeños. Limones en las alforjas. El pueblo. Se acuerda de la guerra. No quiere hablar. Cuando lo hace, tartamudea, enrojece. Se acuerda de la pierna y de su padre. Le vio morir. Su madre, entonces, no tenía leña para el fuego.

CCLXXV

Salió de la cárcel ya cadáver. Vio a su hijo, a su esposa, a su hijo, a su hijo, a su hijo, a su hija.
Quiero declarar que se llamaba —, que nació en — y que vivió en Jaén. Que era rojo. Quiero que se sepa que él no mató a nadie, ni robó ni violó ni hizo nada de lo que se dice. Quiero que se sepa que el día — fueron a su casa, y que el día — estaba muerto. Quiero que se sepa que le mataron. Sabemos cuál fue el arma del crimen. Sabemos cuál fue el móvil del crimen. Sabemos la hora, el día, el lugar y dónde se produjo el crimen. Qué le hicieron. Cómo le mataron. Si sufrió mucho y lloró. Sabemos que sangró, que murió de gangrena, con la pierna retorcida. Que los médicos se ausentaron, que las medicinas de la botica no pudieron hacer nada. Que le dejaron morir como un perro. En un rincón. Quiero declarar que lo he visto. Quiero declarar que estuvo un tiempo con nosotros.
Quiero declarar que fue un asesinato y que murió en mis brazos.
Que él fue quien le mató. Ese hombre.
Que mataron a mi padre, sí.
Que estuvo quince años preso. Quiero pedir que aviséis a alguien. Quiero gritar, que le pongan la cabeza en el suelo, recostado; que respire...
Sé quién es el culpable, lo he dicho.
Que le pongan una lápida.
Lo sé todo, lo he visto todo.
En el juicio diré lo que he visto: los ojos apretados, la carne carcomida, el habla muda. La cara triste. Gemir no pudo. La rabia.
Quiero decir que hoy se ha producido un crimen y que el asesino pagará por ello.

CCLXXVI

Misericordia, amén, ahora, ¿siempre?
Dulzura, amén, esperanza.
Amén, amén, amén.
Muerto en el reino llamado realidad.
Misericordia, piedad, dulzura.
Señor Jesús, Cristo.
Bienaventurados los campesinos
porque ellos seguirán sudando la camisa.
Bienaventurado el herrero
porque el hierro clava sus dedos.
Bienaventurada santa hiladora
porque sigue girando la rueda.

Bienaventurado gravemente el pensamiento
culpa de su obra.
Amén por los padres, los hijos, las madres del bonito pesebre.
Paja y tocho y roca.
¿Señor mío, dime, eres en verdad quien eres?
Ya es hora, en la hora de la hora, de que te des cuenta.
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

*

El poeta hondo, hundido,
el pozo del pueblo. Desierta la calle,
royendo saetas.
El ciprés dormido
soñando en su infancia de viejo árbol.
Mañana, el viento habrá traído tormenta.
Tarde de día y de mañana cargada de funeral y misa.
Polvorienta melancolía, ventana abierta, cerrada monotonía.

*

Si Dios existiera, sería un túmulo de rosas y malvas.
Si Dios existiera le rezaría todo el día.
María..., si existiera.
Si Dios existiera, ¿por qué no, allá arriba, en el cielo?
Sé que me has ayudado.
Si existieras, los ángeles tocarían sus trompetas.

*

Alma mía suplicando, el alma mía ansía.
Dánoslo ya el sacramento antes de pedir rogando.
Despertad, cantores, llano y rebaño.
Dejad la hierba, no sigáis al que ruega en la hora de su muerte.
Yo pido, ahora y siempre, amados. Que ellos bajen y vean.
Las piedras.

CCLXXVII

Quiero decirle al cielo con su lanza que arrope a los ángeles de noche, porque sus hijos están asustados. Tienen ángeles el miedo de ser humanos, de doler como nos duele y llorar como lloramos. De sentir como sentimos, sufrir como sufrimos, vivir como viviendo. Tienen los ángeles el miedo roto de Lázaro y su espada alzada contra el infierno. Tiene Dios el miedo de que nos unamos al infierno. Oh Dios, el mejor padre mira por los pobres. Tiene la vergüenza de decir que se ha quedado solo allá arriba, quieto, como un rey, como Dios. Los golpes de acero en la cárcel, mientras. Rezadle al fuego.

CCLXXVIII

Érase una vez que se era una anciana tercera. Érase un paraguas, abierta flor en la casa. Y yo me moría, y yo me sufría. Y yo me atormentaba. El hombre nunca puede coger una estrella. La luz del sol no es demasiado intensa. Ser. Que llueve. La chaqueta. La última vez que la vi fue en un valle encantado. Muerto y sufrido y atormentado. Que estoy cuando la luna cae al suelo sobre la farola. Una nube se

esconde. Una letra se aparta. Se sacude el rocío. Ella no me quiere. Con los ojos me lo dijo.

CCLXXIX

Piedra.

Papel.

Tijera.

Estas son las cuevas oscuras. Cavernas. Malheridas estatuas, rocas, voz aciaga. La paloma. Hoy he visto en un sueño que se apagaron las velas. Cómo la tijera corta el papel. Estas cuevas no se ven. Piedra.

CCLXXX

Una canción puede tener una vida. Se canta como una tecla amada.

Calla.

La otra noche me asomé a la ventana.

Calla.

He confiado en Dios. Sé que nunca me escuchó. Nunca supo de mí.

Calla.

Juegan a canicas: mate, tute, gua.

Comen helados.

CCLXXX

Muchas personas (altas, bajas, gordas, flacas) viven en pisos altos. El vagabundo se pasea. La relojería. El semáforo rojo, verde, ámbar. Una peseta en el suelo. Hace un día maravilloso. La calle está repleta de gentes con cosas. Se pueden contar. Una maceta, un geranio, papeles...

CCLXXXI

Llegas al cénit y tocas la cumbre. Subes al mar del cielo. Osas. Redonda, la luna amada. ¿Viste la belleza? Alcanza tu rayo su sueño. Tu cara se dibuja en un espejo. Agua bendita. ¿Viste la ilusión? El puerto del deseo es una cubierta secreta. Diste cuenta de tu hermosura con tanto afán... La noche es negra y blanca. ¿Alguna en ningún valle puede ser más bonita?

CCLXXXII

Botijos lavan las aguas de la ría. Peces soberanos sanan. Bonitas las mujeres.

Cuando salgo al alba, el sol de la mañana no es un trapo sucio. Las mozas cantan.

CCLXXXIII

Tengo que decir, sincero, que hay termitas en el mar. A la cruz le duele lo que digo. Quiero saber de un clavo oxidado. De un tronco carcomido. De un hombre que se llamaba y que murió nada. Yo no quiero perdón ni engaño. Huye, grita, ladra. El hombre con hambre. Se arrastra por un mendrugo de pan.

CCLXXXIV

Perdón por implorar si vuestro amado amada no quiso
ser la mano desposada
de infortunio y hermosura, la obra que Dios hizo en gracia.

CCLXXXV

Queridos padres, os escribo (la luna pasa, redonda).
Os digo yo mis versos.
Yo os quie... Triste, la melodía. Pase-
ando por el campo lleno de olivos.
Canto a la mies dorada de mayo, al sol ponerse del todo, a la lluvia caer. El monte,
la hierba, el azul. Yo
tengo miedo
tengo hambre
tengo frío.
Tristes sonatas que suenan a soles, aros.
Bruma y niebla y sombras.
Soplan la vida.
Los niños nievan con sus violines.
En el pesebre se prenden sus caritas.
Un mendigo pide pan, mirad.
Migajas de sueño come.
Arropadme con la lumbre de la luna.

CCLXXXVI

Pero mi abuelo se acuerda de la guerra. Está más vivo el viejo que todos nosotros.
Los niños de ahora no son los de entonces. Alaridos eran los niños. Ahora no sabe
qué es ser pequeño.
No habla de rencores ni de luciérnagas heridas. Piensa en los hombres que han
muerto pero que están vivos.
Sus ojos, su bigote, sus dedos. Inmortalizados en una foto del siglo marcada. Mi
abuelo es un dibujo de un hombre ilustre.
Vio las maletas que caminaban con incerteza, desconcertadas. Barcos que partían.
Mujeres llorando. Pañuelos blancos. Niños que asoman las cabezas en la barandilla
y que apenas pueden sostenerse. Valientes.
Comportamientos ejemplares aunque estuvieran asustados. Sus padres, en el
frente. Mandados. Guardados en sus capazos. Giraban la cabeza por última vez los
niños republicanos de los barcos del exilio, lloraban. Se despedían. Se perderían.

CCLXXXVII

Todos callados.
Imposible verla.
Faroles colgados.

Gitana como ninguna.
Guitarras en mil dedos.
Sombrero negro, mula parda.

CCLXXXVIII

Se ha caído el ángel.
Tormenta.
Pólvora.
Marea y viento:
Sangre.

CCLXXXIX

Se quitó la verja alta
que habían saltado los mozos.
Y grandes zancadas de hormigas esbeltas.
La una y media de la madrugada.
Todos estaban desnudos ante ella.
En una cama de pinchos se posa la inocencia.
Velas grandes y pequeñas.
Un cirio en cada mano que nunca se consume.
Capirotos nocturnos asustados afilan el cielo con sus largas cabezas.
Saeteros silenciosos.
Al otro lado, el niño mira con el único consuelo de la luna y de la Virgen.
Calla su pena, caprichosa y bonita bajo el manto y la tela.
Quejío en la ventana, carita de pena, miran al cielo.
La mantilla que la cubre.
La túnica la vela.
El niño sin madre la mira,
el niño la sigue mirando
sin su traje de domingo, sin su vestido de Ramos,
su vestido azul brillante acicalado.
No tiene domingo, solo la túnica blanca.
Repiquetean los tambores
y los costaleros azucenas llevan.
Cómo me duela la cruz, soledades, nazarenos.
Se aprieta el vientre en el monte al amparo de la luz.
El niño en el sendero
espera sufrir.
Luminarias luminosas llevan a hombros la Virgen.
Un hachón en la cumbre de crestas doradas.
La mantilla que la cubre
y la túnica que la tapa.
La verja alta la habían saltado los mozos.

CCXC

Cara morena y arrugada. Gitana. Ojos gitanos, manos gitanas. Lunares rojos.
Una chiquilla preciosa.
La magia de sus cinco días hacía que se moviera el aire. Las cuerdas. Tirolí...
Las cuerdas violaban el sonido. Se retorcían los cinco y jugaban.
Cantan, juntos, los árboles.
Miguitas de pan...
Que quiero, rocío en el monte, besar tu portal.

Tocan palmas. Cara flamenco. Tablao y ruedo.
Tacón taconeando. Palmas palmean. Los dedos, las cuerdas.
Todo tiene su gracia.
Brillo y peineta. Pasa la torera. Gitana, yegua briosa y celosa, hechizo de hoguera.
Con su baile, la cintura rompe la cintura. Los brazos se la llevan.
Castañuelas cas cas cas... castañean.
El misterio es alegría. Y cante.

CCXCI

Se levantó. Caminó el hombre contra el viento. Discutía sobre cuál era su vida.
Cuando era joven siempre decía: “Rezo a Dios para que me conserve siempre joven”. Era cuando pensaba con otros ojos como se come con otros ojos. Época de curas, iglesias sin perdón. Luego, la anarquía. Cuando las cosas se creían. La sotana había ahogado al monje. La sopa no tenía plato. El huerto, malva. Jesús dijo: “Sed buenos”.

CCXCII

Historia de un portero
[Sala de un castillo]
Amanece despaciosamente, casi con cautela. Al cielo se le dan pequeñas sacudidas como los trazos de un lienzo. Diríase que casi con desprecio, y si no con desprecio, con pereza.
Amanece para empezar un nuevo día. El drama se desarrolla en la tierra espinosa. Allí vivía un campesino que había cogido el hatillo, con sus supercherías y sus cazos, y se había marchado a la ciudad en busca de trabajo. Primero habló con los habitantes de sus tierras: calabazas, lechugas, pepinos... Los lugareños le vieron y pensaron que estaba loco.
Amanecer claro, verde, hambriento.
O sea, un hombre de nombre Mario, un pueblo de nombre pueblo, un campo.
Convivieron durante muchos años, y todos aprendieron de todos. Mario plantaba tomates, regaba y echaba de comer. Mario sabía que la tierra era redonda y que la luna era redonda también. Una mañana efímera, temprana, vino un vecino:
—Buenas tardes.
—Buenas.
Le dijo que iba a buscar a su madre.
Pasó el calor y llegó el frío de la nieve. Las manzanas estaban perplejas.
Mario llevaba una camisa de fuerza.

La causa: ninguna. Ni una rama de árbol se movía. ¿Indiferencia? ¿Agonía?
¿Abulia?

CCXCIII

Soy, qué me pasa, sé que puedo verlo todo negro. Se me ha olvidado de qué color es el mar. Y si alguna vez ha habido tierra. Girando. Sé que el sol no es negro, pero hoy no lo veo. Se me fueron las hojas, se me fueron las hojas, se me fueron los sueños. Sé que alguien ha puesto una cruz en mi solapa; tálamo de flor. Y que están de pie, mirándome.

CCXCIV

Siete madres.
Siete madres cantan todas a una.
Siete madres.
Siete madres lloran en los brazos.
Siete polos
bajo las aguas.

CCXCIV

La influencia de autores no tiene que marcar tu estilo. Pueden ser guiños, homenajes. Siempre: inconformista, romper la regla, nueva literatura.

CCXCV

El otro día vi un hombre solo en la orilla hablándole al mar de frente. No sé qué le diría. Envuelto en una humareda, no conseguía que el mar le contestara. Cansado, vertió una lágrima en la arena y corriendo se marchó al mar. El mar cubrió al hombre con todo su llanto. La eterna mar, la soledad eterna.

CCXCVI

Farándula de fardo, faro y farsa, no pareces tú cuando te veo.

CCXCVII

Dadme una cámara y moveré el mundo.

CCXCVIII

Yo no quiero ser ningún noctámbulo ni creador de vanas historias. No quiero grandeza ni llegar al altar de la gloria. Solo preguntas quiero hacer. ¿Qué sentido tenemos? Dad respuestas a preguntas. ¿Ninguna?

CCXCIX

Solo permanecemos en la abstinencia del pensamiento, acostados y quietos.

CCC

En medio del prado, rodeada de verde,
tú eres la flor majestuosa.

CCCI

¿Por qué me despiertas? Frente y cerca, aliento sucio, cubierto por un mar de gusanos. Golondrinas que se van, mujeres, miseria. Ya no vuelan. Voz de encuentro. Rebelde la boca. Siniestros violines. Decrépitos. Amor. Sueño. Nápoles. Carcajadas. Paraguas en remojo, al lado de una farola. Llueve. Establos. Veinticinco gallinas. Antologías. Ojos de cristal. Condenados lánguidos, antojos, adoro. ¿Dónde la noche?
Tiemblas.
Niña atrás.
Cuando atrás.
Miras atrás.
Póstumo romance y luces de miel. El caco no existe. El Señor te ha dado la espalda. Dolor y llanto y escándalo. Tosca muerte.
Vivid.

CCCII

La sacristía, el demonio.
El cura dictaba las leyes del régimen. La Iglesia miente.

El hombre pasa por el espejo de la vida, deformado. El Callejón del Gato le parece solemne tontería. Las matemáticas no son perfectas.
El callejón estaba oscuro.
Y había alguien sobre el suelo necio. El suelo nunca ayuda a quien pide para comer y morir.
Pasó muchos años el viejo siendo cascabel más que gato. Sorteando peligros. Una lotería que no era capicúa. Lo cierto es que su familia lo pasó peor que él. Ni tan siquiera dentro de su madre lo pasó bien. Mal vivió la vida. La vida le negaba la vida. Y él quería vivir.

CCCIII

Puesto el cénit en su sitio, divino.
El sol.
Airoso azul a-
mén de cielo.
¡Luz!
Suave perfume naranjal. Pesebre
con algodones blancos (y palomas blancas).

Tiene piedras la historia, sublime
cielo, mucho cielo.
Redondea el azul el ancho cielo
con las nubes como ella.
Redondea si puede, pelea dulcemente contra el viento.
Dime: ¿juguetes, preso, rezas?
Oh, Dios, esperas.
Tu salvación.

CCCIV

Un día, un vagabundo paseaba por una calle de tantas de la Barcelona de hace cincuenta años, ciudad de humo. Vagamundos llamado Iracio Pérez. Le llamaban El Santo.
Lucifer se asustó. Se sabía, sí, que estaba loco, o eso parecía. Aseguro que, cuando le conocí, estaba loco.
Minúscula historia. Un pobre hombre miserable y desgraciado, masa proletaria, contra lo ilustre y rico.
Vino de Trípoli, de una casa inhabitada. Recuerda laderas, montes y calles estrechas, con estribillos armoniosos.
Un día cogió el carrito y caminó travesera arriba por la avenida principal. Piel morena, ojos achatados y cansados, pobreza en los ojos. Fumaba en pipa. Pensaba que todos estaban locos. Los hombres estaban locos con sus cabezas. Mientras unos iban y venían y volvían al cine, otros estaban en la cárcel, medio muertos. El abuelo pasó más de quince años en la cárcel. Los momentos ni se contaban. La cárcel era tumba. Si morías, suerte.
Anárquicamente repetía: “Ni Dios ni amo”.
Un día pasaba y otro y otro.
El infierno se medía con su enemigo. Ni Dios les hizo caso.
El abuelo murió. El abuelo ha muerto.
Media España ha muerto con el abuelo. Media España sin Dios.

CCCV

Le dijeron que se callase, y no les hizo caso. Le rogué que no lo hiciera, y no me contestó. Y no... La súplica roció su condena. Que se callara, y no dijo nada. Que dejara en silencio su boca. Que su corazón no palpitara. Ojos ardiendo y fuego vivo. Quema el fuego, abrasa. Arde el fuego. Llovía rocío, fuego. Pena. Le dijeron que se fuera, y no les hizo caso. Se quedó para morir la muerte. Le dijeron... Yo le dije que no se muriera. Tampoco me hizo caso.
—¿No podría, por favor, ser de otra manera?
—Yo soy pobre.
—¿Y?
—Pobre.
—Pero...
—Pobre, pobre y pobre.
—Tome unas monedas.
—Dios le bendiga.

CCCVI

El aire bajó al camino lleno de altos árboles. Me sumía en la tristeza. Verla, sublime momento. Ajuar de preciosas riquezas, tapete bordado con manos de oro, maravillosa delicia.

CCCVII

INRI

Levantán el trono sin ningún miramiento,
resistiéndose,
arrastrando su pena por las calles,
llorando las lágrimas sanas del poeta.
Ya los espinos no quisieron pincharle
y lloraron la sangre roja de su venas;
ni los clavos quisieron clavarle,
inocentes, obligados, condenados.
Sorprendido está el crepúsculo
porque jamás habrás visto un muerto como él
tan vivo.
Le levantan ya en su trono, imposible,
llorando las lágrimas que no hacen falta
que todos lloren por él.
La corona de laurel, sin quejarse;
la cruz romera, los clavos
que no quieren ver
el sepulcro. Todos dijeron: amén.

CCCVIII

¿Explicar un poema cuando un poema se explica solo?

CCCIX

Se hizo el silencio en la sala.
Palpitar —pom, pom, pom.
Censura.

CCCX

El Padre Pueblo no respira *cuando* no pasa el tiempo.
En el pueblo no se respira *cómo*
porque nunca pasa nada.
En el pueblo no se respira el *dónde*
porque pueblo es pueblo.
En el pueblo sí se respira hondamente.

CCCXI

Con barro en las botas tuvo que morir el cadáver mortuorio de un niño. Un infierno reluciente cada noche, y cada día y cada noche, una fosa común con muertos enterrada comiéndose las ratas. Un soldadito de plomo resuelto por el hierro de la sangre. Todos los grandes cabrones de la historia nunca mueren. *In nomine pater.*

CCCXII

Corriendo pronto se dice.
La lluvia suple las gotas
la escuela sufre las gotas
y muere corriendo de no perderse.
Corriendo pronto se dice
callaste por no esperar
miraste arriba, verde,
verde del cielo verde.
Corriendo pronto se dice te mataste
por esperar el cielo verde.

CCCXIII

Junto al olivo en su monte, el manzano, orgulloso y alto, rojo, verde y morado. Y junto al manzano, el peral y el ciruelo. Tantos crucifijos como ciruelas, como manzanas y peras, colgadas, esperando el clavo de su martirio.

CCCXIV

Antojo poesía
Parece la noche, con ese encenderse y apagarse de luces, que aún no ha llegado a ver la oscuridad. Noche áurea de cinc, qué tormento me espera, ansiosa de no dormir. Escribiendo, se hace del papel nuevo árbol con vida. Poesía escrita. ¿Qué si no? Y escrita para ser leída.

CCCXV

A fe de mis amores que ya no hay madrugada ni se escucha, tan temprano, a fe de mis amores. Lloro y siento como llora el viento Y la brizna se hace fuego y la leña, llama. A fe ya no hay amores.

CCCXVI

A la muerte no se le habla, que es sorda y no escucha. Sí, ni siquiera mirarla. Hay que esquivarla, porque es traidora y cruel. Hay que acallarla, a la muerte que ni escucha ni ve ni mirarla siquiera. Y cuando muere, que calle la muerte.

CCCXVII

Nada más ver crecer las floras en la hierba, en primavera. En Praga no hubo primavera. Calle repleta de girones y escopetas, desconcierto. No fue nada más que la tierra que pisaban las redondas herraduras de níquel. Carruaje de guirnaldas y lirios en las calles manchadas. No hubo primavera cuando vinieron del Este. Aquí y allá, tanques. Corazas romanas, hermanos, gatillos que preguntaban y dedos temblando. Carros avanzaban a Praga, la libertad no se olvida. Carros y cuentos y banderas. Eternas peleas. Inútilmente, se les oye en las mazmorras heladas de frío. Adoquines y calzadas, lágrimas.

CCCXVIII

La sigue queriendo más allá de todas las cosas. Y no eres, era. Está detrás de ti, escondida. Eras y no lo sabes. Ella, su amada.

CCCXIX

Cielo luz y cielo estampa, la pobre gente acuchillada ama la muerte disfrazada de pinares verdes y ortigas. Dios, tu mano nunca baja al patio de los muertos. Relicarios de oro en tu terraza y piedras azules y mucha gracia. Cielo oro y cielo estampa. Tras ellos, las zarzas.

CCCXX

Franco Franco Franco
La causa era matarle.
Franco. Guardia mora.
Mola ha muerto.
Hitler, en Hendaya.
Exilio: Francia.
El descapotable cruza la multitud, los camiones, los hombres brazo en alto.
Franco.
Anarquistas viejecitos.
Carabanchel rebosa. Treinta mil fusilados.
Franco.
Castro en Cuba.
El puente.
Llegó un día tarde.
El mar está nublado.
Guernika llora.
Franco tuvo dalias en la tumba.

CCCXXI

El teatro sostenía al público amordazado (*amor dazado*). Tablones de madera. Telón bajado. Voceríos. Butacas. Olor a habano y tabaco de pipa. El puro empapará la escena con su niebla tranquila y caliente. La escena, pedazo de gloria.

CCCXXII

En la muerte yo quiero ser tumba dormida, estrella, flor. Cielo azul y verde olivar.

CCCXXIII

Ay qué noche más bonita esta noche, toro que mira y espigas estrelladas.
Ay qué campo más bello.
Tiene el toro la sangre de un relincho.
Ay qué trigo mueve la brisa.
Los pitones en la cuna duermen.
Se enfadan y ciernen sus espadas.
Toreada la noche cogida de estocada.
Se clavó un rayo de sol en la espalda
de sangre azul y blanco algodón.
Ay que al toro se lo llevan.
Ya solo queda el ruedo y una inmensa plaza.
Y las coronas de blanco que piden la faena.
Por el toro.

CCCXXIV

Que lloren noche y día.
Estamos hartos.
Somos un puño rojo de ira.

CCCXXV

La luna bajo el brazo alborea en los campos.
La plaza, amarilla, llena de abejas y soles.
Luce sus naranjas el naranjal. Redondas y fuertes.
Con lumbre y mucha miel.

CCCXXVI

Dios misericordioso
Dame tu benevolencia para seguir viviendo del yugo humano. Cual niños,
despojados de razón y hacienda y súplica, todos sometidos a tu magnánimo
estandarte.
Otro día nacieron en estas desahuciadas tierras alhajas de lauro tafetán.
Mas, ¡cuidado, Dios!
Bajeles de guerra vienen buscando despecho y maldad.
Amaina.
Que vienen por sangre.
Tu paraíso ha muerto.

CCCXXVII

Andalucía, pura y verde. De Peal, tu nombre.
El sol te da en la cara.
Jugando a las cartas.

CCCXXVIII

Rojo quedó el limón de tanto que le exprimieron.
Lloró lágrimas amarillas de sol.
Le prendieron de mañana cuatro o cinco jornaleros
cuando la luz asomaba en su pequeño balcón.
Triste y solo se queda el árbol.

CCCXXIX

Miguel Hernández, ayer cabrero
y hoy encina.
Recio Miguel. Eras ciprés, era,
lanza como él.
Llorabas hombre.
Tus manos de barro
se rodeaban de chopos
preso en el páramo de la muerte.
Labriego con la palabra. Tú, acacia.
Tiempla y ahonda la voz.
Camino de la ruta del rezo.
La casa en la cárcel.
Una espiga infinita, abuelo del alma.
Y ver y ver y ver y no ver
nada. Tras la ventana, el resplandor.
Y ver y ver y ver y no ver
nada. Temor. Rasguear los ojos,
cóncavos de cristal.

CCCXXIX

Belleza del alma
Yo no quiero sepultura,
ni formar parte de ningún séquito.
Rosa de azucena, azul de pájaro, sol.

CCCXXX

De un judío en Treblinka
Llaman a la puerta, esperas impaciente su llegada.
Cuero y hierro en sus pies, en la cabeza, esperando.
El vecino no mira. La vecina lo mismo.
Aire seco con bigotes. Abre la puerta

y se le llevan.

CCCXXXI

Le dijo la acequia:

—Chiquita que vas tan sola, no te vayas al río. Deja que te vea.

La acequia, con cara de niña, se ve reflejada en la tierra.

CCCXXXII

Patatas al hombro carga en sacos de medio lomo, como piedras, como estacas, una humilde muralla. Aceitunas en el suelo, manos arrugadas. La música seguía sonando en alguna parte como arpas celestiales.

CCCXXXIII

Otra vez se afilan los cuchillos del exterminio, la raza suprema de una única nación.

Otra vez está tocando la flauta y mueve masas.

Incomprensible, la bandera blanca en la pálida cara del holocausto.

La negra cruz y la sangre roja.

Hoy es Sarajevo.

CCCXXXIV

El surrealismo nace de la fusión entre surrealismo y poesía intelectualizada: inteligencia realista. Los grandes poetas del 27 murieron en el 36. El poeta vive y deja de manifiesto sus partituras: horas, espacios, tiempos (ahora, ya, es tiempo). Al poeta le diferencia el aquí y ahora. Un poema no ha de tener la guadaña pendiendo sobre su cabeza (no título). Él mismo se puede interpretar de mil maneras.

CCCXXXV

Para Jorge Guillén

Las ciencias de las letras se escriben con equis, utilizan la lógica para que nadie se entere de nada.

CCCXXXVI

La muerte no mata para quitarte la vida, sino que es vida porque te mata. En esa lucha nadie gana porque todo muere: tú y la muerte.

CCCXXXVII

Piedra seré y tierra.

No más.

Enterradme con el viento, capitán. A la mar.
Y quisiera ser mar y viento. Cenizas tan solo.
Quizá seré olvido.
No más.
Muerto.
Se hallarán, si se hallan, huesos en mi tumba.
Y un coro de hormigas negras laborando.
Todo igual. Todo mundo. Todo tierra.
Moriré como Lorca y Marchado murieron.
En la tierra.

CCCXXXVIII

La mora cautiva
Era princesa de ojos azules y plata. Mora de sangre. Mora cautiva en tierra
cristiana.
Suspiraba dejos de sal marina.
La princesa lloraba por la pena, arrodillada, con el pelo largo y negro alisado, en
una jaula de tela. Lloraba.
Ningún caballero de túnica blanca la salvó.
Arena y surcos y agua.
La princesa lloraba. Tras el muro. Veía pasar caballos alados. Perdices en lo alto.
Quería llorar.
Su amor, Ahmed: “Yo quiero las rejas, el cuello, morirme si no estás”.

CCCXXXIX

Prado verde ilustre. Valle ermitaño.
Que vuela. Violeta.
¿Qué hay después del torno de la vida? Cielo intenso y fugaz, risueño, sediento de
risa.
Allá, al otro lado del mundo, estás tú. Del mundo de mentira.

CCCXL

Gitana, suegra en el carromato, benditos dioses. Gracia de cien años. Manceba,
agarrada, lunares rojos. De noche, el toro teme ser visto. El cielo.
Los cuernos blancos. Estrellas por ojos. El asta y el toro. La noche es el toro.
La luna, los cuernos.
Muleta abajo.
Con gracia y salero.
La gitana tiene acero, gitana vieja.
Embiste y caen las estrellas, las luces de las fogatas.
Fiesta en el carro.
Baila.

CCCXLI

No soy yo quien te sueña y te besa la mano cuando la vigilia se rompe.
Fuera de todo estás tú, poesía, como el nombre más bello de todos, desnuda, sin cadenas, para dejar libre el pensamiento mío.
Candelitas, padrenuestros, rezos, velas, velar.
Yo no quiero ser minero. Yo me quiero ir a la mar. Yo no quiero un pozo blanco.
Solo quiero un ancho mar.
Y una sirenita en la arena que me ayude a cantar serenatas en la tierra, serenatas en la mar.
Candelitas.

CCCXLII

Que tú estás contigo, pronombre; que tras de ti no hay nada, que te pueda oír, ver, tocar.
Nadie te reclama libre y puro.
Belleza exacta. Tú y nada más que tú, él o ella.
Vienes y vas, aquí y allá, siempre igual.
Nadie te reclama, pronombre, porque creen que detrás de ti no hay nada.
Pero yo sé, yo, que tú eres tú, el nombre más bello de todos. Pronombre, aunque no estés aquí, libre y puro, como te gustaría estar.

CCCXLIII

Aventura, inmensa arboleda. Verde y azul y negra.
Masa de hojas, selva que de niño soñé cruzar,
esmeralda pulida. Juré y juro que cruzaré la Amazonia.

CCCXLIV

La noche es la muerte del día, el ocaso final, la penumbra del sol. Dormir es desear el final, reafirmar la muerte, seguir durmiendo que es muriendo. Tu fin es la noche.

CCCXLV

Es esta tierra, Andalucía, tierra llena de olivares, más verde que el cielo que la ilumina. Tierra rasa, mar de fondo, pequeñas bolitas flotando, olivas verdes del árbol como azul es el cielo. Como la tierra mía.

Rosa del rosal, qué poco te quieren aquí en esta mar de tus espinas. Azahares, ¿sois vosotras? Habéis traspasado el rosal rosado de la rosa. Andalucía.
Y tú, ¿blanco? Tu sol, cada día de aguardiente cándido como eres, como sois, casa de campo y cortijos de cal. Delantales negros que hacen oscura la lumbre del portal.
Rosa de lumbre y de azucena. Andalucía.

CCCXLVI

María la Virgen.
Jesús Nazareno.
¡Ay ay ay!
Jerusalén en Sevilla, Día Santo.
Porrón pom pom.
¡Ay Cristo crucificado?
Sobre el pedregal caminan tus pasos hacia la Pasión.
Antes te escupían y ahora amapolas te alfombran.
Penitente, Cristo pende de la noche.
El pueblo de Sevilla te desciende.
Te corona.
Te sacan de la cruz, te llevan al sepulcro.
Santo Entierro.
Resurrección.
Nuevamente, en Sevilla, ha nacido Dios.
¡Ay ay ay!
Qué silencio en Sevilla.
Silencio.

CCCXLVII

No hay genios en el mundo de la poesía, solo personas que cuentan cosas.

CCCXLVIII

Preciosa trajea su cuerpo
tan palmero su hermosura
de rostro gitano.
Santo y seña moreno.
Embeleso y hurto sagrado.
Saya cubierta. Palmas las manos. Gitana, con cautela, frente a su sangre los dedos
gimotean, solos tocan, curvos y niños.
El baile comienza. Peina su gracia. Sus manos acarician el aire. Las luces estallan.

CCCXLIX

Ay Dios mío de mi vida.
Ay Dios mío de mi amor.
La plaza repite con su fuente llena de peces y pan.
Siempre claman a Dios.
Ay Dios mío de mi vida.
Viejecitos y viejecitas suspiran sentados en la plaza.

CCCL

¡Ay costaleros, cómo me duele la cruz,
cómo me duele la espalda

de tanto que pesa la cruz!
¡Ay costaleros,
gloria de los santos!
Sacrificio de la tierra de Jesús,
Amado amado,
lleváis con riendas colores bajo olores,
miráis el cielo de antaño, sin clases ni rangos ni santos ni dioses.

Pesa que te pesa,
¡cómo pesa la cruz!
Que llevan al cristo empalado
y a la espalda la luz.
Sí es verdad que la sangre del costal costalero,
no es la de Sierra Morena.
El camino rojo se pierde y engulle a Jesús.

CCCLI

Perdón por el dolor de tanto querer que acaba amando.
Palabra y signo.
Frente a un inmenso sentir querer eterno como el mar total.
Volverse a encontrar, conocerse mejor, verdadero. Nosotros.

CCCLII

Salgo de la puerta dentro de un globo de aire fresco.
El cielo azul, muy azul.
Piso la hierba fresca rociada de agua,
de verde intenso.
Es Asturias.

CCCLIII

Un lloc on tots hi som.
La gent pateix en aquest lloc.
La gent pateix fins la mort.
Al nostre cor, seguim el vent.

CCCLIV

Odio la gran urbe del desconcierto donde largas lenguas se debaten entre cruces
sin destierro ni fin. La odio porque el árbol deja caer las hojas. Qué remedio. Si no
puedo marcharme y los pájaros no cantan, porque no hay pájaros, solo formas
enconadas. La odio. La tierra deja paso al cemento. ¿A la fuerza? No sé. Porque es
ella quien brota ahora pinares extraños sin savia. Que no osen alzar su cumbre al
cielo todas las Torres de Babel, que vuestro castigo ya estamos sufriendo. El látigo
de Dios del desconcierto.

CCCLV

Qué escuetos iban los dos andando sobre hilachas por el desierto de Castilla. A Sevilla iban los dos picaruelos con dos bayetas malcosidas. Uno llevaba un ochavo; otro, una ardeta. Uno una daga en el cuerpo y el otro un cuerpo sin daga. Dos costales tenían de panzas los dos pilluelos. Y seguían entrando sin rumbo.
—Mil mujeres de carne pálida y pulida...
—Eso no es nada, hermano.
Pasó canónigo que había tenido cofradía y viendo a dos sesteando...

CCCLVI

En la estepa castellana, allá en el horizonte, se reía la estela de un campesino dormido. No. Era un ovejero que cuidaba sus ovejas. Era en la estepa dormida. El ganado pastaba en el llano de la sierra esperando, calmada, la noche. No hay montes, de tanto que han pisado las ovejas. En la estepa, dormida y tranquila, un pájaro solo es pájaro si tiene el derecho de su don. Un pájaro es pájaro si puede volar.

CCCLVII

En un sinsentido todo el mundo moviéndose a ningún sitio. Es como la luna que, rodando, busca, desesperada, al sol. Es sin sol y sin luz noche perdida, con luna.

CCCLVIII

Un poema se acaba cuando se escribe con pluma.

CCCLIX

De balcón a balcón hay quien tira de la cuerda y encuentra una sábana. Tejen con manos de araña. La tetera baila creyéndose un tren expreso.

CCCLX

No digo que la deshumanización del arte no pueda ser posible, pero es completamente imposible ejercerla en la poesía, puesto que esta es instrumento del hombre y aspira a ser todo cuerpo. La poesía tiene vida propia y se hace servir del hombre para expresarse.

CCCLXI

La Gran Guerra empezó en España en 1931, y ganaron los aliadófilos. Posteriormente, en el 36, los germanófilos pidieron la revancha.

CCCLXII

Mediodía era cuando la luz alumbraba y la lumbre alumbraba en las callejas con su luz. Mediodía era cuando la luna salió alta en el monte de la sierra, alta alta. Mediodía era cuando se despertó.

CCCLXIII

¡Qué feliz mi madre con su abanico que vuela y su carita de ángel! ¡Qué feliz que va en el coche amarillo como el sol! Pendientes de sevillanas se columpian en las orejas. Se oye una voz cantaora de flamenco cante español. “¡Olé!”, se esfuma tras la ventanilla del coche amarillo limón.

CCCLXIV

Venía de la siega con la cara atornillada buscando una aguja y un real.
Buscando una aguja y un real venía de la siega.
Venía de la siega buscando una aguja y un real.
Con la cara atornillada.
Que no podía más, con la alegría en su cante
y en la cara, pan.

CCCLXV

Negra y fría la muerte.
Muerte.

CCCLXVI

Sois la fuerza, sois el viento de mañana.
Sois la sangre: compañeros.
Sois obrero —sois carnada.
Trabajo y sangre pura.
Azada y campo.
Sois bandera, roja bandera.
Enarbolada.
Lucha y garra.
Ludd muerto, sois batalla y sangre roja en el viento.
Del proletariado, la victoria.

CCCLXVII

¿Quién desea que el mundo exista iluminado por la llama del candil negro?
Ese soy yo: iracundia de hiel y sin sentido que no quiere mirar por la ventana para no encontrar la muerte agonizada rogando en su camino.
La muerte es el odio oscuro de palabra seca que no dice nada. Solo te mira y perece, llevándote consigo; tan silenciosa como aparece desaparece.

CCCLXVIII

El rocío inunda el paisaje, Dios mío, de agua bendita y radiante. ¡Celeste! Sol bendito, ¿dónde te metes? Que no te he visto salir, tan grandioso que eres. Los pajarillos, en tus ramas, azules como tú.

Pureza, Dios mío, esto es la gloria y no el paraíso. El monte alegra la vista.

CCCLXIX

Su corazón se paró.

No amaneciste sin sol, pena del anciano pobre que murió, venerable, pelo blanco redondo en sus entrañas. “Viejo, viejo, viejo”, repetía la muerte bailando a su son. Tú con ella sois uno. Descansa, amigo, que ya no estás solo, porque solo estás con ella. Que la muerte murió contigo, tan vieja como tú, anciano de pelo blanco, de venerable armazón.

CCCLXX

Amiga de siempre, inseparable de toda la vida, solo aparece una vez y es definitiva. Enemiga brutal, ¿dónde me llevas?

CCCLXXI

Son intrusos a ojos del humano que no merecen vivir. Tres colmenas retumban en la azotea del jardín con un zumbido que pica. Hierbajos a ojos del señor. Todo césped que no es césped. No merece vivir. Es su castillo, ¡dejadlo!, porque sin asaltarlos sus murallas caerán. Como las torres de Jericó.

CCCLXXII

Pobres piedras, pobre viento que golpea sin son en tus heridas. Pobres piedras de una fortaleza en tiempos decaída. Torres y almenas que no se han enterado y siguen inmóviles esperando la batalla. Hace tiempo... Ahora, tus enemigos son el viento de tus piedras.

CCCLXXIII

Hace tiempo que está en la mazmorra de una gran prisión, en las tinieblas de no pensar con razón y sin cordura. Oscuro y negro y malvado. Aprisionado en su mente. Ojos caídos, recaídos, bajos. Pensaba. Y escuchaba. La voz de un único amigo: él, su mente, que no es blanca ni negra. Ni alto ni bajo ni fuerte ni delgado. Es Dios, es mente en tu mente.

CCCLXXIV

Barrio de callejas de cuatro chabolas caladas, y otros cuatro coches mal aparcados enfrente de la puerta. Barrio sin ley y sin nombre, Harlem, de color oscuro y piel cosida. Malcolm nació allí. En sus callejas, golpeando una a una las puertas de sus casas. El terror blanco hizo un líder reverendo. Hermano de sangre en Harlem.

Arrodillado ante la quibla, largas rejas oxidadas. Miró hacia la Meca y encontró en la piedra negra algo tan negro y puro como él: África negra en la América esclava. Las dos patrias de un líder negro y orgulloso, de un líder negro muerto. Malcolm.

CCCLXXV

Una jornada, un día cualquiera, enmascaran, enloquecen Harlem, Bronx. Arriba, rectos y lúcidos pisos. Encima de pisos rectos y lúcidos. Enjutos, diáfanos. Abajo, oscurecidos o poco aclarados. La memoria de un devoto cualesquiera pasa de puntillas por ese mundo enjuiciado. De guetos devorados por los guetos. Sin más diagnóstico que un puto día más. Día que no es día ni sol. Enmascaran la noche y la luna hueca. Harlem. Bronx.

CCCLXXVI

La Pasión se clava, roja y fría, mal-herida de traición o muerte. Una rosa será cada día. Pasión. El arte en el corazón del hombre. Pintura con la gracia de los dedos — pincel—. Ventana azul y viejo sol. Sentimiento.

El hombre que mira el rostro. Vivo y muerto, con el amor que deja y brilla.

Siempre.

Pasión.

Arte.

Hombre.

Vida.

Espejo del alma, imago. Arte por arte, Picasso. Cuadro despierto, ojos que miran.

Humana fuerza (no máquinas ni dioses). No masas; las masas tienen miedo de saber, de sentir como sintieron.

Cada lienzo, paleta.

Cada uno, amor.

Cada masa, pincel.

Cada luna, estrella.

Cada noche, noche.

Siento, siente.

Yo quiero ser artista acreedor de ilusiones.

Suspirar la obra.

Que cree, que las piedras esculpan, que amasen la palabra. Que mane el arte (artista). Siempre.

Larga vida.

Las masas no saben hacer. Rompen sus vidas. Abrazan su fuerza.

Pero no creen en Dios

como el hijo del Hombre.

El hombre sincero, persona.

Columna alta en la tierra.

Deben dejar su alma.

Sentir su alma.

Crear.

Y luego que hablen.

Sabrán qué es el arte.

CCCLXXVII

Vio estrellas en la madrugada desde el barco. Seguían brillando, madre, y yo las miraba pensando que tú también las mirarías, allá en la España ocupada. Era un pequeño niño sin nada en el mundo. Y la vio, arriba, mirando con pena en la cubierta del barco. Las estrellas siguen brillando. Las estrellas de madrugada.

CCCLXXVIII

No, no soy yo quien te habla. (¿Quién si no?) Quien te mira aletargado y sueña contigo cada día. No, no soy yo. Si no soy yo, ¿quién si no, pues? Yo, ese es. Yo.

CCCLXXIX

No olvides a Juan Ramón, pero, sobre todo, no olvides que Juan Ramón se escribe con jota.

CCCLXXX

Brillante, de pie, enarbolado, fatigado. Sin avisar te mataste con tu propia cuerda. Vuelve, abuelo, no hagas caso a la guadaña que tanto llevaste a hombros. Te ha cortado la cabeza. No hay vida en el campo, de luto en tu honra. Y la hierba no crece. Vuelve.

CCCLXXXI

¿Quién era Aristóteles? Uno más de la causa. ¿Platón? Uno más de la causa. ¿De qué causa? La causa de todos. La causa de escribir por y para todos.

CCCLXXXII

No hay poetas buenos ni poetas malos, solo poetas conocidos y no conocidos. Poesía es el mejor instrumento para evadirse de todo y volverse de nuevo humano, más vivo que nunca. La poesía no se ha de buscar, pues está en cada uno. Hay que encontrarla.

CCCLXXXIII

Fríos libros de historia miraban el hueco de una chimenea apagada. ¿Para calentarse? No, no era para calentarse. ¿Para despertar? Imposible. ¿Entonces? Para leer en ella sus páginas quemadas.

CCCLXXXIV

Dios salve a la reina. Y ¿al rey? ¡Que le corten la cabeza!

CCCLXXXV

Marujita que coges trigo de azabache bajo el dorado sol de pimienta. No te cansas de jugar. La gitana que canta y recoge trigo. Que sueña y sigue al mar. Que coges trigo en la siega con tu cara tostada de pan. ¡Ay Marujita!

CCCLXXXVI

Cuando el silencio se rompe las campanas no suenan, suenan los cañones de tres escopetas. España oscura en tinieblas. Donde estuvo la cigüeña, oscura queda la torre. Las campanas en silencio. Donde nadie llora y solo gimen. Silencio. España oscura y negra con una navaja en el cinto y un río de sangre. Muertos están en el campo. Los vecinos que miran, la cigüeña que vuela, la sangre en la azada.

CCCLXXXVII

Un canto a la razón como si fuera pena, cielo rotundo, aire que esmera las sienas de un viejo tronco. Yo no espero nada más que un segundo y el suspiro de una estela traviesa como una mentira.

CCCLXXXVIII

Quebrada razón:

Jesús anduvo mis pasos. Judas supo amarle. Jesús sufre por él. Habla, pero no con sus labios. Le siento y me duele, pero no con su boca. Quiero que rabie y que su cruz me golpee. Quiero gritarle al viento alado y al mar de las nubes. El trono laureado. Sufrirle.

CCCLXXXIX

Déjala, no la toques, no quieras perder la vida. ¿Acaso no tuvieron sueños tus días, posada de tus amores? No ves sin ojos. No aprecias su tesoro. Escapa, no des sombra. Belleza ardiente. Ni el ciprés fue tan altivo ni la encina florida tan hermosa.

CCCXC

Un tablao flamenco, ¿flamenco? Sí, flamenco. Flamenco.

Los chiquillos pasan por la calle corriendo hacia la plaza del pueblo. Un ramo de claveles rompe la escena. ¿Claveles? Azahares. Laureles. Forman un campo muerto sobre el estrado yaciente. Una gitana descalza baila como una yegua briosa. Y se mueve y se despeina.

CCCXCI

El santo está en el suelo, azotado en la cruz, clavado. Verdugo del Señor, santo, resignada tea la cruz. Descalzos, los pies sucios, a la manera de Galilea. Caras de mendigo, borrachos.

CCCXCII

¡Que cante Tomatito, que cante. Que cante de alegría, que cante!
Una silla, una guitarra y Tomatito en su cante.
¡Palmas!
Plas plas plas.
¡Tacones!
Tac tac tac.
Honda voz, profunda.
Se oye su piel alegre.
¡Que cante, eso, que cante!

CCCXCIII

San Pablo, ¿quién eres? Soy Jesús, vengo a matarte, a matarme en tus pecados, con los ojos grandes. Rayos cegadores, rayos de luz son sus ojos. En el cielo, los ángeles tocando las palmas.
Se duele en sus ojos, se duele de dolor en la mañana del juicio. Final.

CCCXCIV

Los perros que le acompañan escuchan no sé qué. La sartén con su pañuelo. La carretilla con su vaivén. La lleva al matadero. A ver cuánto le dan por los cartones y los tapices viejos. Los zapatos (¿zapatos?), sus pies.
Su cara... Aparta la gente la vista. Se arrodilla, come avena y pan en el suelo mojado por la lluvia. Parece como que piensa, aunque solo come. Come porque tiene hambre. Es ya anciano. Viejo como la muerte, pero diestro. Lleva la guitarra atada al carromato. Volatines con zapatos y pies de barandilla. La gente le mira. No le dan agua ni nada que llevarse a la boca. No le quieren ver, le olvidan. Y cuando le olvidan, se acuerdan de él. La gente le ve atado en la farola. Apostillado como un mueble. Como algo que se escurre. Quizá, mañana, ya no pasen de largo. Recoge las cosas. La gente se pregunta. Su casa es su casa. No hay blanco. El negro sabe a poco. Los azules se fueron. El rojo verde es viento. La luna calla, dichosa en el cielo. Las baldosas no se distinguen. Sigue. Come pan.
La pobreza en el suelo, calvo, moribundo, arrastrándose. La madre le maltrata. La noche es implacable con sus hijos.
El viento sopla a los lados. Pasa el día. No está, ya se sabe. Se le ve aprendiendo. El suelo, mira el suelo. Colilla, papel, devenir. Se arrodilla, con sus perros. Tres perros dormidos. Todos con cuerda. Detrás, una sartén. Y cartones en volandas, arrastrando los pies. La ropa: ancha y sucia es su ropa. Su alma, tímida. Su habla: ya no habla.
Un pobre borracho tuerto y ciego. Se arrastra. No ve qué hacer con la vida, se le escapa.
Yo siento que sienta. Pellizcos en los ojos. Las manos no tienen dedos. Los perros se han olvidado de ladrar. Los pies son hierros fríos. Le llaman El Loco. Siempre en la calle mendiga. Pobre, ratero, vagabundo. La botella encierra su dolor. La noche le maltrata.
Sin quejarse. La guadaña se asusta, retrocede.

No ve la sangre en la venda. La piel con su yaga. Los zapatos lisos. Lástima. Pena. Los ojos grandes son su orgullo. Un brillo encontrado y perdido. En la silla de ruedas, en silencio. La cuchara se le cae. Las uñas, cóncavas. Los dientes, amarillos. La camilla, su sábana. La sucia sábana.

Se presenta arropado de harapos. Arrastrando los pies. Con su camisa de seda y su lazo. Con bastón de mando. Como un lagarto verde de vergüenza. La pajarilla echó a volar.

Es mayor y está solo. Habla con nadie, ni con uno mismo. Es invierno.

Le dan un baso de café.

Muchos trapos le apenan. Cuerdas con perros. Le rezan.

Busca el pañuelo, se le ha ido. El bolsillo tiene un agujero. Ni siquiera.

Pide pan. Ellos ven a su padre en el suelo, pasando hambre. Cuando llueve se moja y tiene frío. La bufanda le llega a los pies. Le ven llorar.

El balcón se cierra. La noche muere. Suplican que se vaya. Come otra vez, delgado. Su estómago, aun así, está vacío. Es un pequeño ladrón.

Acurrucado con las ratas. El puente se cayó. Las ratas le muerden. Ellas comen tortilla y arroz y beben champán.

Es Nochevieja. En el suelo, fuma. Inclina la cabeza y no se atreve a llorar. Duerme en la calle, desprotegido. La cabeza baja. Miserable. Con los calcetines en las manos. Los guantes en sus pies. La cruz se le cae. La derribaron.

CCCXCV

El hombre nació hace tiempo y tiempo ha que sigue luchando y viviendo entre los demás seres, viviendo y amando. Eso es lo único que importa: que el hombre siga amando, que el hombre luche en el mundo entero. Judíos, cristianos, budistas...

Tontería grande que duele. Eso no importa. En las fauces, ¿dónde está el amor?

No querría ser pesado como ellos, inocentes. Querría evitar una tragedia, por ejemplo, que desaparezca el humano sentimiento del alma envuelto en llanto. Eso es lo que importa. Solo importa el sentimiento, el buen hacer, convivir entre hermanos, ser mago del bien. Eso es lo que importa. Todo lo demás, trama enlutada.

Qué más da lo que digan. Las palabras solo son palabras. Hay que esperarlas.

CCCXCVI

Los presidentes tan solo son las marionetas del poder. El gobierno es el espectáculo del pueblo, el circo.

CCCXCVII

No esperes que te llegue la inspiración, la inspiración la pones tú.

CCCXCVIII

¿Que por qué repito tanto? Porque la repetición es una forma de reforzar las ideas que uno tiene. Para no olvidar nunca.

CCCXCIX

Todas las ciencias, tarde o temprano, estarán incluidas en la historia. Por ello, la historia, al fin y al cabo, es la madre de todas las ciencias.

CD

Pensar en lo que se ha convertido tu vida no es lamentarse, es el recuerdo del momento en el que se pudo haber sido.

CDI

Caemos en un gran vacío. Ante la dificultad de la vida diaria, la población prefiere ignorar, no piensa seriamente en las consecuencias. El fondo oscuro del desconocimiento. Espero que dejemos de caer al vacío.

CDII

Cosas que huelen y que dan asco: la ultraderecha. Repugnante.

CDIII

La niña miraba al ciego que seguía su camino. Sus ojos no veían nada. Tontos juegos de caja envenenados han dejado de atraer su atención. Cansada de tanto descanso. No juega ni nada, como el que ansía aventuras y creyendo actuar no actúa. “Más vale vivir que soñar”, le dijo el ciego a la niña. La niña reía, dormida su alma. En un día lejano, ella estará ciega y lejos de ver.

CDIV

Las golondrinas cantaban en el cielo azul marino, traviesas y juguetonas bailaban en el aire. Los niños de la calle no miraban al cielo. Parecía que solo yo escuchara su tierna melodía. Ellas seguían jugando en el cielo, negras en el cielo azul. Así, el cielo azul de lluvia se alegraba por oír el canto dulce de la golondrina.

CDV

Nunca dejes de perseguir lo que deseas. Canta por la libertad. Lucha por ella.

CDVI

De carmesí teñida, España estuvo desolada durante la guerra. Abastecida de hambre. Muerta la República, solo quedaba el corazón. Los rojos que de rojo se vistieron, murieron casi todos. En la fosa común se enterraron. La cuneta es un camino de muertos.

CDVII

Lamentable Cruzada del Caudillo, maldito caballero medieval. ¿Invicto, vencedor?
Por la Gracia de Dios. Sembró un territorio de espinas. Para el mundo honrado, esa
España nunca les perteneció.

CDVIII

La poesía es pura canción. Poesía es cantar y cantar es hacer poesía.
El poeta no tiene crepúsculo, solo soñar.
Sueña de noche y sueña de día.

CDIX

Escribe. Luego piensa y descifra el escrito.

CDX

...Y vino la alondra y se fue. Alondra, sintiendo y gozando y gritando y cantando
y cantando y alondra que se marchó.
Recuerdo a Juan Ramón, pobre y poeta

CDXI

Estalló la Gran Guerra. De Verdún ya nadie se acuerda. ¿Qué pasó? Los jóvenes
deportados al infierno le decían adiós a sus madres. Nunca volverían a pisar la
tierra blanquecina que les vio nacer. Su futuro: negro. Su único anhelo: el
recuerdo. Su esperanza: ninguna esperanza.
Hambruna. Ahí van los míseros soldados, llenos de fango entre alambres de
espino. A por la muerte, la muerte, la muerte.
Miran atrás sin ver nada.
No quieren avanzar, mas avanzan.
¿Qué habrá al otro lado del valle?
La guerra es un cadáver destripado.
En ratas se convirtieron.
Las trincheras les llamaban.
El pueblo clama justicia, démosle justicia al pueblo.
No hay lamentos.
Os han robado la inocencia más pura.
Marchitadas las rosas, los rosales se pudren levemente.
Las rosas son espectros.
El pueblo rabia. La plaza arde. El fuego quema.
No tengáis miedo, espectros, que os esperan allá.

CDXII

Algunos dicen que es difícil hacer poesía, pero yo digo que cuando escribes
puedes llegar a ser diez mil veces diferente. Un mismo poema tiene tantas
interpretaciones como parpadeos.

CDXIII

Existe un teatro del absurdo. ¿Por qué no la poesía del absurdo?
El agua solo fluye por el caño y su belleza es exacta. Los versos son los caños.

CDXIV

Aquel que dice *te amo* miente, porque el amor no tiene palabras.

CDXV

El águila arranca el corazón de su presa. ¿Quién de los dos es el malo?
Pregúntaselo al hombre, el auténtico culpable.

CDXVI

La vida es deseo. La vida no es muerte.

CDXVII

Poema de la Roma imperial

Roma ha perdido el imperio. Laureles en las calles. Malos adoquines en los
puertos. Centuriones. Aprendices.

El senado aplaude, interfectos.

Etéreo, rojo sol de bisagra. Briznas de hierba.

En el senado, los ancianos disienten. Togas blancas. Los bárbaros no se esconden.

El senado ya es muy viejo, no se tiene en pie. Discute sobre cómo será Roma sin
Roma. Julio Catia está sentado en primera fila. Se levanta, frunciendo el ceño.

Mira pero no ve. “¿Qué habéis hecho, por qué habéis perdido las batallas?” El
cielo era azul y ahora es ocre. El oro no llega en barco y el mercado está vacío. La
ciudad se asienta en un pantano. Las siete colinas sucumben. Oh Augusto.

Catio Telio y todo el senado escuchan. Respetuosamente escuchan. Callan. Los
romanos se pierden en sus fronteras, los mojones agridulces.

Uno dice que las puertas son las más grandes, que las murallas son grandes. Y que
los dioses les amparan.

Nunca se rendirán. Los espías escuchan.

—¿Acaso tenéis miedo?

La cuerda se rompe. Los esclavos sonrían como vides amargas. El trigo no se
recoge. Toda Roma representada en un senado viejo. SPQR. Las carreras del circo
desoyen a sus mendigos. Mucho pueblo pide pan. El Imperio está perdido. La
Galia se derrumba. Hispania tuberculosa.

La memoria de los césares es corta. Sus hijos no piensan en nosotros.

César: “¿Qué ocurre?”

Apoltronado, con la cabeza entre los brazos, discurre sobre una manta de
pensamientos vacíos. ¿Le vio en la cruz?

Los últimos días de Pompeya. Laberinto de callejas. Alejandro Magno existió.

Ahora no es nadie.

El senado escucha. Ilustre senado. Las fronteras ceden. Se invaden las aldeas. Los parapetos no resisten las hordas. Los romanos son de miel. Los germanos andan en columnas. Numancia sufrió.

Estarán muertos.

Hay agua, acueductos, fuentes. Pero sus ojos echan fuego, los del otro lado.

Calio Telio se sumerge en el sopor.

Se cubrirá con pieles cuando de las cabezas salgan cuernos y animales.

Los germanos entrarán por la Vía Augusta. Y los cristianos claudicarán.

Aurelio habla:

“Siento Roma en mi alma. Mi corazón se muere de pena. Si Roma muere, moriré con ella”.

CDXVIII

¡Que no piensen mal de los pobres! Los humillados saben trabajar sin pajarita.

Os creéis mejor porque no hay hambre entre vosotros. El sueño es para los saciados.

¡Os digo que no!

Mandrágoras y cuervos.

Si por tener tenéis...

La tiña y el musgo y las llagas, abajo.

La sangre de los pajarracos, arriba.

De repente, el muérdago. El alma de un dios nace.

El credo de los oradores ocasionales.

Crisantemos y enjambres y alambradas que rezan en la dehesa del pastor.

Las trampas en los templos.

La cigarra duerme, solo ella duerme.

Sabe a espliego la muerte.

¿Quién muerde las lunas?

Quién sabe.

Rezan las madres.

Ojos cerrados para siempre. Arrecian en los cementerios los desnutridos.

¡Cuidado con ellos!

Son blancos enfermos que no oyen ni ven. El tifus les hace callar. Pero no son mortales, están vivos.

CDXIX

Las palmas, grandiosas, trotan en vuestras manos.

Camarón se fue, ¡tocad las palmas!

Que cante la gitana, en el cielo está Camarón.

El flamenco se ha ido con él.

CDXX

Cuadros, puertas, guitarras, aire en los pulmones. La silla, estrecha; la puerta, cerrada; los muebles, sin libros; cartones sentados. Todo eso.

CDXXI

Las ventanas se cierran, se precipitan, opacas. La tétrica oscuridad se hace dueña de la casa. Cada puerta, cerrada. Temo que no se vuelvan a abrir.

CDXXII

Sale y entra el diablo. No se habla. El tiempo pasa y no pasa. Las voces huyen. Caras llenas de nada. La luz no entra por la ventana.

CDXXIII

No puedo ver los números ni para contarlos. Es mejor utilizar los dedos, que parece que sean números. Lo que ocurre es que entonces veo números en mi mano. Feliz el día en el que tenga dedos en lugar de números.

CDXXIV

Enemigo insoportable es el *no*.

CDXXV

Si la poesía fuera un arte, no la escribiríamos. Será que el hombre nace esclavo en el papel. Mejor seguir recíprocamente: yo con tú, tú conmigo.

La poesía es prosa poética, que es una prosa que quiere ser poeta.

El escritor escribe, y punto.

No debe estar ligado a nada, solo a sí mismo.

Debe hablar de política, que es el hombre que piensa en los demás. No debe cargarse de oro ni venderse. El escritor escribe, y punto. De lo que ve y oye. Nada más que eso. Sigamos el flujo de la corriente. Con los nuestros. Lo mismo con la poesía. Se escribe con letra de persona. El escritor es la sabia de las hojas que escribe porque no espera nada a cambio.

CDXXVI

Si yo supiera que tú jamás volverías, la casa se ensombrecería. Yo no soy más que tu perdón. El corazón en hinojos. Quiero pedirte que te quedes, para siempre.

CDXXVII

Por tal trance pasó Sancho en las aspas del molino. No ve al caballero enardecido. Con los despojos, lanza en ristre, a por los gigantes se dirige. “Que no existen”, le dice Sancho, haciendo alarde de escudero. No existen.

CDXXVIII

Fresca negrura, implorante, el mar en el mar, la tierra doliente.

La tierra en la tierra, tristemente.

Fuera, un caballero, dulce alegría, con estandarte dorado.

Sobre una tarima perjura, resplandeciente.
Contempla caballo, gentes y vida.
La historia le traicionó, muerto quedó.
Sobre el mármol, caído.
Sin ramos ni flores.

CDXXIX

Prestas llegaron las tres damas de la muerte. Cuánto quisieron verte. Cuánta hermosura en las dalias de la muerte. Si el canto de la lira pudiese apaciguar por Dios que lo haría. La nieve canta, fría y blanca, bajo el mar. Quisiere verte para no morir, pero por ti morir yo muero.

CDXXX

Dadle algo al sepulturero de sí mismo.
Igual que dinero dadle al mendigo de los pobres,
en las esquinas de los muertos. La espera es un momento.
Que Dios diga basta. El sermón es un entierro.
Echadle tierra.

CDXXXI

Yugo perpetuo en el cuello, la sombra, yerta. Yace la tierra estéril, inmóvil, yerta.
Yerto yermo, enjugo de casta. Yerto.
Enjugo de casta. Yerto. Pazo de hierba. Jazmín. Jacinto morado. La madre. Yerta.
Veraz y ciertamente yerta. Yunta. Viga. Helada.
Yerta tierra, labrada. Manos de hombre, de mujer, de niño.
Angelus. Rezo. Las espigadoras se inclinan. Yerto. Pedazo de siembra y chorro de agua. Yerto campo. Yerto.
Yerto soñar, quedo.
Quedar ante la tierra.
Yerto mirar yerto.
Llueve de noche.
Yerta escarcha yerta.
Verde pelo y negro fuerte. Ennegrece la pelea.
Desangra la tierra, yerta.
Yerta.
Comen. Yantan. Yerto amor. Yegua, caballo en los corrales. Tiesas yemas, brotes.
Dedos pungidos, yesca paja. Yerba verde, yerba verde. Cielo y yerto azul, roja alameda. Abedul de plata. Cielo verde y verde rostro. Yunque y yunque de la fragua. Yuntero y buey en el arado que ara la tierra, ara.
Ciencia del campo verde, yerta. Yerta está la mañana.
Metal yerto de lúbrico destello. Paciencia del llano muerto. Yerto yerto.

CDXXXII

Te busco, me muero buscándote, bella, prendida de ti. Tus labios busco, tu boca. Tus ojos busco, tus ojos. Toda tú: pestañas, pies, ojos... Quiero verte, tú, como estatua de mármol. Pido tus manos, que me las traigan. Tu cuello hermoso. Tu bendita dulzura. Hablas y no te oigo. Te busco perdido en ti. Yo te espero buscándote a ti.

CDXXXIII

Los riñones están cansados. Medrosa melancolía. La noche oscura. La noche oscura.

Una pared llena de garrapatas.

Pequeñas garras y pequeñas patas.

Copas de muerte. Naipes.

Consagrada melancolía.

Ese soy yo.

CDXXXIV

Cruz

Cificaron

A Cristo.

Con los clavos de Cristo.

Cruz apostillada, madera, garganta.

Congraciados, clavados, amargo hierro.

Fuertes clavos que clavan.

CDXXXV

Madre mía, madre

Para mi madre

toda mi vida.

Cansada, trabajo

lim-

piar el polvo.

Madre.

Para ella, que es mi madre.

Todo siento, todo calla,

sus piernas que no respiran. Para mi madre,

baldosa, cocina,

Lenteja. Nunca

le he dicho te quiero,

Nunca le... Vergüenza.

Mi madre quitó y puso mi vida en su sitio.

Trabaja cansada.

Acuéstate, madre.

Nunca dice que ella sufre. Y sufre cada día.

Bajo los pies de plomo.

Bajo la tierra podrida.
Bajo la manta cuando el frío hielo.
Su brazo, de pequeño,
me tapaba la cara contra el aire frío.
Para mi madre, ella, que llora por su padre.
Que dice: “Dios mío de mi vida”,
triste sombra.
Para mi madre que no habla.
Mi padre lleva un mes en silencio.
Para el silencio, que calla.
Mi madre, lluvia mojada, carne.
Cuna.
Madre mía, tantos años sin ver a tus hermanas.
Su amor. En Asturias nieva. La hierba, segada. Las vacas pacen, mugen.
El collar es de mi madre, yunque negro.
Carbón, leña, fuego.
Vi llorar a mi madre. Parece la vida tras pasar y no pasar (pocos la vieron).
La ceguera.
Sus piernas.
Mi madre.
A ella, que es mi madre.

CDXXXVI

Mar, el mar, la mar.
Llena de agua, barca mojada. Tranquila, a veces, furiosa.
¡Que no quiero ver a nadie!
—¿montarte a caballito sobre el mar?—
El sol ya viejo, la calma. La barca navega.
Las velas, sábanas gigantes, desaparecen con el viento. El viento pasa triste, vago,
no sabe qué hacer. Pobre.
Mira una isla de palmeras a lo lejos.
Cocos sabrosos y perlas. Los arrecifes son sus amigos.
Ríete.
Hace años que los pescadores, cansados, trabajaban alzándose, gallardos, a la mar.
Seguro que esta vez cazarán el mar. No se dan cuenta de que están rotas sus redes.
Tienen barba los peces. La isla nunca llega. El mástil no se ve. Se ha ido la
madera. Corren muertos por las aguas. El agua muere en el mar.

*

La sal callada, lengua pura. Salada. Las llaves no se encuentran. Tridente afilado.
La gaviota vuela. Neptuno ha muerto. Las gaviotas pescan sin red. El pueblo
espera la partida de las barcas. La charca es grande y la mar, salada. El bar no tiene
quien le juegue a las cartas ni quien pruebe su vídeo. El pescado salta. Es inútil el
esfuerzo. Las gaviotas vuelan. Los peces han muerto. El sol, cristalina agua, con
sus rayos viriles, lúcidos, cruzan el mar. El mar, la mar, martillea.
Quien le quiera pescar.

CDXXXVII

Historia de un aburrido diccionario

Tan perfecto que da no se qué abrirlo.

Muy grueso, pocos lo habían hojeado. Allí dentro se oteaban las palabras como un ejército formado y riguroso. Y palabras de todos los mandos, de la a a la zeta. Las aes eran buenas (altas). Siempre había desertores, como la eñe, vieja y encallecida. Las voces se metían cuidadosamente dentro de cada uno diciéndose todo, con ironía y sin ironía. En los límites de sus definiciones, se establecían los barrios de las abreviaturas (p. Ej.), guetos concebidos para secretar. La llave de las palabras era el diccionario (calenda, epígrafe, zureo...).

Las palabras llegaron a un consenso y sellaron el documento de la lengua. Pero las palabras no saben que los hombres se pueden comunicar sin palabras y hablarse sin sentido.

CDXXXVIII

El balcón vestía oscuro. Noche. Brillaban sus amigas, las estrellas estrelladas.

Vestía frío. La carita con bufanda, mocasines de lana, zapatos y dedos. Se congelaban de noche, oscuras, las estrellas. Magia pura en el aire. Luz en tinieblas evocadoras del sueño. La luna se balanceaba en su balcón, pálida. Hojas de otoño volando y riendo, cantando por el viento que nadie ve, hacia no se sabe dónde.

Rosas. Mi niña contempla, callada.

CDXXXIX

El gran imperio de China y un niño que come arroz.

Una madre en su casa puntiaguda de invierno y monzón.

El padre, con su carretilla.

El barro es sabio para pulir las vidas.

China es una barcaza en un mar al que no llegan los pies. Una bandera roja.

Dragones verdes. Lejanías.

Las cometas lo saben todo.

Bicicletas y siempre arroz blanco.

Un niño ágil. Cruzados ojos negros.

Misteriosa China y lejanas rutas de Oriente.

CDXL

Sentí llegar la tarde, breve noche, como un hueco vacío de amapolas, rojas y el viento curado. Me acerqué unos pasos. Miré y remiré buscando aquello que tontamente había perdido. Llamé a la frágil y torpe muñeca, susurrando apenas.

Llamé esta vez, blanco y con más fuerza. Se abrió la puerta. Entré.

Entré. Amapolas en el campo. Ensordecidos pájaros piando. Dentro, sol y luna.

Luciérnagas con traje de luces. Oscuro aposento de laca. Sentía mi alma como un espíritu yermo, rocinaba. Salí. Dentro no había nada. La luna y el sol estaban fuera. Los vientos soplaban. La luna nueva brillaba con sus estrellas hermosas.

Sol

CDXLI

El hortelano vivía con su tierra. Se vestía de arcilla cada mañana. Su chaleco y sus camisas. Iban al campo a trabajar. Cogía su arada y su rastro. Un buey. El hortelano dormía. La huerta tenía tomates, berenjenas, patatas y cebollas – imposible que falten cebollas– y ojos. Su huerta es su vida. Humilde.
—Tomates, ¿cómo estáis? Qué rojos. El sol os da en la cara.

CDXLII

Voces en el llano como un eco –vooo– que no vuelve. Voces recitaba un duende perdido en el bosque. Voces graves y dulces voces. Voces que canturreaban. Lavadoras en el campo dando voces con sus manos a mansalva –mano salva–, su sembrar. Voz pequeña voz. La guitarra tiene cinco cuerdas: la a, la e, la i, la o, la u. Cinco voces vocales. Pulmones, tragad aire. Dad voces, gritad. Eooo... Eooo... Seguid gritando. Voz del padre y de la madre, su querida voz apagada. Voz ronca, yo. Dulce voz, mi hermana. El aire no es el mismo sin sus voces. Las personas lo pueblan con el tono, el ritmo y la melodía. Aire humano. Son mis voces. Voces de alegría. A fin de cuentas, voces.

CDXLIII

Cuento

La Navidad ha llegado con sus nieves y sus copos blancos. La calle no es la misma. Se nota paz y alegría y bondad. Luces de Navidad. Bolitas que cuelgan alegres y tiritonas. Hay campanillas en todos los portales y villancicos de niños recién nacidos en Nochebuena. Es Navidad, dan ganas de ser bueno. Y se ven blanquecinos los cristales. Graciosa, un niño jugando con el vaho. Su mano descubriendo que el cristal es muy divertido.
Hace frío, pero no se nota. El frío alegra las caras. Las pone rojas y humildes – todos tenemos frío–. Pero es un frío bueno que nos pone la nariz roja. El frío sí que se divierte haciéndonos payasos.
Qué bonita es Navidad cuando ves Felices Fiestas, Próspero Año Nuevo. Felicidad. Con sus luces de colores y sus tiras para adornar el árbol. Navidad blanca y hermosa.
Niños, venid a la chimenea cerca del caliente fuego. Os voy a contar un cuento. Un cuento navideño de verdad que ocurrió hace mucho, mucho tiempo.
Niños, escuchad. Tú también, renacuajo, que la cunita que meces tiene sueño. Acercaos.

(Las briznas amarillas, fatigadas, nos daban calor. A ellas se dirigía, además, mi cuento. Los niños en pijama, como pequeñitos duendes, se sientan alrededor.)

Era una vez un pobre niño muy triste. ¿Por qué estaba triste? Porque... Bueno, escuchad y veréis. El niño era como vosotros, bajito. Le gustaba mucho jugar. Pero era gitano, etnia noble y amable, y los otros niños no le hablaban. Pasaba por la calle y los otros niños se le quedaban mirando, desafiándole con los ojos. El niño se asustaba. Era un gitanillo miedoso; no era más que un niño. Sus

padres eran pobres y siempre iba con la carita ennegrecida. Le daba igual, a los niños les da igual.

—¿Creéis en Papa Noel?

—Síii...

—Y ¿creéis en los Reyes Magos?

—Síii...

Se reía el coro de ángeles sin alas.

Papá Noel me ha dicho —que ahora está muy gorda su pancha— que tiene ganas de veros.

Sus renos han comido mucha hierba. Trineo cantor que viaja por las estrellas con Belén.

Tiene una larga barba blanca y los ojos pequeñitos y grandes. La nariz, roja (como vosotros). Los renos tienen bufanda y cuernos de troncos y ramas. Su cuello es abrigado. Son fuertes los renos, no temáis.

CDXLIV

Hombres, amaos, hombre y mujer, en la puerta albarada, mustia, ama. Vuestros niños crecerán en la miseria. Mamá, mami, dará consuelo. Es lo único que hay. Lo tenemos por bien dichoso. Algunos moriremos, otros vivirán, morirán, crecerán.

No hay más. La vida sigue.

Quereos. Enamorarse es eterno.

Es preciso enamorarse.

Los niños anidan. Pronto romperán la cáscara y dirán “papá” y “mamá”.

Y a papá y mamá se les caerá suavemente la baba. Coged las manos, pensad mañana de nuevo: habrá un sol. (Mi sol, tu sol, su sol.)

Y dad las gracias, vuestra estima, nuestro anhelo. Desead lo que siempre habéis querido desead: amor, afecto, cariño. Verdaderamente, verdad, y aunque la muerte os separe, estaréis juntos entonces los dos, sepultura. Romperéis la barrera. Olvido.

CDXLV

Naciste hermosa con dientes blancos. Tu carita alegre en la cuna de paje. Las estrellas te susurraban al oído, poquito y pequeña risa: nacer tus manitas. Las estrellas sonreían. Se dormían la noche contigo. Cante un pez, cante. Pastores pastoreaban. Las ovejas con alforjas. Panecillos y tortitas de miel. Los Reyes, brujos magos, esta noche vendrán. La luz de belén. El portal es grande: pastóricos con bastones. Todos juntos van a adorar al niño Jesús que ríe, está riendo, que llora poquito esa noche, que niño. Alegre y despierto, palmaditas en los piecitos. Recién nacida su cuna. Acurrucado para que no tenga frío. Mi niño Jesús.

CDXLVI

I

El toro tiene brío negro y negro pasa en volandas por el palco de anoches en la plaza. La plaza, sombra y sueño, tiene ayes y abanicos que dan viento y violines, blanco y frío. Morería de arcos cortada por arcos, baldosas de luz, rosadas. Abajos, Dios, capote. Baila, se mueve, quieto, perfil torero, una figura pagana y

destellando con tanta luz que el sol tiene envidia saboreando la plaza. La plaza tiene brío y espada y mazos de buen planta. Arena y sol calientan, arena y sol. Frío cuando el miedo rezuma, gime y taconeá. Negro y fuerte negro, grande masa pavonea. Con pezuñas pisa su tierra, cabalga por el ruedo, por la feria de domingo santo. Y coge el capote y embiste y entorna los ojos y salta para arriba y brincan sus dos patas. Cuernos. Toro. Brama toro. Toro negro y negro toro. Los mantos cubren. La espada mata. Te clavan. Caballos árabes, botijo rojo que sangra granate ruedo. Arena dorada. Matador de toro. Le ha dado la estocada. Ha matado su toro. Toro negro y fuerte toro. Toro.

II

Granada. Taquilla. Tarde mustia marcada de sangre. Sangre toro, sangre. La plaza se duele solo desde adentro, donde están los toros. Los cuernos blancos llaman a la luna. Luna mansa de triunfo y rabo. Muertos, negros de toro muerto, arenados, rotos. Sarna en el costal, aplausos banderilleros, palmoteaban las calles dueñas. Al toro que no le miran a los ojos, se verán gotas de sangre. De llorar poco. De aguantar mucho. Toro tonto, te han matado. ¿Por qué te dejaste? Se lo llevan a su casa para ver tu cuerpo pasar y tu cabeza sin cara. Clavada se te llevan, muchos hombres te arrastran por la plaza. Te sacan a hombros de las orejas cortadas que aún no paran de sangrar. Oyes lo que digo, corre si puedes, carne (las puntas me miran en pañuelos). Tienen sábanas que no cubren las heridas. Todo lirio. Todo blanco. Réquiem por el toro. Las trompetas tocan, toro, trotan cabellos, cambia el torero, llora el toro. Llorá el toro furioso por ver muerto a su hermano. Corre, corre. Sale a matar, huelá la espada cobarde. Al cero de la tarde. A los rezos por sus ánimas de virgen que no se acuerda de ellos.

III

Frente a la barrera, el toro. Toro, toro. ¡Eh, toro! Ven, furia, brama. Arrastrado y noble. Toro. La cruz que sale, la barrera que se rompe. Se retuerce y se abanica, negro toro. Toro. Verónicas. Muérdago. Palco. Sol. Noche. La luna traiciona los cuernos. El toro se hizo al monte. Toro. Mueres.

CDXLVII

Quede el recuerdo.

Quede la nada

definitiva.